

REVISTA CONTEMPORANEA

SUMARIO

- I. EL ARTE NATURAL, por *D. Mariano Amador*.
- II. ESTUDIOS ACERCA DE LA EDAD MEDIA (continuación), por *D. Adolfo de Sandoval*.
- III. RECUERDOS DE SALAMANCA: QUIEN MAL OBRA MAL ACABA, por *D. Telesforo Gómez Rodríguez*.
- IV. CARTAS DE PARÍS, por *D. Leopoldo García Ramón*.
- V. EL BESO (leyenda, continuación), por *Ramiro*.
- VI. NOTAS TOMADAS POR D. CRISTÓBAL BENÍTEZ EN SU VIAJE POR MARRUECOS, EL DESIERTO DE SAHARA Y EL SUDÁN, AL SENEGAL (continuación).
- VII. EL MOSÉN (novela, continuación), por *D. Antonio Vascáno*.
- VIII. REVISTA DE TEATROS, por *Ramiro*.
- IX. CRÓNICA POLÍTICA, por *A.*
- X. REVISTA EXTRANJERA, por *S.*
- XI. BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO: *Cabellos rubios*.—*Historia de España*, por *A.*
- XII. ANUNCIOS.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE PIZARRO, NÚM. 17, PRINCIPAL, MADRID.

OFICINAS

PARIS, R. SERRANO, 42, RUE LAFONTAINE

MÉJICO
J. F. Parres y Comp.^a
VENEZUELA
E. Fombona

BUENOS-AIRES
Manuel Reñe
BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

CUBA
D. Miguel Alorda
O'Reilly, 96
Habana.

(DERECHOS RESERVADOS)

REVISTA CONTEMPORANEA

Sale dos veces al mes en cuadernos de 112 páginas en 4.º, y forma cada tres meses un abultado volumen de cerca de 700 páginas.

PRECIOS DE SUSCRICION

MADRID	Pts. Cs.	PROVINCIAS	Pesetas.	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	Pesetas
Tres meses.....	7,50	Tres meses.....	8	Seis meses.....	20
Seis meses.....	15,00	Seis meses.....	15	Un año.....	35
Un año.....	30,00	Un año.....	30		

Número suelto, 2 pesetas en toda España.

CENTROS DE SUSCRICIÓN:

MADRID: LIBRERÍAS DE GUTTENBERG, PRÍNCIPE, 14, Y FE, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2.

PROVINCIAS.

ALMERIA.....	Francisco de P. Mora.	MAHON.....	Pascual J. Hernandez.
ALCOY.....	Antonio Gimeno.	MÁLAGA.....	Francisco de Moya.
AVILA.....	José García.	MÚRCIA.....	Pedro Pagan.
ALBACETE.....	Sebastian Ruiz.	ORENSE.....	Vicente Miranda.
BARCELONA.....	S. Lopez Bernagosi.	OVIEDO.....	Juan Martinez.
	Texidó y Parera.	MALLORCA.....	Montañés é hijos.
BURGOS.....	Santiago R. Alonso.	PAMPLONA.....	Roman Velandia.
BILBAO.....	Eduardo Delmas.	REUS.....	Torroja y Tarrats.
CÁDIZ.....	Manuel Morillas.	SEVILLA.....	Hijos de Fé.
	José Vides.	SANTIAGO.....	Ramon Pazo.
CORUÑA.....	Vicente Naveira.	SALAMANCA.....	Sebastian Cerezo
CÓRDOBA.....	Manuel García Lobera.	SAN SEBASTIÁN.	Rubinat y C. ^a
CARTAGENA.....	Vicente Velazquez.	SANTANDER.....	Toribio Saldaña.
CUENCA.....	Manuel Mariana.	SEGOVIA.....	Abelardo Fernandez.
CIUDAD REAL...	José Clemente Rubino.	TENERIFE.....	Benitez y C. ^a
FERROL.....	José María Abizanda.	TOLEDO.....	Alejandro Villatoro.
FIGUERAS.....	Juan Heren.	TORTOSA.....	Pascual Bernis.
GRANADA.....	Paulino Sabatell.	VALENCIA.....	Francisco Aguilar.
GIJÓN.....	Hermógenes Andrade.	VITORIA.....	Bernardino Robles.
HUELVA.....	Plácido García.	VALLADOLID....	Jorge Montero.
JEREZ.....	Miguel Gener.	ZARAGOZA.....	José Menendez.
LÉRIDA.....	José Sol.		

SUPERIORES CAFÉS

DE

MATIAS LOPEZ Y LOPEZ

MADRID-ESCORIAL

AROMA CONCENTRADO

EN

ELEGANTES BOTES DE 100 Y 200 GRAMOS

Café molido superior, á.....	2 pesetas los 400 gramos
Puerto Rico y Caracolillo.....	2,50
Puerto Rico y Moka.....	3
Moka puro.....	4
Tés de 8 á 20 pesetas libra en botes de 2 y 4 onzas.	
Tapioca del Brasil en botes de 200 gramos.	

NOTA. Los botes de CAFÉ y TAPIOCA de 200 gramos contienen una sorpresa cada uno. De venta en todas las tiendas de ultramarinos de Madrid y Provincias.

DEPÓSITO CENTRAL, PUERTA DEL SOL, 13

ACADEMIA DE MATEMÁTICAS

DIRIGIDA POR

DON GUILLERMO FERNÁNDEZ DE PRADO, DON JESÚS BUITRAGO,
INGENIERO DE MINAS,
Y DON RAFAEL ALVAREZ SEREIX, INGENIERO DE MONTES

Calle de Chinchilla, 6, Madrid

La enseñanza en esta Academia comprende todas las asignaturas que se exigen para el ingreso en la ESCUELA PREPARATORIA PARA INGENIEROS Y ARQUITECTOS, y las que constituían el curso preparatorio en las Escuelas especiales.

HONORARIOS MENSUALES

	<u>PESETAS</u>
Aritmética.....	} Por una ó varias de estas asignaturas... 50
Álgebra elemental y superior....	
Geometría.....	
Trigonometría.....	
Geometría analítica.....	
Geometría descriptiva.....	} Por una ó varias de estas asignaturas... 75
Cálculo infinitesimal.....	
Mecánica racional.....	
Química general.....	
Por una clase particular de las asignaturas anteriores..	125
<hr/>	
Física.....	15
Francés.....	10
Inglés.....	15
Dibujo lineal, de paisaje, topográfico ó de figura.....	15

PILDORAS Y UNGÜENTO HOLLOWAY

ESTOS MEDICAMENTOS obtienen una aceptación y una venta mas universales que las de ningun otro remedio en el mundo.

LAS PILDORAS son el mejor purificante conocido para la sangre, corrigen todos los desórdenes del hígado y del estómago, y son igualmente eficaces en los casos de disentería: en fin, no tienen rival como remedio de familia.

EL UNGÜENTO cura pronto y radicalmente las heridas antiguas, las llagas y las úlceras (aun cuando cuentan veinte años de existencia), y es un específico infalible contra las enfermedades cutáneas, por malignas que sean, tales como la lepra, el escorbuto, la sarna y todas las demas afecciones de la piel. Cada caja de Píldoras y bote de Ungüento van acompañados de amplias instrucciones para el uso del medicamento respectivo, pudiendo obtenerse estas instrucciones impresas en todas las lenguas conocidas.

LAS PREPARACIONES HOLLOWAY se hallan de venta en todas las principales boticas y droguerías del mundo, y en Londres, 533 Oxford Street, en el Establecimiento central del Profesor HOLLOWAY.

RESUMEN DEL 41 BALANCE ANUAL

DE

LA NEW-YORK

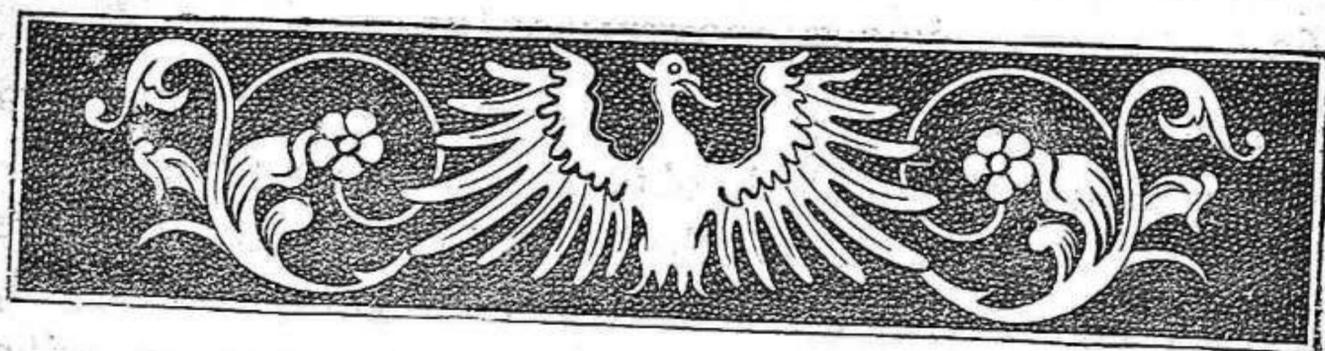
COMPañÍA MUTUA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA.—FUNDADA EN 1845

1.º DE ENERO DE 1886

INGRESOS EN 1885	Por primas de seguros.....Pesetas.	61.198.628,64		
	» capitales para rentas vitalicias.....	4.733.670,31		
	» intereses y alquileres, incluyendo los beneficios realizados por ventas.....	17.615.678,77		
	TOTAL DE INGRESOS.....	Ptas.		83.547.977,72
PAGOS EN 1885	Por fallecimientos..... Pesetas.	15.542.885,71		
	» seguros mixtos vencidos ó descontados.....	3.844.194,37		
	» rentas vitalicias.....	4.660.471,13		
	» rescate de pólizas.....	8.764.099,46		
	» beneficios distribuidos entre los asegurados.....	6.998.760,04		
	TOTAL PAGADO Á LOS ASEGURADOS.....	39.811.310,71		
	Por contribuciones y premios de reaseguros. Pesetas.	1.296.362,57		
	» comisiones, honorarios á los médicos y gastos de agencias.....	10.489.849,02		
	» sueldos, anuncios, impresos y gastos de admi- nistración.....	2.531.374,61		
	TOTAL DE PAGOS.....	Ptas.		54.128.896,91
ACTIVO	Efectivo en caja y Bancos de depósito..... Pesetas.	10.585.477,03		
	En valores mobiliarios (valor según cotización actual, 191.710.645,51 pesetas).....	174.340.443,05		
	» inmuebles.....	35.528.797,86		
	» préstamos sobre primeras hipotecas (inmuebles asegurados por 85.111.250 pesetas en pólizas trasferidas á la Compañía á título de garantía suplementaria).....	94.111.608,75		
	» préstamos á corto plazo (con garantía suplemen- taria de valores mobiliarios, importantes al pre- cio corriente 3.080.892 pesetas).....	2.339.898,75		
	» anticipos de primas sobre pólizas vigentes (la re- serva hecha sobre estas pólizas asciende á pese- tas 10.000.000).....	2.156.096,98		
	» primas semestrales y trimestrales correspondien- tes al ejercicio y que vencen después de 31 de Diciembre de 1885.....	4.551.072,75		
	» primas por cobrar y en vía de transmisión.....	2.983.562,66		
	» saldos en poder de representantes.....	301.324,70		
	» intereses acumulados ó vencidos en 31 de Di- ciembre de 1885 de capitales colocados.....	2.255.860,26		
	» aumento de precio en los valores mobiliarios se- gún cotización de 31 de Diciembre de 1885....	17.370.202,46		
	TOTAL DEL ACTIVO.....	Ptas.		346.524.345,25
	PASIVO	Reserva para los capitales asegurados (al 4 por 100).	251.662.982,56	
		Reserva para las rentas vitalicias.....	39.598.052,13	
		Beneficios que quedan por pagar á los asegurados, siniestros, seguros mixtos pendientes de liqui- dación y atrasos no reclamados.....	2.307.748,54	
Beneficios acumulados correspondientes á pólizas de acumulación.....		16.188.796,91		
Primas anticipadas.....		155.133,11		
TOTAL DEL PASIVO.....	Ptas.		309.912.713,25	
Excedente del Activo sobre el Pasivo, según el tipo de evaluación de la Compañía (Reserva del 4 por 100).....			36.611.632	
Excedente del Activo sobre el Pasivo, según el tipo de evaluación del Estado de New-York (Reserva del 4 ½ por 100).....			68.538.842	
EN 1885 LA COMPAÑÍA HA EMITIDO 18.566 PÓLIZAS ASEGURANDO... Pesetas.			355.112.425	
EN 1.º DE ENERO DE 1886 EL TOTAL DEL CAPITAL ASEGURADO ERA.....			1.345.763.096	

SEGUROS para casos de vida y muerte, dotes, capitales para menores y para viudas, pólizas para garantizar débitos, préstamos y operaciones comerciales, rentas vitalicias, pensiones y seguros sobre dos ó más personas ó asociados.

Direcciones generales en New-York y París. Sucursales en todas las capitales de Europa y América.
 Sucursal en España, autorizada por real orden, calle de Alcalá, 12, principal, MADRID, donde podrán dirigirse para informes y prospectos, ó á los Agentes de la Compañía en provincias.
 Dirección general para Europa: PARÍS, 16, Boulevard des Italiens, y 1 y 3, Rue le Peletier;
 Director para ESPAÑA: **DWIGHT T. REED**, exsecretario de la Embajada, cónsul general y encargado de Negocios de los Estados Unidos de América en Madrid.



EL ARTE NATURAL

LA belleza, semejanza de Dios en lo finito, tiende á manifestarse, tomando una forma sensible que habla á los sentidos, medios por los cuales el espíritu humano entra en ejercicio, produciéndose en él la pura y desinteresada afección estética. El arte, bello ideal fecundado por el hombre, según la expresión de un ilustre filósofo; realización de la misma belleza, se apodera de tan sublime concepto, lo saca del fondo de la conciencia, le da vida, lo sensibiliza, lo reviste de formas las más elegantes, las más variadas, penetra en el mundo de la interioridad, en ese mundo encerrado en las profundidades de nuestro sér, y allí en donde se elabora idea tan elevada, le sorprende el arte revelando al hombre lo más profundo y misterioso del corazón y de la inteligencia, sus luchas, sus contrastes, sus grandezas y miserias, sus placeres y dolores, sus actos heroicos, sus pasiones, la vida moral, en fin, tan rica como variada, para que exteriorizándose, pueda perpetuarse y ser entregada después á la admiración de los siglos.

Empero la naturaleza, germen fecundo, manantial perenne de belleza, teatro donde se desarrolla el drama de la vida alternando lo trágico con lo cómico, lo serio con lo gracioso, tiene por objeto el arte natural, contemplar, estudiar y reproducir la misma naturaleza; apoderarse de sus tesoros, admi-

rar sus grandezas y sacar de ella los primeros elementos para la formación del bello ideal, obtenido tan sólo por el nobilísimo ejercicio de la razón. No debe, sin embargo, limitarse á ser un pálido reflejo, una reproducción puramente servil, lo cual daría por resultado convertirse en una mera ecuación matemática entre la copia y su original; debe, por el contrario, ser la viva expresión de los destinos del hombre, tanto en el tiempo como fuera de él, reflejar la vida divina y humana, poblar de espíritus invisibles, ángeles ó demonios, inspiradores del bien ó del mal, protectores ó enemigos del hombre, embelleciendo de esta suerte con formas poéticas, mediante la gracia y la profundidad, todas estas visiones que tanta influencia ejercen sobre el alma, sacándola de los reducidos límites del mundo sensible y fenomenal. Así el arte, reproduciendo á la naturaleza y representándola bajo estos símbolos, será fiel intérprete y auxiliar el más poderoso para traducir las diversas manifestaciones del espíritu humano, hará sentir los delicados sentimientos de que se encuentra poseído, enaltecerá la virtud, anatematizará el vicio presentando al criminal como digno del severo castigo; así, en vez de ofrecer cuadros repugnantes y ofensivos á la moral, se obtendrán otros en donde el cumplimiento del deber se premie, y en donde el delito tenga su justa expiación; así, en vez de reproducir lo feo, lo falso y lo malo, sacrílegas negaciones de lo bello, lo verdadero y lo bueno, se inspirará en este ideal, el más grande, digno y elevado; así, en vez de servirse de la experiencia, considerándola como el solo factor para la realización de la belleza, deberá asociar á la obra artística la parte espiritual ó psicológica; así, en vez de identificar, como lo hace Zola, el arte con la naturaleza haciéndole esclava de ésta, hará muy bien en imprimir á sus creaciones el *quid divinum* que le permite penetrar en una región llena de encantos, y en donde saborea los placeres más puros y delicados, y tanto más puros serán, cuanto más se separen de ese servilismo real; así, al observar el espectáculo del mundo y encontrarlo deficiente, presentará, por medio del arte, tipos de perfección, acabados modelos para que, aproximándose á ellos, pueda realizar mejor su destino; así, debe huir del naturalis-

mo reproducido en toda su desnudez, y levantar su mirada hacia una región superior; así, elaborando y transformando los elementos primitivos, sacará del fondo de su conciencia la producción artística debida al genio, fuego divino que reverbera en el hombre; y así, en fin, sin desentenderse de la naturaleza en cuanto presenta escenas de la vida real, siendo ella causa productora de constante inspiración, la modificará, ya imponiéndole el sello de su propia y determinada personalidad, ya creando esos ejemplares típicos, manifestación de la belleza absoluta, para contemplarlos, admirarlos é imitarlos, entrando de esta suerte en una vida de perfeccionamiento moral.

Este arte, fundándose en la naturaleza, será ella fuente perenne de perpetua inspiración. En efecto: el literato al presentarla, unas veces bajo una forma poética, y otras dando á su composición un carácter científico, al estudiar sus bellezas y observar tantos seres como pueblan el universo desde esos mundos, luminosas que giran en la inmensidad del espacio hasta el imperceptible átomo que pisa nuestra planta; el naturalista representando en diversos tratados la variedad de formas, de colores, de instintos, de costumbres que se encuentran distribuídos por la superficie del globo; el viajero al describir las maravillas de los lugares por él visitados; el poeta al cantar las bellezas de los suntuosos palacios, los genios, los árboles seculares, las fiestas públicas; el músico al enriquecer su armonía y melodía, factores de la música con la brillante orquesta de la creación, ven todos ellos brotar de su alma las más sublimes concepciones y los más dulces sentimientos. En presencia, pues, del universo al contemplar la sabiduría de sus leyes, la variedad dentro de la unidad, la complejidad dentro de la sencillez, la armonía que preside á todo su desenvolvimiento, los encantos que atraen y seducen, las elegantes formas, los vistosos colores, las bellezas de todas clases que se descubren por do quier, el pensamiento sin darse cuenta se dirige, como arrastrado por misteriosa fuerza, á reconocer la existencia de un Dios, á adorarle, á admirar sus obras y rendirle respetuoso homenaje.

La naturaleza en sus tres reinos (animal, vegetal y mine-

ral), contribuye poderosamente á la creación artística mediante el esencialismo y formalismo que le es peculiar. Euclides y Newton sin las figuras geométricas no se hubieran hecho inmortales; la literatura sin los signos alfabéticos no hubiera podido expresar el pensamiento; Bulffón sin las láminas representando los animales, aun cuando sus descripciones fuesen completas, no hubiera podido presentar de una manera tan acabada el estudio de la naturaleza; poetas, viajeros, todos recurren á ella para sus producciones, encontrando siempre materia inagotable para sus obras, bien se limiten á copiar los variados cuadros que presenta, bien cree, mediante acertada combinación de los elementos diseminados, un tipo que en vano se trataría de encontrar otro semejante en el mundo sensible.

El arte natural adquiere todo su valor, se eleva á un alto grado de expresión por medio del *paisaje*, resumen de todos los géneros naturales, manifestación la más expresiva, fórmula donde se contienen todos los encantos y seducciones de la pintura que de una manera tan elocuente habla á nuestra alma. Cuando el paisaje se ha formado obedeciendo á una idea ó sentimiento, se presenta adornado con todas las galas de la forma, de la línea y del color, aparece vivificado y comunicándole vida las realidades de los reinos animal, vegetal y mineral, contribuyendo todo á la formación de ese ideal, eterna inspiración del hombre, y siendo entonces como un foco simpático en donde los actores y decoraciones se reúnen para hablar á nuestras facultades y revelarnos el grandioso cuadro de la creación. Así considerado el *paisaje*, es el complemento natural y necesario de todos los géneros artísticos, es el fiel trasunto de la obra divina, la reproducción del universo, de la humanidad, ó de la patria embellecida con los recuerdos de todas las edades, de todos los lugares y civilizaciones; cuna, asilo y sepulcro del hombre, encarnación la más viva de nuestros pensamientos y augusta personificación de las más grandes ideas y de los más purísimos sentimientos.

¡Dichoso el que inspirándose en el gran libro del universo trasmite á los hombres, de acuerdo con la poesía, las

manifestaciones de la naturaleza, cuya existencia es la incesante hosanna, el eterno cántico á Dios!

Así es en efecto; ora se nos presente como en la tempestad brillando el relámpago, rugiendo el aquilón, retumbando el trueno; agitado el mar por las encrespadas olas, espectáculo grande, majestuoso, sublime; ora, cual mística esposa, sonría cariñosamente ostentando sus galas bajo la suave brisa de un espléndido sol; ora aparezca su cielo cubierto de densas nieblas como los países del Norte; ora, cual apasionada sultana, adormezca nuestra alma, bajo la perfumada atmósfera de los bosques de la bella Italia; ora, como el piadoso cenobita, se entregue á una vida austera y penitente en medio de la soledad apartado del trato común, consumiendo su existencia en la más rigurosa mortificación; ora infatigable obrero fecundice con su inspiración artística los diversos cuadros que en nuestro derredor se descubren; ora se describan las populosas ciudades dominadas por una vertiginosa actividad, por un febril movimiento conteniendo y llevando en sí una vida exuberante y espléndida; ora nos pinte suntuosos palacios, chozas humildes, bellos jardines, elevadas montañas, alegres rebaños; ora, en fin, sean las grandes masas, la inmensidad del espacio el objeto de su inspiración artística, siempre en la naturaleza encontrará el germen fecundo, el manantial inagotable de sus creaciones y siempre repetirá con deleitoso acento un nombre augusto, el nombre del primer poeta, el nombre de Dios, criador del universo.

De esta manera, el paisajista abraza toda la naturaleza, desde el canto lírico hasta el épico, embelleciéndola con la variedad de cuadros por ella presentados; así ella sirve de incesante inspiración al artista; tierno amante de las almas, tiene en sus manos poderoso talismán con el cual junta, une, enlaza las más caprichosas líneas, formando los más vistosos colores y animándolas con la más viva y dulce expresión. Sin la idea que domina, sin el pensamiento que le da vida, la forma no será más que una copia mecánica desprovista de inteligencia, de todo sentimiento generoso. Al representar el mundo físico modificado grandemente por las perturbaciones cósmicas y por el mismo poder del hombre, necesita el ar-

tista un profundo estudio de las leyes armónicas que presiden á su desenvolvimiento, necesita saber las relaciones íntimas de los objetos con la idea expresada por ellos. Las líneas de la naturaleza, sus formas, sus colores, sus efectos materiales deben ser el verdadero retrato de la vida interna; cuanto más íntima sea esta relación, mejor también se acercará á la perfección la obra artística. Los árboles gigantescos elevándose majestuosamente; la verde alfombra esmaltada de olorosas flores; el hermoso azul de los cielos, el dilatado horizonte, el agua deslizándose de la alta montaña, que desciende serpenteando al valle; el monótono ruido producido por aire en los bosques, el oleaje que levanta el embravecido mar, son asuntos para que por medio de ellos el artista se eleve al mismo trono de Dios, admirándole en sus obras y considerándole como autor de cuanto existe.

Así, pues, entre el espíritu y la materia, entre el fondo y la forma, entre el alma y el cuerpo, debe haber la más estrecha relación. Ahora bien; siendo dos los elementos constitutivos, el paisaje puede ser de dos clases. O el artista busca para formar su obra elementos escogidos mediante un gusto delicado que preside á su elección, estudiando con el mayor cuidado las leyes de la naturaleza, creando un tipo que *animará* con su pensamiento y que le transmitirá su vida, y entonces la obra artística será la más bella, ó se limita, por el contrario, á traducir fiel y servilmente, reproduciendo el cuadro de la naturaleza *tal cual es*, copiándola y sin imprimirle un ideal cualquiera, y entonces el paisaje será una obra limitada como la simple materia que la representa, una obra sin alma que la vivifique, sin sentimiento que la fecundice, una obra inerte, sin expresión y completamente accesoria.

El tipo del primero de estos géneros puede ser el Pasma de Sicilia, de Rafael. Contemplar la majestuosa figura del Redentor de los hombres agobiado bajo el peso de la cruz, observar aquel divino rostro en donde se pinta la grandeza de alma y la sublimidad; ver en él la abnegación y el sacrificio de su propia vida por el amor á la humanidad; estudiar los insultos y afrentas de que es objeto el santo de los santos por aquella turba desenfrenada, y mirar la dulzura y la gra-

vedad al propio tiempo, cuyas cualidades inspiran profundo respeto en medio de la fuerza atractiva que ejerce sobre todos; presenciar los signos inequívocos verificado al consumarse el gran drama del Gólgota; he aquí un pensamiento sublime del artista; he aquí un cuadro donde se expresan sentimientos los más delicados, donde el alma se abisma en la contemplación de ese foco inagotable de amor, de pureza y santidad. El tipo del segundo será la reproducción exacta, precisa, servil de cualquier objeto de la naturaleza.

Como se ve, el elemento natural debe estar subordinado al ideal, sin que por eso se entienda puede exagerarse éste, lo cual nos llevaría á presentar tipos que no existirían más que en la fantasía del artista, sin presentar entonces la verdadera belleza, sin traducir la idea en admirable consorcio con la realidad. Así, pues, de la armonía del idealismo con el realismo surgirá la fórmula más expresiva, más elocuente y más verdadera de lo bello.

Tales son las leyes generales á las cuales obedece la belleza en su relación con el arte natural. La pintura es el mejor medio de expresión, porque disponiendo de la luz y del color, la descompone en las notas armónicas del universo, reproduciendo todas las variedades físicas de sus tres reinos. Sin embargo de llevar el arte pictórico inmensas ventajas á los demás medios de expresión, la arquitectura y escultura son también sus poderosos auxiliares. La primera decora sus obras con el gusto de una rica ornamentación, levantando magníficos palacios, suntuosos templos, y la escultura los adorna con los frisos en los monumentos y con el fastuoso lujo de las estatuas, viva representación de los variados tipos de la especie humana.

La ornamentación, presentándose en la arquitectura y escultura con un carácter distintivo que anima y embellece á cada una de ellas, todavía aparece bajo distintos aspectos en su relación con los reinos de la naturaleza; así en el zoológico estudia las distintas formas y las costumbres de cada sér; en el botánico las diferentes familias graciosamente distribuídas por las regiones de la tierra, los colores y los aromas, que son como su sello característico, y en el mineral lo considera

ya tal cual lo presenta la misma naturaleza, ya modificado por medio del arte mecánico.

Estos tres elementos del arte natural que ocupan el último grado en la realización de la belleza, cuando se limitan simplemente á reproducir de una manera servil á la naturaleza, pueden, sin embargo, elevarse al mayor grado de esplendor artístico cuando á la materia va unida la expresión; cuando pinta, retrata, exterioriza la vida interna; cuando por medio del simbolismo, lenguaje el más poético y persuasivo, manifiesta el poder personal del hombre; cuando con admirable exactitud traduce las pasiones, los sentimientos que se agitan en nuestro interior; cuando une, enlaza, junta en síntesis armoniosa el alma al cuerpo; cuando, en fin, hace penetrar el ideal en el hombre formando una forma material; así acostumbramos á usar infinidad de veces un lenguaje metafórico para expresar los afectos más vivos, los más dulces sentimientos, tomando de la naturaleza sus más bellas expresiones; y es que, como se dice en el libro sagrado: «Las obras de Dios son todas excelentes, todas son buenas.» *Florete flores, cuasi lili-um, et date adorem, et frondete in gratiam, et collandate canticum, et benediscite dominum in operibus suis. Date nomini ejus magnificentiam, et confitemini illi in voce LABIORUM VESTRORUM, et in canticis LABIORUM, et citharis, et sic dicetis in confessione. Opera domini universa BONA valde.*

La naturaleza, pues, contiene ricos tesoros de inspiración para el artista, hablando elocuentemente al corazón del hombre por medio de los símbolos, de los atributos y de las varias formas con que se presenta. Las creencias, las pasiones, las costumbres y los gustos de los hombres, se determinan en la religión, en la humanidad, en la patria y en la familia: ¿quién no conoce esta variada expresión de los sentimientos del corazón humano? Estos símbolos tienen que ser siempre artísticos, es decir, bellos bajo la reproducción de la forma, porque nada puede sustraerse á esta suprema ley. El arte, que expresa estos objetos asociándolos y relacionándolos con la inteligencia, proponiéndose como fin la manifestación del idealismo esencial, debe considerarse como un verdadero arte. La ornamentación, carácter distintivo del arte natural, no

puede ser artística, si no es *expresiva, simbólica*, lo cual realiza por las líneas, por las formas y colores.

Tal es el arte natural en sí mismo considerado y en sus relaciones con los demás géneros, relaciones necesarias que le dan toda su importancia artística. Auxiliar poderoso, complemento indispensable para su perfección, es como el templo levantado á la majestad del ídolo para quien se ha construído. El artista debe traducir en todo su esplendor á la idea, animarla con el pensamiento, sin imprimir el sello de su personalidad, desechando, como es consiguiente, la imitación servil. Limitándose á reproducir nada más, á copiar á la naturaleza de una manera formal, el arte degeneraría entonces en el materialismo más grosero, secando las fuentes de la inspiración, anulando la individualidad del sér por excelencia, haciendo esclava de su fantasía de los objetos materiales y condenándose á sí mismo á no poder traspasar los límites del mundo real, de ese mundo limitado, finito y contingente. Por el contrario, imponiendo á sus producciones artísticas la idea que se levanta majestuosa del fondo de la conciencia, traduciéndola con viveza y siendo la expresión de lo bello, bien pronto sustituirá la sensación á la *exposición ideal*, el simple placer de los sentidos á los puros y delicados del espíritu, los impulsos groseros de la materia á los levantados y nobles sentimientos del corazón. El esencialismo artístico, el ideal debe ser el elemento que informe á las creaciones del arte, subordinándose por completo á él lo sensible; sólo así conseguirá realizar la belleza y hacer que sus obras sean admiradas, produciendo en el espíritu humano la pura y desinteresada afección estética.

MARIANO AMADOR,

C. de la Academia de la Historia.





ESTUDIOS
ACERCA
DE LA EDAD MEDIA

Continuación (I)

AL EXCMO. SR. D. JOSÉ DE CÁRDENAS

III

PEREGRINACIONES

Ce petit livre n'est point un livre de science.

(OZANAM.—Les Poètes franciscains.)



ABLANDO de la Edad Media, apenas puedo dar un paso en la historia sin encontrarme con la catedral. La catedral lo rodea y envuelve todo, como la eternidad envuelve al tiempo. Cómo se armaba en ella el caballero y se purificaba el penitente, así al pie de sus altares toma el bordón el peregrino, camino de los grandes sepulcros y de los venerandos santuarios. Si el espiritualismo informa todas las manifestaciones de la Edad Media, pocas veces tan exaltado, como cuando da nacimiento

(I) Véase la página 468 de este tomo.

á las peregrinaciones famosísimas de aquellos siglos. Decidme, si no, por qué deja el peregrino su hogar bendito, sus amores, y se marcha por las encrucijadas de los caminos confesando sus pecados. El pensamiento de irremediable muerte; los rumores de la eternidad; la visión de lo infinito; el aguijón de la conciencia, agitan su alma; y soñando con el sepulcro de Cristo, cree divisar en cada encrucijada la santa Jerusalem, la *Ciudad de Dios*, la patria que los pintores de aquellos tiempos eternizaban con el fuego de sus adivinaciones, en los cenobios y en los cementerios. ¡Pobre peregrino!... No busca, no, como el guerrero, la gloria; ni como el artista, que va de claustro en claustro, la fama; ni como el trovador, que canta por los castillos y los burgos, el amor y el aplauso; no le mueve ningún propósito de la tierra. El perdón de los pecados, la exaltación espiritual, conducen á los peregrinos de santuario en santuario, y de reino en reino, en vistosísimo espectáculo. Protegido por las oraciones de la Iglesia que lanza los rayos de su maldición contra el que ultraje al peregrino, y guiado por el Angel misterioso que acompañó á Tobías á la casa de su padre, emprende derrotero penosísimo; con su esclavina, de la que ha de colgar más tarde su rosario; la alforja, el sombrero de anchas alas y el bordón hueco á manera de flauta, con que canta la nostalgia de la patria ausente, ó pide pan, por el amor de Dios, á las gentes que encuentra en el camino. Lejos de su hogar y de sus amores, tocado de llamamiento místico, va alegre y feliz por los campos y las ciudades, en busca de la remisión de los pecados. La Religión le acompaña; el monasterio le abre sus claustros; el castillo feudal baja el puente levadizo al auuncio de su llegada; las hospederías le reciben como á don del cielo; las chozas de los villanos danle paz y techo, á trueque de místicas oraciones; las turbas le colman de agasajos, por besar la cruz de su rosario, ó escuchar la leyenda de su viaje; los hospitales levantados en aquella sazón por los Obispor y por los nobles, se pueblan por estos viajeros portentosos; pasan los puentes y las encrucijadas sin satisfacer los derechos de peaje, y atraviesan los ríos sin pagar el estipendio del transporte; y entre visiones y sueños, llegan á Com-

postela, á Roma, á Jerusalem, á Asís, á Oviedo, á Bolonia; y después de acrisolar su alma en la fragua del dolor, ese Jordán que todo lo purifica y engrandece, retornan á su patria; los que vienen de la ciudad de los Papas, con las llaves dibujadas toscamente en el roquete; los que llegan de Santiago, con las simbólicas conchas en el sombrero; ¡ah! los que han llorado en Jerusalem cautiva, con las palmas de la Tierra Santa (1); y allí, en el suelo que guarda las cenizas de sus padres, cuelga el bordón, como exvoto, en el altar querido de la pobre iglesia, y cuenta al calor de los afectos santos, por las medrosas veladas del invierno, la leyenda de su peregrinación, y las enseñanzas por luengas tierras adquiridas.

Por los caminos anduvieron con el bordón de los peregrinos, Godofredo de Bouillón, «el Rey virgen,» que no quiso llevar la corona real donde Cristo la había llevado de espinas (2); Ulrico, aquel famoso monje de Cluny, que recitaba el salterio durante todos los días de su viaje; Raymundo de Placencia, que tomando el báculo un día después de la Misa mayor en la iglesia de su pueblo, marcha con su padre á la tierra donde el sol nace, y próximo al naufragio por mares procelosos, salvóse á la invocación del nombre de Jesucristo, obligándose á poner con la ayuda de Dios, en el altar del querido templo, con la palma del romero, los trofeos de sus victorias, como así lo hizo; Gerónimo de Reims, dechado de disolución y de soberbia, brillante en el siglo, oscurecido luego bajo el humilde capuz de San Riquiero; el esposo de Isabel de Hungría, separado de sus brazos entre congojas de dolor infinito, á poco de cuya partida vistió la inmaculada Condesa triste tocado de viuda (3); San Luis, Rey que había traído acá á la tierra el reinado social de Cristo; Cencio, el turbulento prefecto de Roma, sacrílego en la persona de Gregorio VII, luego arrepentido y penitente; Federico de Verdum, acompañado de corte lucidísima, y que robado por turba de ladrones á su regreso, vuelve pobre y solo, para consa-

(1) Mamachi.—*Antiq. christianæ.*

(2) Joinville.—*Crónica.*

(3) En la citada obra de Montalembert.

grarse á la religión en el claustro; Frotmundo, que expió entre tormentos indecibles la muerte dada por él y sus hermanos á humilde monje; Foulco de Nera, de la familia de Anjou, que ablandó la piedra del Santo Sepulcro con el fuego de sus lágrimas; Ricardo, el poderoso abad de San Veit, redimido y limpiado con el agua milagrosa del Jordán; Roberto el Diablo, inmortalizado por la leyenda y por la historia; Ricardo «Corazón de León,» que viene á sus Estados después de haber cantado desde el castillo de Tierenstein, al divisar á su amigo el trovador Blondelo, dulce canción impregnada en la nostalgia de la patria (1); el Señor de Joinville, que nos dejó esculpida toda su época en las páginas ingenuas de su *Cronica*; Florina, la primogénita del Duque de Borgoña, que muere peleando al lado de Soeno, Príncipe de Dinamarca; Margarita de Hanaut, valiente en el campo de batalla; Adela, la Condesa de Blois, tan celebrada por los trovadores de aquellos tiempos; Margarita de Francia, ideal y bella como las imágenes de los breviarios góticos; la Duquesa de Poitiers, esplendor de los torneos y de las cortes; la Reina Margarita, ilustre por su piedad y su hermosura, y que pedía á sus paladines le cortasen la cabeza antes que ser hecha prisionera de los sarracenos (2); cruzados en innumerables legiones, que entonaban himnos de amor al llegar á la tierra Santa (3), y que daban las velas de sus bajeles al aire de la patria, cantando el *Venit Creator*, el *Vexilla regis*; todos los que enardecidos por la nostalgia del cielo, ó agitados de afanes romancescos, caminaban á Roma, á Compostela, al Oriente, para librar su alma del pecado, ó envolver sus huesos en el polvo sagrado de Jerusalem la Santa. Á esta expansión del espiritualismo, la Europa se transforma, y los «cruzados, que no buscaban más que la gloria de Dios, consiguen por añadidura los bienes y las comodidades que el hombre

(1) *Cronique de Reims, contemporaine*.—Publicóse en París, 1839.

(2) Joinville.—*Crónica*.

(3) Wolf.—*Colección de cantos populares y poesías alemanas*.—Stugard, 1833; citado por Montalembert en su *Santa Isabel*. Introd.

puede gozar sobre la tierra» (1). Entonces las literaturas prorrumpan en nuevos cantos; los pueblos se reúnen á la sombra del municipio, y se fortifican las asociaciones y los gremios; las repúblicas italianas traen en los vientos de sus naves los productos y la cultura del Oriente; las Órdenes militares se extienden por Europa, por Asia, como red portentosa y salvadora; los villanos conquistan en incesante lucha nuevas franquicias, y van á vivir bajo la salvaguardia de sus fueros; al predominio de la fuerza sobre las almas, sucede el predominio de la ley moral sobre las sociedades; la gran democracia cristiana se abre camino á través de las desigualdades irritantes y los privilegios onerosos; las instituciones caballerescas llevan por todas partes con el reinado de la justicia los sentimientos generosos y delicados; el siervo á su regreso de las Cruzadas, donde combatió al lado del señor, adquiere existencia é historia propias; los descubrimientos del comercio y las maravillas de la industria, las telas de seda, los tejidos de Damasco, los vidrios de Tiro, la orfebrería se extienden prodigiosamente con el desarrollo de las poblaciones y el crecimiento de nuevas necesidades; nace la *mesocracia*, surgida sobre la humillación de muchos nobles; ejerce el clero sin competencias la administración de la justicia, y la tutela de los huérfanos y de los débiles; aumenta el poder y el prestigio de los Reyes, reflejado en los versos de nuestros romanceros, y en las decisiones de nuestros Códigos; progresan los conocimientos geográficos, y ábrense las famosas Universidades de Europa, para explicar el derecho, y crear la clase de los jurisconsultos que van á ser los consejeros de los Monarcas; congrénganse los ciudadanos en la plaza pública de Venecia para dar su asentimiento á los asuntos por el Dux propuestos; robustécese el poder de los Papas, llegando entonces al apogeo de su grandeza (2); las repúblicas marítimas de la hermosa Italia pueblan los mercados de la Siria, las costas del Mar Jónico y del Mar Negro; las ciencias

(1) Pidal (D. Alejandro).—*Santo Tomás de Aquino*.

(2) De Maistre.—*Du Pape*, Livre deuxième, C. V.—Hume.—*His. of England*, citada por De Maistre, op. cit.

naturales toman vuelo altísimo con el descubrimiento del álgebra, y los nuevos procedimientos de los árabes; evocan las escuelas la doctrina de los platónicos y de los aristotélicos, purificada por el baustimo de la Iglesia; surgen á los espacios las catedrales cristianas, para ser, con el depósito de la ciencia y del arte, el fecundo poder de asociación entre las naciones por odiosas barreras separadas; las grandes ciudades, henchidas por los espectáculos de aquellos tiempos, sustituyen á los pueblos miserables, á la sombra del castillo levantado; las artes espiritualizadas traen á la baja tierra, en los cenobios, en las catedrales, los reflejos del mundo sobrenatural y eterno; llega á la cúspide de sus encumbramientos, la civilización católica, la civilización de la Edad Media, y vense por todas partes coros inmortales de ángeles, de santos, de sabios, de místicos, de trovadores, de peregrinos, de cruzados, de artistas, de heroínas, confundidos en los mismos anhelos de la patria perdurable; y sobre los coros inmortales, la celeste figura de los Pontífices de Roma, que, como la columna de fuego á los ojos de los hijos de Israel, brillan ante los ojos de aquellas generaciones enardecidas, errantes en pos de la tierra prometida á sus esperanzas inmortales.

IV

LA CABALLERÍA

Si la exaltación espiritualista provoca el nacimiento y desarrollo de las peregrinaciones, también, también origina el nacimiento de la *Caballería*, que no es más que la verdadera apoteosis de la idea moral. Quizás ninguna institución ha ejercido influencia tan decisiva en la Edad Media, como la institución caballeresca. «La Caballería, ha dicho una de las mayores glorias literarias de la Francia, es la exaltación de

los más nobles sentimientos; la consagración del amor ideal y romancesco, de la defensa del débil y del sentimiento de la propia dignidad» (1). Pero sobre todo esto, el significado altísimo de la Caballería en la Edad Media, es la más entusiasta glorificación de la mujer, conforme al dogma católico; la apoteosis del amor casto y eterno. Ozanam, en su hermoso y profundo libro dedicado á contar las excelencias del Dante, ha estudiado de admirable modo la rehabilitación de la mujer por el cristianismo y por la Caballería. Beatriz, arquetipo de lo puro y de lo bello, sombra de los anhelos íntimos de nuestro espíritu, aspiración sin nombre, idea sin forma, estrella sin ocaso, nota mística del alma, sueño divino é inmaculado, es la apoteosis de la mujer, trasladada de los cielos de la religión á los cielos del amor, después de haber cruzado por la tierra oscura la dulce esposa del Cantar de los Cantares.

Apareció sobre la tierra la Virgen madre que había de parir á aquel Niño milagroso presentado por Virgilio (2); y al pie de la Cruz fué purificada la mujer con el fuego del amor de Cristo, y absuelta de las preocupaciones que la antigüedad había conjurado en contra de ella. ¡Ah!..., sí; se había redimido para siempre como la hermosa y enamorada penitente Magdalena, ébria, con vértigo de amor divino, á los pies del celestial tribuno. Vióse entonces á la mujer conquistando su puesto de derecho en el organismo de la sociedad cristiana; los yermos se pueblan de penitentes demacradas; en la oscuridad de las catacumbas son ellas las que guardan el fuego vivo é inextinguible; en los circos mueren gozosas entre todos los tormentos de cruel martirio; en el fondo del hogar aparecen como las Sibylas de la Buena Nueva; en el camino de la muerte siguen á los confesores, como Magdalena y las otras Marías habían seguido á Jesucristo por el camino del Calvario (3); en las ceremonias sagradas comparten las funciones del sacerdote por medio de las diaconisas y de

(1) Ampere.—*Revue de Deux Mondes*, 1838.

(2) Egloga IV.

(3) Matt. C. XXVII, v. 55 y 56.

las viudas, «que ejercen la hospitalidad, lavan los pies á los peregrinos, y *consuelan* á los afligidos» (1); siempre acompañando al hombre por la tierra, y abriéndole las puertas de la eternidad ignota, por la comunión de la hostia espiritual, por la exaltación del alma, por las bendiciones del cielo, que ha sublimado tanto á la mujer, ahí, en la Madre Virgen del oscuro Nazareno crucificado. Vierais también surgir de la sangre derramada en la era de las persecuciones, en aquella grande época de la fe, con legiones de apóstoles, legiones de ilustres heroínas, que van á llenar los claustros con el recuerdo de sus éxtasis y con el rumor de sus plegarias; á decidir en los consejos de los reyes; á sentarse en los tronos más encumbrados de Europa; á acompañar á los guerreros á las Cruzadas; á influir en los destinos de las naciones; á cantar con la lira de los ángeles; á convertir las almas con su palabra y á purificarlas con su ternura; á inspirar las hazañas de los caballeros que dan por ellas su sangre generosa, y las canciones del trovador que va cantando de corte en corte y de burgo en burgo la belleza de su dama; y allí, á la sombra de los castillos, en la tierra de Provenza, á la orilla del mar tranquilo, entre inmortales recuerdos del arte clásico, en los palenques de la *Gaya sciencia*, vienen á resolver los problemas de la pasión, del sentimiento; á idealizar la vida y á encadenar á su alma, á sus encantos, aun en las desolaciones del sepulcro, á los paladines más esforzados y á los poetas más ilustres, enardecidos por los ensueños del amor, tan poderoso como la misma muerte (2). Todo lo llena con las olas de su alma la mujer en la Edad Media; su espíritu es como la transparencia de lo infinito.

Santa Helena coloca la Cruz de Cristo sobre las murallas caídas de Jerusalem; la adúltera; Clotilde, al calor de sus palabras, gana para la Iglesia á su esposo el Rey de los Francos (3); San Agustín se convierte por las lágrimas de su madre; San Jerónimo dedica la *Vulgata* á dos egregias damas ro-

(1) Paul. Ad.—Thimoth. I, C. V, v. 9 y 10.

(2) Gaufrido.—*Histoire de Provence*. Aix, 1694. V. el T. I.º

(3) Confesiones.

manas, Paula y Eustoquia; la Condesa Matilde «sostiene en sus puras manos el trono de Gregorio VII» (1); la Reina Blanca de Castilla, «de valor de héroe en corazón de mujer,» domina el reinado glorioso de San Luis, y Berenguela gobierna la memorable Monarquía de San Fernando; Alicia de Montmorency acaudilla invencible ejército, peleando con su marido Simón de Monfort, contra los albigenses (2); Roswitha, en un monasterio de la Baja Sajonia, deja en libros imperecederos, con la estela de su piedad, la estela luminosa de su genio; la Condesa Beatriz gobierna sus Estados con la prudencia de un Rey consumado, «preside juicios, sentencia reos, inviste abadesas» (3); María de Francia escribe sus versos candorosos, que respiran toda la dulce poesía de la Edad Media (4); Heloysa, reclusa á la soledad del claustro, rige el Paracleto con sabiduría tan grande, que merece la aprobación de los Papas y de los Obispos; Petronila de Chemilhé, de la casa de Craón, gobierna por encargo del Pontífice Honorio II, á *Fontevraul*, á cuyo nombre resucitan de nuevo aquellos siglos con su fe viva, su piedad sincera, su espiritualismo verdadero; Margarita de Francia pide á sus caballeros que la descabecen antes de ser hecha prisionera por los sarracenos (5); Santa Clara, amiga del Santo de Asís, bendice por orden del Papa el pan, á cuya bendición aparece sobre él la Cruz de Cristo (6); Beatriz, la niña florentina, la mujer ángel, hace descender el fuego de la inspiración divina sobre el alma tempestuosísima del Dante, que la eterniza con el cincel de su pasión, en los tercetos de su poema; Adela de Blois, que iluminada por las exortaciones del Obispo del Mans, Hidelberto, es, por su don de gobierno, el asombro de su época (7); Inés de Bohemia, que despreció el matrimonio con

-
- (1) Donizo.—*Histoire de la comtesse Mathilde*.
 (2) Lacordaire.—*Vie de Saint Dominique*.
 (3) Muratori.—*Antiq. medii ævi*.
 (4) Lecoy de la Marché, op. cit.
 (5) Joinville, obra cit.
 (6) I Fioretti,.... cap. cit.
 (7) *Ópera Hidelberti*, Epíst. lib. I., ep. 3.^o pág. 5.^a

Federico II y con el Rey de Hungría, y aceptó en cambio la pobreza de la Orden Seráfica, cuando Santa Clara le mandó con tiernas palabras, y como símbolo de su vida en el claustro, una cuerda, una escudilla y un Crucifijo; por las cortes y los cenobios, pléyade de Santas, de Reinas, de monjas, de Princesas, de heroínas, que llenan con su nombre las páginas centellantes de la Edad Media, que arrastran tras sí generaciones y pueblos, enamorados hasta de su sombra, y esparcen las irradiaciones de su alma á la religión, á la política, á la literatura, á la guerra, al arte, á la vida entera, consagrada entonces por completo á la apoteosis del espíritu; y á la adoración perpetua del ideal inaccesible y eterno.

Sobre todas estas heroínas, miro levantarse cándida y hermosísima figura, hacia la que me arrastra simpático y ardentísimo entusiasmo. Hablo de la Condesa de Turingia, de la *buena y amada Santa Isabel*, sublimada á los cielos de la religión por las grandezas de su alma inmaculada, y por las apoteosis de los pueblos; y á los cielos de la inmortalidad en el arte, por el dulce y milagroso libro á ella consagrado, del ilustre Conde de Montalembert. Sí, sí, tiene razón un insigne admirador del Conde, cuando escribe «que ese libro sería el que leyesen los ángeles en el cielo, á no ser Dios su único y soberano libro» (1). Andando los siglos, en mi patria, llena entonces con el estruendo de la guerra de la Reconquista, evocando los recuerdos más inmarcesibles de nuestra historia, miro levantarse también desde la tierra á los cielos de la inmortalidad, á dos mujeres ilustres entre las ilustres mujeres: Isabel I de Castilla, en la cúspide de nuestra civilización grandiosa, que después de haber producido el ciclo de caballeros cristianos, entre los que el Cid Campeador brilla como estrella sin ocaso; levantado las catedrales é informado los Municipios; engendrado paladines, sabios, músicos, artistas, órdenes religiosas, extiéndose por la dilatación del mundo conocido; y no bastándole aún para sus proezas, va á la conquista de un nuevo mundo aparecido entre las brumas del Oceano;

(1) Gautier, op. cit., C. I., pág. 21.

mientras acá, en la patria, nos hacíamos señores de la Alhambra, henchida por el cantar melancólico del desierto; Santa Teresa de Jesús, doctora de la Iglesia, penitente, reformadora, escritora elocuentísima, que en la tierra de los grandes santos; asciende al cielo de la santidad; toda tocada de éxtasis, de sublimidades, cuya alma era como la transparencia de la belleza real é ideal esparcida en las obras de Dios ó de los hombres; cuya vida como el himno en honor de lo infinito, y que viene á coronar con sus libros cuasi divinos, por la luz del ideal bañados, el misticismo arrebatador de la dulce y maravillosa literatura española, en la que palpita toda el alma inmortal de la hermosa patria. La influencia de la mujer rehabilitada por el cristianismo, engendra los pundonorosos sentimientos que informan á las instituciones caballerescas. La Caballería en el período de su encumbramiento, como todo en la Edad Media, va unida con lazo íntimo á la religión, á la Iglesia, que obliga á sus profesos con voto solemnísimos á numerosas observanzas. Por los caminos y las ciudades, en la paz y en la guerra, son, como dice un cronista de aquellos tiempos, «los ministros del Dios fuerte,» y van realizando, en competencia con los religiosos, la idea eterna del deber y de la justicia.

Y apenas comienzan las instituciones caballerescas á dar sus primeros frutos, cuando la idea moral sustituye en las relaciones sociales á toda idea de lucro ó de egoísmo; la seguridad pública aumenta; la leyenda se hermosea con inspiraciones y asuntos desconocidos hasta entonces; el sentimiento del honor purifica las costumbres, tocándolas con el fuego del espiritualismo; el valor individual, elevado á su más alto grado, suple la falta de las leyes represivas y la deficiencia de las justicias; los instintos de la materia se apaciguan ante el predominio de ideal nobilísimo; el sentimiento de humanidad se despierta robusto en medio del estruendo de los combates; consolídase el poder de los Monarcas con el apoyo de los más distinguidos caballeros; viene á la historia una nueva forma de nobleza que va á ilustrar á los Reyes con sus consejos; únense la república y la Iglesia, como se unen el caballero y el fraile; líganse las naciones por

el poderoso vínculo de la fraternidad cristiana; despiertan los siervos, los villanos, el pueblo, oprimido antes por el férreo guantelete; el amor se convierte en culto, en adoración sublime, adoración que andando el siglo XIII ha de llevar á un oscuro desterrado de Florencia, movido por el amor (1), á eternizar á Beatriz, símbolo del ideal, sobre las cimas etéreas de la gloria (2). «De entonces proviene—dice grandilocuente historiador—la delicadeza moderna, que no sólo ahuyenta todo acto dudoso ó cobarde, sino la más leve vacilación en materia de valor ó de honra; que no sólo rechaza el ultraje, sino hasta la sombra de un insulto; que observa las deudas de honor como las más sagradas, por lo mismo que por ninguna ley están protegidas; que guarda escrupulosamente el buen nombre, como los paladines querían llevar sin la menor mancha el escudo. Así vivió el caballero, orgulloso de su cuna, delicado en lo tocante á la reputación y á la palabra empeñada; devoto, cortés con el bello sexo, independiente y digno, movido sólo por la idea moral, amigo de las batallas y sin miedo á la muerte» (3).

La consagración solemne que hacía la Iglesia de la caballería aumentaba el prestigio de ésta, que no debe considerarse solamente como institución pública, constituyendo el primer grado de la jerarquía feudal, sino como institución eminentemente religiosa (4). Por eso la Iglesia armó en sus altares al caballero, haciéndole jurar sobre el libro de los Evangelios; le dió la investidura de la justicia, con palabras y ritos solemnísimos; bendijo sus armas, consagradas á la defensa de todo sentimiento noble y generoso; le protegió con los rayos de sus anatemas, como había protegido también al peregrino; le lanzó por los caminos de la Tierra Santa á la conquista de un Sepulcro; le dió abrigo en la soledad de sus monasterios, oraciones en los rezos de sus breviarios, y lo exaltó hasta convertirlo como representante en la tierra

(1) *Amor me mosse che me fa parlare*. Div. Com.

(2) V. Mills.—*An history of Chivalry*. Londres, 1825.

(3) Cantú.

(4) Ampere, Loc. cit.

del Dios fuerte de las victorias. Todo esto rodeaba al caballero con aureola de veneración y de respeto. Bayardo, *el caballero sin miedo y sin tacha*, en cierta ocasión se confesó con uno de sus compañeros de armas. Joinville cuenta en su *Crónica*, que los varones franceses prisioneros con su Rey, Luis IX, en el Egipto, confesáronse los unos con los otros, al ver penetrar en la prisión á sus verdugos. «A los pies de uno me arrodillé, alargándole el cuello después de haber hecho la señal de la Cruz y diciéndole: *Así moría Santa Inés*. A mi lado se arrodilló Guido de Ebelín, Condestable de Chipre, y se confesó conmigo, dándole yo la absolución en cuanto Dios me daba facultad para ello; apenas levantado, no volví á acordarme de una palabra.»

No pocas veces los caballeros se encontraban en sus largas jornadas con alguna sobrenatural aparición, como aquella que tuvo nuestro Cid Campeador, cuando peregrinando á la ciudad de Compostela se le presentó un leproso, un *gafo*, con quien el noble castellano compartió á la noche su cama, merced por tan grande caridad que el leproso se le revelase, declarándole que era San Lázaro, con lo que le dejó muy consolado. Si el caballero moría separado de su hogar y de sus amores, un escudero cavaba el sepulcro al pie de antiguo tronco del que colgaba sus trofeos, para eterna recordación de sus hazañas; si sobre los campos de la victoria, sus compañeros le tributaban los últimos solemnísimos honores. Ahí, ahí está esculpida, idealizada la caballería, en los claustros de nuestras viejas catedrales; en la catedral de Burgos, en la catedral de Sevilla, en la catedral de Toledo, de las que conservaré siempre vivos y dulcísimos recuerdos. Ahí están, en la Ciudad Eterna, esperando el día de la luz, recogiendo tanto incienso y escuchando tantas oraciones.

Ahí están, con los Obispos, con los Reyes, con los doctores, con las damas que despiertan sueños de amor, aun desde las tristezas y desolaciones de la tumba. Ahí están, los caballeros que fueron á la conquista del sepulcro de Cristo, con sus armas, cruzadas las piernas; los que murieron vencedores sobre el campo de batalla, con el casco en la cabeza, el acero entre las manos y el león vivo á sus pies; los que mu-

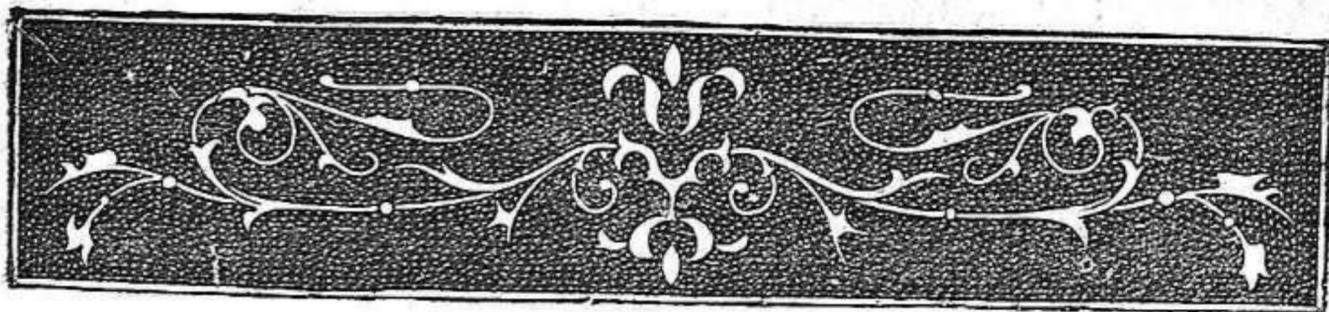
rieron vencidos, despojados de la cota de armas, con el león por el polvo, y las manos caídas sobre el pecho; los que cierran en paz sus ojos, con la cabeza descubierta y el lebrél dormido á sus plantas; todo un poema, todo un universo de leyendas, de historias, de acontecimientos ruidosos, toda la pléyade de famosos caballeros que asombraron al mundo con sus proezas y que esperan ahí, dormidos sobre el polvo, al resplandor de agonizante lámpara, entre el humo del incienso y el rumor de las salmodias, sintiendo sobre sus huesos el fuego de muchas lágrimas, y la esencia impalpable de muchas oraciones, el día eterno de la resurrección universal. De ellos puede decirse lo que de Brandimarte cantó Tasso: «Moriste ¡oh caballero! combatiendo contra los enemigos de tu religión; el cielo te abrió sus puertas, y en la tierra los lamentos de los héroes más ilustres, del amigo más fiel, de la amante más tierna, hicieron crecer flores inmortales en tu sepulcro» (I).

(I) *Gierusaleme Liberata*, C. VIII.

ADOLFO DE SANDOVAL.

(*Se continuará.*)





RECUERDOS DE SALAMANCA

LEYENDAS DE OTRO TIEMPO

QUIEN MAL OBRA MAL ACABA

TRADICIÓN POPULAR

EN los confines de la provincia de Salamanca con la de Ávila y en el camino que desde Peñaranda conduce al convento de Duruelo, célebre por los padecimientos que su institución ocasionó á San Juan de la Cruz, existía una ermita, que hoy se encuentra completamente destruída, y á la que daban sombra dos copudos olmos, que aún se conservan, y de los cuales se cuenta una historia, que por lo maravillosa nos hace recordar la conversión en laurel de Dafne, perseguida por Apolo.

La ermita estaba erigida á la advocación de San José, como lo demostraba un cuadro de Claudio Coello, que se veneraba en el altar mayor, y una efigie del santo, obra de Gregorio Hernández, que adornaba el cornisamento de la puerta principal, y que hoy, si no estamos mal enterados, se halla en la fachada lateral del convento de monjas carmelitas de Peñaranda.

En el año á que nos referimos había en ella de ermitaño un austero cenobita, á quien llamaban el P. Félix, y que teniendo fama de santidad en aquellos contornos, era el oráculo de todo el territorio, que formando un triángulo de bosques y de rocas, se extiende desde Peñaranda á Alba y Piedrahita. Las opiniones del P. Félix eran de tal modo acatadas, que sus decisiones se consideraban como caso de conciencia, y nadie estaba en paz mientras no las ponía por obra, puesto que se contaban sucesos y acaecimientos desgraciados de aquellos que habían faltado á las promesas y juramentos hechos ante el seráfico ermitaño.

Entre estas historias tan maravillosas como extraordinarias, se contaba una que vamos á referir, y que oímos por primera vez á la sombra de aquellos mismos árboles y al arrullo del misterioso ruido que producían sus ramas al ser columpiadas por el céfiro.

Dicen que una mañana llegaron á la choza del P. Félix dos mozalvetes, que por la limpieza de sus capotes, la blancura de las golas y el brillo de las espadas que traían al cinto, se conocía debían pertenecer á la servidumbre del Sr. de Peñaranda, que hacía dos días había llegado á la villa á tomar posesión del palacio que acababa de construirse, y á oír la primera misa que debía celebrarse en el nuevo convento del Carmen, que había edificado á sus expensas. Uno de los manebos llevaba cuidadosamente en sus brazos un canastillo, que descubrió al encontrarse con el ermitaño, y en el que, entre encajes de purísimo hilo se hallaba un niño tan profundamente dormido, que cualquiera le hubiera creído muerto, si no hubiera sido por el encendido color de rosa que fulguraba en su rostro, y que sobresalía aún más, junto á la holanda que le cubría.

—¡Loado sea Dios y bien venidos sean los que vienen á honrar la celda de este miserable que polvo ha sido y en polvo se trocará!—dijo el cenobita, saliendo á su encuentro y tendiéndoles amorosamente los brazos.

—Perdonadme, señor, y acoged á esta criatura bajo vuestra santa guarda, mientras que yo, peleando en Flandes, me hago digno de unirme con su madre, cuyo honor he quebran-

tado, y juro devolveré,—respondió el que llevaba el niño, enseñándosele y poniéndose de rodillas.

El P. Félix, después de un momento de silencio y de reflexión, contestó:

—Recuerda que *Dios te escucha* y que nadie se burla impunemente de las promesas que se le hacen. No ofrezcas lo que no has de cumplir, porque Él es justo.

—*Ese árbol*—replicó el mancebo, señalando al que entonces existía—*es testigo del juramento que ante vos he hecho, y si no lo cumplo, que como él quede aquí preso en justa remisión de mi pecado.*

—Alza—dijo el ermitaño,—que desde este instante yo seré para este niño otro segundo padre; mas no te olvides de él *si quieres que Dios no te abandone.*

Entonces los mancebos, besando el cordón del cenobita y recibiendo su santa bendición, salieron en dirección de la villa de Peñaranda.

Cuatro años después, el paje, cubierto de gloria, había regresado á Peñaranda, y no sólo se había olvidado de su hijo, sino que se burlaba de la madre, hasta el extremo de echarla en cara su deshonra.

En vano habían sido las súplicas y los llantos de la infeliz seducida, para lograr que su infame mancebo la sacase del cruel infortunio en que la había sumergido. El paje, constante en sus invectivas y en su infamia, no hacía sino ir destilando gota á gota un ardoroso veneno en el corazón de aquel infeliz, que cual otra Dido, se hubiera sacrificado acaso por no sufrir más tiempo los desvíos de su amante.

María, así se llamaba la joven, que por un exceso de pudor no había querido presentarse al P. Félix, en demanda de apoyo para su fatigado espíritu, acude al último recurso, y desmelenada y llorosa, se presenta al buen ermitaño y le descubre las tempestades de su corazón.

El P. Félix reanima su alma con los consuelos de la religión y con el ejemplo de tantas otras, que después de un desengaño tan terrible, habían aprendido á dirigir sus pasos por el camino de la virtud, sembrado siempre de olorosas flores y bañado por una brisa fresca y perfumada.

Por último la dijo:

—¿Estáis segura de lo que me habéis dicho?

—Señor, lo juro.

—Pues descuidad, que ó *mañana será vuestro esposo ú otro árbol veréis en este sitio dando sombra á este santuario.*

Poco después el ermitaño, envuelto en su tosco sayal, llevando de la mano el niño que hacía cuatro años le habían confiado, se presentaba al desventurado paje, que al verle hizo un movimiento de sorpresa que dominó al instante.

—¿Qué queréis, buen ermitaño, por mi casa?—le dijo aparentando la mayor serenidad.

—Me sorprende en verdad vuestra pregunta, cuando debíais de adivinar el objeto de mi venida—respondió el padre Félix.

—Por mi Dios que no comprendo vuestras palabras—replicó el paje.

—No blasfeméis por más tiempo y no pongáis á Dios por testigo para ocultar la falta de rectitud de vuestra conducta—añadió el ermitaño.

—Repito que me sorprendéis y que si persistís en vuestros ultrajes me veré en la precisión de abandonaros—respondió enfurecido el mancebo.

—Recordad—le dijo con toda mansedumbre el cenobita—que hace cuatro años *me hicisteis un juramento delante del árbol de San José*, y que nadie se burla de las promesas que á Dios se hacen, porque Él es justo.

Mas el mancebo, en vez de escuchar las reflexiones del viejo, empezó á dirigirle tanta clase de amenazas y de oprobios, que éste creyó necesario apelar al último recurso, diciéndole:

—Perdonad, querido hermano; pero acaso os acordaréis que en aquella infausta noche íbais acompañado de Casimiro Morán, que murió después á vuestro lado en las escaramuzas de...

—Embaucador, hipócrita—repuso el paje sin dejarle concluir,—si persistís en tales suposiciones, os haré arrancar la lengua por no mancharme con la sangre de un impostor.

—¡Casimiro Morán!—exclamó el ermitaño, levantando

las manos al cielo—en el nombre de Dios yo te invoco para que confundas al perjuro.

Una luz misteriosa y tenue como la del crepúsculo, argentó levemente la sala del palacio ducal en que se encontraban, y la sombra de Morán, apareciendo como por encanto, corroboró las palabras del P. Félix.

—¡Huid, huid, hijos del infierno, si no queréis perecer en la demanda!—gritó el paje balbuceando de espanto y echando mano al acero, manchado aún con la sangre flamenca y que apenas podía sostener por el terror.

Entonces el P. Félix, cogiendo el niño en sus brazos, salió precipitadamente del palacio, diciendo:

—¡Miserable, *acordaos del olmo de la ermita de San José!*

Al día siguiente, el paje había desaparecido, y se admiraban todos los que pasaban por la ermita de San José de ver junta á ella dos copudos olmos, cuando antes no había más que uno; y se dice que por mucho tiempo no se cortó de ellos ni una rama, porque se creía que brotaba sangre.

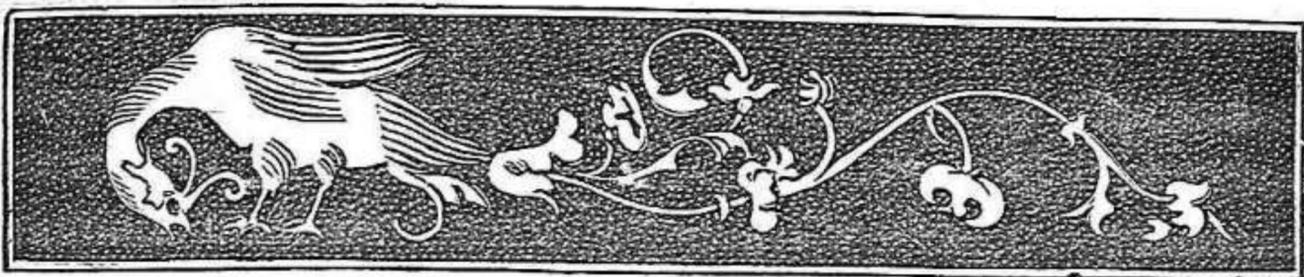
María se volvió loca al recordar á la vista del árbol las palabras del ermitaño, y dicen que se la veía constantemente á su sombra ó abrazada á él, esperando sin duda, en su delirio, una nueva transformación.

El huérfano, después de algún tiempo, sucedió al P. Félix en los cuidados del santuario, y habiendo tratado de cubrir de lirios y azucenas aquel sitio de culpa y de expiación, no pudo conseguirlo, porque siempre se secaban sus flores en capullo.

Acuérdate siempre, lector, *en el cumplimiento de tus juramentos, del olmo misterioso de San José.*

TELESFORO GÓMEZ RODRÍGUEZ.





CARTAS DE PARÍS

Señor director de la REVISTA CONTEMPORÁNEA.



STIMADO amigo mío: Si yo fuese un revistero ordinario, lo que equivale á decir adocenado; si continuase por la trillada senda, cuidando de posar la planta en las huellas de mis predecesores, debería hablar ahora del centenario de Chevreul, y recordar los trabajos de este hombre sabio y bueno, y verter sobre sus níveos y espeluznados cabellos toda la canastilla de adjetivos encomiásticos, y tejerle coronas, y embocar la celeberrima trompeta de la fama para cantar sus virtudes. Pero el germen de independencia con que nací y es ya ramoso y florido arbusto, no me consiente nunca el ir *á donde va la gente*; pues entre otras muchas cosas, me diferencio del mono en no tener espíritu de imitación; soy además propenso á la rebelión —como español al fin,—y basta que me quieran imponer una cosa para que primorosamente ejecute la más contraria. Esto, sin contar que mi cerebro es un señorito muy tozudo y mal educado que hace siempre su soberana voluntad; yo creo que, de antojársele, charlaría horas enteras, por mi boca, acerca del *venerable anciano*; mas no se le antoja, habiéndosele clavado entre ceja y ceja el designio de contestar hoy á un afable sujeto, el cual me escribió habrá cinco meses, pidiéndome una definición del *naturalismo*.

Yo le ruego á V. y le suplico al lector que no se tapen las narices, ni echen mano al frasquito de sales, porque esta carta no despedirá ningún mal olor ni ensuciará las páginas de su REVISTA; tampoco han de cerrar VV. los ojos y menos meterse algodón en los oídos, que no vamos á andar entre horrores y fealdades ni á escuchar groserías y blasfemias; la dama de más refinada pulcritud puede seguirme sin quitarse los zapatitos de raso y las caladas medias de seda, que no las manchará ni una gota de fango; y los timoratos, temerosos de toda excitación, no tendrán necesidad de recurrir á un régimen antiafrodisiaco. Lo único que me parece indispensable es un poco de paciencia, no ocurriéndome una definición, propiamente dicha, corta, exacta y clara del naturalismo, sino una demostración que saldrá exacta y clara, Dios mediante, pero de ninguna manera corta.

Tal vez no falte algún descontentadizo que me pregunte á qué conduce demostrar lo que está demostrado, enseñar lo sabido; pero, además de que mi corresponsal no lo sabe, ya que lo pregunta, es muy humano ignorar aquéllo que más creemos poseer; es indudable que Munilla y Luis Alfonso estaban convencidos de saber lo que es el *naturalismo*, y sin embargo, en los artículos que en pro y en contra le dedicaron, está palpable la prueba de que no lo sabían, y si la forma era elegante, castigada y bella—creo que no se quejarán,—el fondo pecaba de inexacto y superficial por lo menos. Dirán otros que ahorraría mi tinta y su atención, enviando á mi preguntón un ejemplar de la *Cuestión Palpitante*, en la cual expone Emilia Pardo Bazán con ingenio, brillantez y valentía, lo que es el naturalismo; siempre es ocasión de leer un libro, y si no véase Valera, que ha esperado á que la *Cuestión Palpitante* estuviese vertida al francés por Alberto Savine, para leerla y ponerla *peros*; mi corresponsal podría, pues, leerla también si fuese capaz de entenderla. Este honrado señor es aragonés, muy positivo, labrador que se come sus rentas, y me pide *una definición con ejemplos*. Tengo que darle gusto, y si tampoco lo entiende *con ejemplos*, no será mía la culpa.

Figúrese V. un hombre sin moralidad, entregado á la es-

peculación, que mete su cucharada en todos los guisos rentísticos del segundo imperio francés, y está emporcado por todas las porquerías del dinero. Casado en segundas nupcias, su consorte, histérica que ha clavado sus dientes en múltiples manzanas, le engaña con un mozalvete, hijo del primer matrimonio, creyendo hallar goce desconocido en el amor incestuoso. El marido ha presentado á la firma de su esposa una escritura de cesión que ella se niega á firmar, pues la despoja de un inmueble tasado en centenares de miles de francos. Una noche sube el agiotista al cuarto-tocador de su mujer y sorprende á los dos enamorados en dulces coloquios. ¿Qué es lo que hace?

Admitamos por un momento que todos los novelistas sean capaces de idear *tamaña inmoralidad*, y veamos cómo salen de la situación.

IDEALISTAS-ROMÁNTICOS.—Hay poca luz. Entra el marido, y el estupor, como si fuera pez, le pega la suela de las botas sobre la alfombra. Con la cabeza caída sobre el pecho, se tambalea cual toro que recibió un cachiporrazo en el testuz. De pronto, alza la frente, y, aunque es flaco y pequeño, parece agigantarse; se crece con toda la grandeza de su derecho; los otros le miran, serenos y arrogantes, en la majestad de sus criminales amores. Los tres son sublimes, heroicos, admirables. De improviso, el ofendido esposo y padre se precipita, y de una puñalada—siempre hay un puñal propicio en estos casos—deja seca á la dama, que espira sonriendo. Revuélvese contra su hijo, pero su mano tiembla. ¡Es padre, y no puede... no, no puede! Entonces el muchacho, que conoce su deber, le arrebató el arma homicida, se apuñala y cae sobre el ya inanimado cuerpo de su amada. En cuanto al padre, da un rugido—y no digo *bufido* por evitar asimilaciones—vierte candentes lágrimas, y con el rojo y humeante acero se abre en el pecho un boquete por do se escapa la vida.

IDEALISTAS-MORALISTAS.—Cuando el marido sorprende á los amantes, siente que unas tenazas le aprietan la garganta de tal modo que la nuez se le sube á la boca; se enturbia su vista y tiene que apoyarse en un mueble para no caer al suelo. Mientras la paloma gime allá en las honduras de su cri-

men, y el tórtolo se coloca delante de ella como un gallo para ampararla y defenderla, el padre recapacita. Brusca-mente, su conciencia, que no le había dicho maldita palabra en toda su pícara vida, se pone á hablar con amargo tono; como en vertiginoso caleidoscopio, ve toda su existencia en cinco minutos; llega á comprender que aquel espantoso crimen pesa sobre él, que la responsabilidad le alcanza, pues su conducta lo ha provocado, lo ha autorizado. Y aquí siguen y suman cuatro páginas de sentimientos alambicados, de sensaciones sutiles y minuciosas difíciles de entender. Como consecuencia, el honor se despierta en este hombre, brota como una rosa en el estiércol; con acento paternal y blando, expone á los culpable su falta. Hay azumbres de lágrimas y arrobos de arrepentimiento. El marido perdona, se retira á su cuarto y se levanta la tapa de los sesos, primera buena acción que realiza en el mundo. La viuda se hace monja ó hermana de la caridad; el jovencito, cuyos cabellos han encanecido en una noche, no se mata porque es valiente, porque quiere sufrir, y andando el tiempo, fallece muy viejo, bendecido por todo un pueblo, en el misericordioso seno del Altísimo.

FOLLETINISTAS.—Se abre la puerta con estruendo.—Se cierra de golpe.—Aparece el marido.—Lanza un: ¡ah!—Hay un silencio.—La mujer está lívida.—El hijo verde.—El padre amarillo.—El esposo echa la llave y se la guarda en el bolsillo.—Se cruza de brazos.—Está aniquilando á los criminales con sus centellantes miradas.—*Inútil es advertir que cada vez que pongo un guión hay punto y aparte, pues como aquí se paga la línea hasta dos reales, lo importante es hacer muchas líneas.*—El marido acaba por reventar.—Echa un discurso, que ni Castelar, sobre semejante traición, sobre tan negra ignominia, con numerosas interrupciones.—Hubo un silencio.—Guardó silencio.—Se calló, etc.—La adúltera se arrastra por los suelos hasta despellejarse las rodillas; el mocito levanta también la voz y le dice á su padre cuántas son cinco; se traba la lucha; la mujer asiste á ella *petrificada* en un rincón. Cae muerto el padre; corre el hijo á la comisaría más cercana á constituirse prisionero. Luego sigue la vista

de la causa, la sentencia, la ejecución del parricida, y la novela continúa—si hay compradores,—hasta que sepamos qué es de los personajes más ajenos á la acción, y el hijo de la *gran incestuosa*, la cual, verosímilmente, se envenena.

Tengo la pretensión de no haber salvado los límites de la verdad en la exposición de estos tres procedimientos. La primera escena os conmueve profundamente; aquéllas trágicas puñaladas no están desprovistas de grandeza, y el cerebro se alborota, se ensancha el alma; nos sentimos capaces de hacer otro tanto en iguales circunstancias; en la cama, soñamos con héroes, acciones grandiosas, palabras grandilocuentes; al despertar no nos acordamos de nada; la serie de horrores y atrocidades ha pasado como una corriente galvánica; nos ha sacudido, pero sin dejar huellas.

Mucho más suave es la impresión en el desenlace moral, pues nace de la piedad que inspira aquel infeliz padre, severo para sí, tierno para los otros; se comprende perfectamente que la brusca transformación de un canalla en hombre de honor, no es probable ni posible; pero, es tan misterioso el corazón humano, analiza con tal arte el autor los encontrados sentimientos que combaten la conciencia de aquel hombre, que el cambio resulta admisible. Y ¡cuánta belleza en el magnánimo perdón del burlado marido! Ya veo á la mamá de familia enjugándose los lagrimales, y á la señorita enterrecida, ingeniándose por sentir la emoción violenta y grata que agita á la mujer incestuosa; todo el hogar doméstico se extasía sobre la moralidad del novelista, que se traduce con este lugar común: «Obra mal, arrepíentete y ganarás el cielo.»

La tercera escena, la de *la escuela del aparte*, es un trabucazo en mitad de la cara; el espíritu anda á cien leguas de la cuestión, pero positivamente interesado; es un tejido de irritantes inverosimilitudes, pero estamos en el terreno de la ficción; el calor de la acción es admirable; un padre y un hijo matándose, mientras la mujer está en un rincón *petrificada*, es el colmo del interés melodramático. Ni deja recuerdo, ni pincha ni corta, pero se ha pasado una hora agradable. Y ¡qué bien se lee! ¿eh? Lo mismo que en un sobre las líneas

de las señas escalonadas. Está visto que la línea corta es un elemento de atracción para muchos. ¡Vamos, lectores de Richebourg y Montepín, confesad que os basta ver poco diálogo y pocos apartes en un libro, para cerrarlo sin leerlo!

Ahora veamos cómo interpreta la misma situación el naturalismo.

Zola la ha desarrollado en su novela *La Curée* y ocupa exactamente dos páginas.

Aquí están abrazados los dos amantes, cuando un ruido les hace volver la cabeza; el marido está parado en el dintel de la puerta. La mujer, mirando á su esposo con sus grandes ojos fijos de muerta, desenlaza lentamente los brazos del cuello de su amante, que está agobiado, pero no por el remordimiento, sino por el miedo. El marido se acuerda al fin de que es padre y esposo, y agitado por una necesidad de brutalidad, se dirige á su hijo con los puños cerrados. El mozo retrocede. «Escúchame—balbucea...—ha sido ella...» Va á acusarla, á imputarle todo el crimen. Entonces el marido, buscando con que romperle la cabeza, mira á su alrededor; sobre la mesa-tocador, entre los peines y los cepillos de uñas y de dientes, ve la escritura de cesión. Es una primera ducha sobre su cólera. Se acerca, se inclina, ve que está firmada. Ahora traduzco literalmente:

«Saccard se encogió de hombros ligeramente. Miró de nuevo á su mujer y á su hijo, con marcada fijeza, como para descubrir en sus rostros la explicación que no hallaba. Dobló pausadamente la escritura y se la guardó en el bolsillo del frac. Tenía las mejillas en extremo pálidas.

—Ha hecho V. muy bien en firmar, amiga mía—dijo con dulzura á su esposa.—Gana V. 100.000 francos. Le entregaré á V. el dinero esta misma noche.

Estaba casi sonriente; sólo le temblaban las manos. Dió algunos pasos, añadiendo:

—Se ahoga uno aquí. Singular idea la de venir á este baño de vapor para preparar alguna de vuestras bromas...»

Padre é hijo bajan juntos, hablando tranquilamente, en tanto que la mujer sigue escuchando, creyendo que van á rodar por las escaleras luchando cuerpo á cuerpo, no pudien-

do convencerse de que su amor maldito, sus besos incestuosos, su crimen, tenga un fin tan vulgar é innoble.

Tan imprevisto desenlace os deja desconcertados y aun heridos; se ha burlado de vosotros el autor, y os duele en el amor propio. ¡Cómo se entiende! ¡Esperabais los desenlaces convenidos, sabidos de antemano, y os sirven otro! Es mucho atrevimiento. Pero es mayor vuestra bondad, y no persistiréis en el rencor. Examinemos esa escena.

Todo es verdad en ella, hasta la escritura de cesión colocada sobre la mesa-tocador, lo que puede parecer un *recurso* no habiendo leído la escena anterior. La mujer, muda, serena, desafiando con la vista al esposo que cree va á pegarle, cuando menos, es consecuente con su alma podrida, que conserva en sus arrugas un resto vago de honradez. El otro, el amante, el niño mimado, el afeminado desde la cuna, el varón-hembra desde el dormitorio del colegio, se echa á temblar y balbucea cual muchacho sorprendido en falta; se conserva lo que fué siempre, vil y pusilánime. Saccard, el marido, tiene un primer movimiento de furor, el furor de un hombre pequeño y enclenque; es el movimiento instintivo, profundamente real, el movimiento de la bestia. Pero cuando la escritura de cesión, la cesión que le salva de la ruina, cae bajo sus miradas, la razón habla al punto en este carácter venal; se decide casi en el acto; poco le importa, en suma, el crimen ni la ofensa ya que nadie la conoce ni nadie la conocerá; su mujer paga con creces su capricho. No reflexiona en la resolución que ha de tomar sino en la manera de terminar la escena amistosamente, sin escándalo, como si nada sospechase. Y esto es también profundamente humano. De obrar de distinto modo, no sería el Saccard de todo el libro el Saccard de la vida, sino un Saccard de convención.

Todo eso es verdad, lo sentís, pues la verdad se impone; todos tenemos nervios y fibras que se tienden y vibran ante una realidad de la existencia, que casi de manera inconsciente nos mueven á gritar: «¡Qué verdad es esto!» Pero simultáneamente se levanta en nosotros un falso sentimiento de vergüenza, y miráis en torno vuestro por si alguien ha escuchado la exclamación. ¡Qué pensaría, Dios poderoso! ¡Ver-

dad!... ¿Es posible que sea verdad? Ese Saccard es atroz, no existe, y aunque exista no debe enseñarse en un libro. Ocultáis la primera impresión, que es la espontánea, como la mujer preñada oculta el gusto depravado que la impulsa á comer alguna cochinería. Habéis formado opinión del libro y no tenéis el valor de confesarla y sostenerla. Os encubris con hipócrita máscara para denunciar como asqueroso el *Assommoir* que habéis leído en la soledad del despacho, conmovidos, seducidos, aterrorizados por la pasmosa intensidad de vida del libro. Esclavos de las conveniencias sociales, seguís la corriente en vez de expresar con firmeza y sencillez vuestro íntimo sentir. Es la más baja de las cobardías, y de ese modo sois cobardes.

Pero me desboco y casi te maltrato, lector amigo, para convencerte.

Esta verdad en los personajes, en sus ideas y sus pasiones, en las influencias fisiológicas y en las del medio, constituyen el naturalismo, sin meterme ahora en dibujos filosóficos que mi corresponsal no entendería. Se ha dicho que el naturalismo es una fotografía literaria; acepto la definición si suponemos una fotografía animada, llena de color y calor, en la que los objetos aparecen con admirable relieve, en la que los personajes andan, sienten y viven. Pero como esa fotografía no existe, la definición es pretenciosa, superficial é inexacta. También se ha dicho hace tiempo—como que se lo dijeron á Balzac,—que los naturalistas eran *tasadores* y tenían la monomanía de hacer inventarios. Yo quisiera que Mr. Fontaine ó Mr. Bloch, del *Hotel Drouot*, se dignasen describirnos los Mercados Centrales, y verían VV. qué página más agradable y literaria saldría. En cuanto á la moralidad, léase el artículo de Sainte-Beuve, el *Arte y la Moral*, donde quedó juzgada la cuestión. Admitiendo que el naturalismo es positivista—y lo es en Francia,—se dice que el positivismo, después de haber *destruído la fe* y *gangrenado la ciencia*, entra en las letras desconociendo la misión de la novela, que es distraer y elevar el ánimo. Es una observación antiquísima que el hombre educado con ensueños encantadores y malsanos, no reporta gran cosa á la sociedad; resulta un factor negativo,

mientras que el que desde joven ve la vida tal cual es, se comporta con dignidad y honradez. Amigo del hecho cruel, brutal pero saludable y enemigo de la mentira amable y disolvente, yo no he puesto en las manos de mi hijo las novelas de Cherbuliez, sino las de Balzac, Zola, Flaubert y Goucourt, y, sin amor de padre, puedo presentar al continuador de mi nombre como modelo de honradez, valor, entereza, bondad y ternura. Y, efecto que conviene señalar, apesar de un muy desarrollado sentido práctico que es seguro conductor en los trances mundanos, subsiste en este joven una dosis poderosa de idealismo.

La novela naturalista «puede ser cuanto quiere, un poema, un tratado de patología ó de anatomía, un arma política, un ensayo de moral,» etc., como lo dijo Zola en su estudio sobre la novela contemporánea. Si el Dr. Bouchut, entre otros, hubiese escrito una novela científica acerca del *Neurosismo*, en vez de su notable trabajo, puramente técnico, habría hecho obra más eficaz. Niegan muchos la ciencia á nuestros novelistas, y les echan en cara *el deseo de pasar por sabios*. Seguramente, no podemos comparar á Flaubert con Orfila ó con Armando Gautier, pero ningún médico sincero se reirá al leer el envenenamiento de Mme. Bobary, y ninguno sonreirá tampoco del estudio psicológico del cura Sergio Mouret.

Como consecuencia lógica, el interés de la novela naturalista no nace de los incidentes de los idealistas, ni de la aglomeración de episodios precipitados, tumultuosos é inverosímiles de la novela-folletín. No existe más que un hecho único, con una serie de cuadros; el interés se debe á la acción moral, por decirlo así, á la observación sostenida, á la verdad humana, al sobrio análisis de los seres, á la ciencia del detalle. ¿Cuál es el asunto del *Ventre de París*? Un pobre diablo encarcelado el 2 de Diciembre, es condenado, lo mandan á una isla penitenciaria, se evade, vuelve á París, y comprometido de nuevo, sin haber hecho nada, es de nuevo condenado. Y, sin embargo, el libro es delicioso; sin contar el sorprendente y hermoso bodegón que forman las descripciones de los mercados; todo es humano, porque todo es rela-

tivo; no hay naturalezas extraordinarias, todo es mesocrático; hasta la abnegación de Florent. Zola y los otros, lo concentran todo en el personaje principal; cuando muere ó desaparece en la desgracia ó la ventura, se ha acabado la acción; no se habla de los personajes secundarios, porque poco importan, y á cada paso podemos confirmar, con la experiencia práctica, que no sabemos qué fué de tal ó cual persona que en cierto tiempo conocimos mucho por haber estado unida su vida, momentáneamente, á la vida de un sér querido. La invención, el enlace y el desenlace de la acción deben obedecer á la verdad, es decir, á las influencias múltiples, que son las fuentes de los acontecimientos, pues *los hechos no se producen por sí solos.*

Para mi corresponsal creo haber dicho lo bastante... para que se quede como antes, sin entenderme. Pero, ya que estoy en el potro, diré algo, muy de pasada, acerca de la forma, del estilo. Mr. Barbey de Aurevilly dijo una vez, como un elogio á Mr. Charvèriat: «No es un talento de colorista el postrimer amor de las razas materializadas en su vejez, que se mueren porque reanimen y alegren sus sentidos gastados con el color.» Lo curioso del caso es que Barbey de Aurevilly, que será todo lo que se quiera menos materialista, no emplea más que color en su estilo trabajado, forzado y violento, y á veces colores chillones. Zola se rebela también contra el color ó la abundancia del adjetivo, contra lo complicado y artificioso de la lengua que nos encanta, y habla de los diálogos de amor en Molière, Corneille y Racine; no eran diálogos en la lengua usual de la época, pero aunque lo fuesen, no tendrían frescura hoy; el diálogo envejece forzosamente, y en el mismo Alarcón, *que parece escrito hoy*, según la frase consagrada, se encontrarían infinitos modos y giros que han envejecido. Es seguro que en el siglo XX los diálogos de la novela naturalista habrán envejecido también, por lo mismo que se habla en ellos como se habla en el día. Esto no quiere decir nada. Lo cierto es que la lengua de los novelistas naturalistas es perfecta, cauta y justa. Dice exactamente lo que tiene que decir. Bien quisiera yo, por mi parte, que hubiese más sencillez, menos floreos, más concisión, y

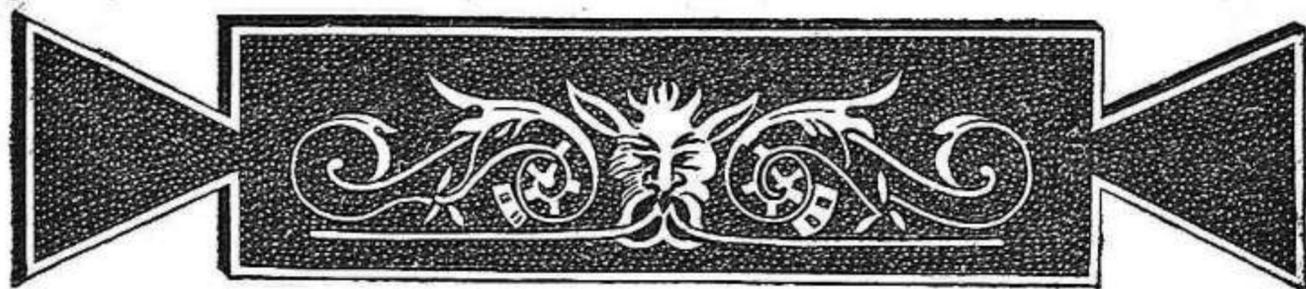
que no tuviesen nunca las palabras más valor que el que deben tener; pero no somos nosotros los que podemos hablar esa lengua que tan admirable y bella resulta en los escritores rusos, y particularmente en Dostoievsky; pues estamos muy contaminados, y como me decía há poco una mujer ilustre, si no somos todavía *decadentes*, somos ya por manera *bizantinos*.

Y ahora, ya *muerto el burro*, se me ocurre una definición de todo lo dicho, y no vacilo en aplicar la cebada al rabo: *El naturalismo es la reproducción de la vida*. Esta definición puede ser mala, pero me la pasará V. en gracia á su brevedad.

LEOPOLDO GARCÍA RAMÓN.

París 20 de Setiembre de 1886.





EL BESO

Continuación (I)

IV

Como la nube oscura y renegrada
que cubre el cielo con su faz siniestra,
que lucha con el sol, y al fin se esconde
en la oscura mansión de las tinieblas,
así de don Fernando la mirada,
unas veces sombría, otras inquieta,
luchaba con la amarga incertidumbre
de horribles celos que el amor engendra.
Amaba á doña Inés con tal delirio,
que rechazaba con valor la idea
de una traición, que á su alma enamorada
en infierno de dudas cambia y trueca;
unas veces, mirándola iracundo;
otras veces, mirándola con pena,
ya ocultaba su rostro con las manos,
ya empuñaba su daga con la diestra,

(I) Véase la pág. 293 de este tomo.

aguardando que al fin de su letargo
para darle la vida en sí volviera;
y poco á poco, como el sol que vence
las nubes que le oprimen y le cercan,
y débiles sus rayos al principio,
tomando cuerpo y adquiriendo fuerza,
se enseñorean del inmenso espacio,
su luz irradia y su poder ostentan;
doña Inés de Barrientos, en sí vuelve,
ve sorprendida cuanto la rodea,
se fija en don Fernando, sus miradas,
todo cuanto ha pasado la recuerda,
y como herida de potente rayo,
en pie se pone, fija le contempla,
y comprendiendo lo que su alma sufre
y la duda cruel que le atormenta,
con voz firme y segura exclama altiva:
—«Si de mí dudas, hiere, nada temas,
que mejor que vivir en la deshonra,
quieren las de mi raza verse muertas.
—No he de de matarte, no—replica Olmedo,—
que es grande la pasión que á ti me lleva,
y si los celos en constante lucha
pretenden combatir con mi fe ciega,
el amor que te tuve y que te tengo
es la aurora feliz de mi existencia,
y creo en ti, y no dudo, y nada temo,
y tan sólo un pesar mi dicha quiebra,
que no pueda saber el que mi honra
hizo pedazos hoy, cabe tu reja,
y que de vida no le haya quedado
imperceptible un átomo siquiera;
pero ya que arrancársela no puedo,
quedará mi venganza satisfecha,
porque si Vargas el secreto sabe,
mi limpio acero sellará su lengua.
—Que de don Diego la llegada supo,
todo lo da á entender.

—Que siempre acecha
nuestra casa, es probado—dijo Olmedo,—
y que ansía vengarse y que se venga,
aquí lo demostró; y que á mi Diego
algún mal le amenaza y que le cerca
algún peligro, á voces me lo dice
el intenso dolor que mi alma llena.
Sorprender su intención, seguir sus pasos,
suplantar su persona, es clara prueba
de un hecho misterioso que me abruma,
y como plomo sobre mi alma pesa
muerta quizá.

—Silencio.

—¡Dios clemente!

¡De qué la vida entonces me sirviera!
El era la ilusión de mis sentidos,
y de su padre fué la única herencia
que me dejó al morir, como recuerdo
de una amistad inquebrantable y tierna;
yo le eduqué á mi lado, fuí su egida,
y cuando á vos me uní, le dí en la tierra
una madre tan pura y tan hermosa
como la que perdió en su edad primera;
la envidia y el rencor le desterraron,
y cuando oculto vuelve con la idea
de darnos un adiós sincero y puro,
antes que en cruda lid y cruda guerra
conquiste su perdón con su heroísmo,
una traición que mi penar sospecha
le arranca de mi lado para siempre.
El lo pronosticó; ¡qué tarde aquélla!
En el monte cazaba, yo le sigo;
una res en el campo se atraviesa,
él la apunta, certero el tiro sale,
una paloma hermosa é indefensa
que en la copa de un árbol hizo nido,
viene hasta el suelo con sus hijos muerta,
en tanto que la res desde la cima

de un montecillo nos miraba inquieta;
«esa es la vida, dijo entonces Diego;
siempre se ceba el mal en la inocencia.»
Los dos guardan silencio; sólo se oyen
suspiros de dolor, ayes de pena,
pasos de gente armada en los zaguanes,
el chirrido estridente de la puerta,
que se abre poco á poco y con esfuerzo,
y las frases cortadas y perplejas
con las que el Capitán Iñigo López
de su misión á don Fernando entera,
que es pedirle la espada y suplicarle
que la orden de prisión pronto obedezca.
No se negó el de Olmedo, á Inés abraza.
Toma el pliego del Rey, su sello besa,
y con severo y digno continente
hasta el Consejo conducir se deja,
y cuando doña Inés en raudo llanto
va á prorrumpir, un paje se la acerca,
y un pliego que trazara la real mano
pone en la suyas con pueril cautela;
con avidez devora sus palabras,
que poco menos, poco más son estas:

Mitigad vuestro dolor,
pues me valgo de esta traza
como esperto cazador,
que de este modo, al fin, caza
al que mancha vuestro honor.

V

Fué del caluroso estío
la más calurosa tarde
aquella en que Lope Vargas,
mal aventurado alcalde,

y don Fernando de Olmedo
penetraron en la cárcel,
acusándose uno y otro
como presuntos culpables
del misterioso homicidio
perpetrado la noche antes.
Días y días pasaron
sin que nada adelantasen
los jueces que ávidos buscan
el más pequeño detalle
para descubrir entre ambos
más indicios criminales;
que si Olmedo como esposo
reune muchos y graves,
no son menos los que acusan
á don Lope como amante.
Marido ultrajado es juez
severo é inexorable;
amante celoso es río
dispuesto á salir de cauce,
que de humilde y placentero
se torna en fiero y pujante.
Cuando con más insistencia
los jueces y familiares,
los esbirros y alguaciles
redoblaban sus afanes
para encontrar la verdad
entre los negros celajes
del misterio que la oculta,
que cada día es más grande,
un suceso extraordinario
y que no se explicó nadie,
vino á ahondar más el abismo
de dudas y ambigüedades,
aumentando al mismo tiempo
la curiosidad si cabe.
El hecho fué que don Lope
envió al Rey un mensaje,

en contestación al cual
vino la orden terminante
de poner en libertad
á los supuestos culpables,
y que don Lope de Vargas
vuelva á su cargo de alcalde
y al real Alcázar acuda
apenas caiga la tarde.

La noticia fué una bomba
que rápida cual las aves,
corrió por toda la corte
adquiriendo tal alcance,
que fué la conversación
general entre los padres
reverendos, los poetas,
los soldados y magnates,
que á la par que todo el vulgo,
acudieron anhelantes
alrededor del Alcázar
codiciosos de informarse
de lo que iba á suceder
sin que se lo cuente nadie.

Era sábado aquel día,
el Rey volvió de la salve,
y Vargas en la antecámara
le esperaba serio y grave.
El Rey le vió y de este modo
se dice que habló al alcalde:

—Para salvar vuestro honor
y que no haya mancha en él,
¡juráis en este papel
descubrir al matador?
Yo en vuestra palabra fío
y la libertad os doy;
contad seis días desde hoy,

proceded en nombre mío;
mas si el plazo se termina
y el criminal no parece,
mi clemencia se oscurece
y se anuncia vuestra ruina.

—Lo he prometido y no cedo
dijo Vargas,—lo veréis
pronto, mas ruego me déis
orden de prender á Olmedo.

—Eso, nunca, ¡vive Dios!
igual delito os envuelve,
y la ley que al uno absuelve,
debe absolver á los dos.

Salid.—Y Vargas salió
con faz lívida é inquieta,
y por la puerta secreta
el Conde de Olmedo entró.

—Que ese hombre vuestro honor mancha
me habéis dicho, y yo lo creo—
dijo el Rey,—y ahora deseo
que de él toméis la revancha.
Que vos me respondéis de él,
há poco me habéis jurado,
por eso libre ha quedado,
que siempre os tuve por fiel;
á todos mi brazo alcanza,
y no ha de ser la justicia
tercera de la malicia,
ni instrumento de venganza,
de sufrirlo ya estoy harto
y en esto no he de cejar,
que desde ahora va á dejar
memoria Felipe cuarto.—
Tal dijo por la ira inquieto,
mas pronto se le olvidó
porque Villaizán entró
y le recitó un soneto.

VI

Un día y otro pasó,
y don Lope de su empeño
ni un momento desistió,
pero tampoco trató
de extinguir su amante sueño.

—

Ni un momento descansaba,
todo Madrid vigilaba
sin exhalar una queja
y á la vez no abandonaba
ni la calle ni la reja

—

Donde doña Inés habita,
que allí su amante delirio
se daba constante cita,
para aumentar el martirio
que su razón debilita.

—

Allí estaba sin temor
gozando en el padecer,
viviendo con el dolor,
sacrificado al amor
y olvidando su deber.

—

Diciendo con claridad
la intensa pasión que siente,
y que no fué á la verdad

por buscar al delincuente
el pedir su libertad.

Que otra ha sido la razón,
otro su loco deseo,
y en su terca obstinación,
no mira que su pasión
de juez le transforma en reo.

Que alguien de él no se separa,
que le sigue diligente,
que su venganza prepara,
y si se ven frente á frente
y se encuentran cara á cara

Olmedo y Vargas, por Dios,
ponen su calma en un potro,
que uno va del otro en pos,
que uno es la sombra del otro,
y un tercero de los dos.

Tercero que no se advierte
y que de ellos no se aleja,
y es árbitro de su suerte,
y que sólo se refleja
en las ansias de la muerte.

Por eso Vargas, celoso,
vive inquieto é intranquilo;
pero Olmedo, codicioso
de su honra, busca el hilo
de aquel drama misterioso.

Cada uno con su esperanza,
con mal fingida malicia
tras de su deseo avanza;
éste, pidiendo justicia;
aquél, pidiendo venganza.

Víctima de su despecho
Vargas ve su amor mal trecho,
de su pasión no se absuelve,
y cual loco se revuelve
toda la noche en su lecho.

—Es mi tormento este amor—
exclama fuera de sí;—
quiero el infierno mejor,
pero me falta el valor
para arrancarle de mí.

¿De qué me sirve la vida
sin esa ilusión querida,
que es la esencia de mi esencia,
y, en fin, la única guarida
de mi nefanda conciencia?

Quiero apurar el veneno
de mi intenso padecer;
no sé si gozo, ó si peno;
pero por esa mujer,
ó me salvo, ó me condeno.

Y ya que al cielo le plugo
eternizar mi agonía,
voy á sacudir el yugo;

esta noche será mía,
ó yo seré del verdugo.—

Y febril y delirante
salta del lecho al instante,
de su morada se aleja,
y anheloso, y anhelante,
se encontró al pie de la reja,

A ella mira asido un hombre,
y aunque nada hay que le asombre,
su furor llega al exceso
al oír pronunciar un nombre
confundido con un beso.

Entonces fuera de sí
exclama:—¡Gracias á Dios!
que voy á matarte aquí—
y caen en tierra los dos
gritando el uno:—¡Ay de mí!

—Puedes gritar sin recato—
le dice,—que yo no cedo,
y de ocultarme no trato,
y ojalá saliera Olmedo,
porque si sale le mato.

Han hecho que mi odio estalle,
mi venganza está colmada,
no hay nada que me avasalle.—
Y se oyó una carcajada
y se iluminó la calle.

Al volver de su estupor,
gente armada le cercaba,
viendo solo en derredor
á Olmedo que le miraba
con despecho y con dolor.

Víctima de un paroxismo,
todo fué sueño y quimera
que le hundía en el abismo,
porque al fin y al cabo, él era
el delator de sí mismo.

Al mirarle entre arcabuces
y criados con mosquetes,
los curiosos se hacen cruces,
y atraviesan dos jinetes
en dos potros andaluces.

Al contemplar el cortejo,
uno frunció el entrecejo
diciendo con voz serena:
—Miraos en ese espejo,
os escapasteis de buena.—

Y aun cuando podían más
entrambas cabalgaduras,
caminaban á un compás
hasta ganar las alturas
del cerrillo de San Blas.

El uno perdió el embozo,
y un hombre dijo con gozo:
—Es el mismo; no estoy ciego,

justo, el capitán don Diego;
cuidado si está buen mozo.—

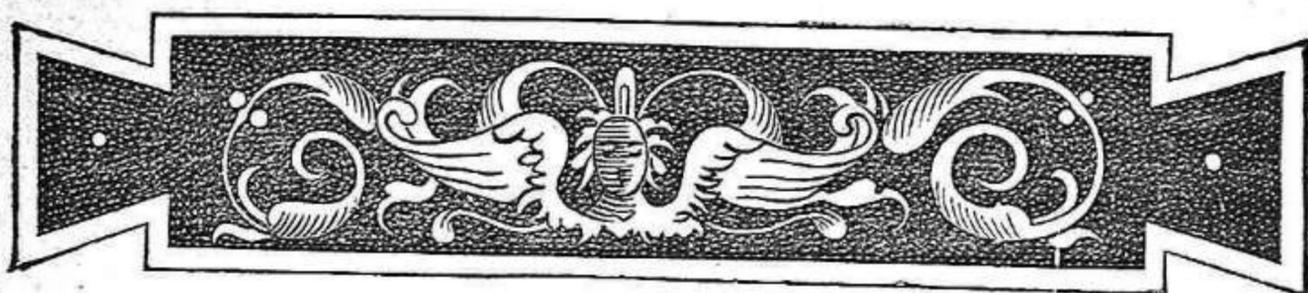
—

Crece entonces la porfía,
el galope se derrocha,
nadie seguirlos podría,
y en el convento de Atocha
entran al romper el día.

RAMIRO.

(Se concluirá.)





NOTAS

TOMADAS

POR D. CRISTÓBAL BENÍTEZ EN SU VIAJE POR MARRUECOS,
EL DESIERTO DE SAHARA Y SUDÁN, AL SENEGAL (1)

DEL DRAA A TINBUCTÚ

EL río Draa, en cuyo cauce acampamos, más puede llamarse torrente que río, porque no corren las aguas por él más que durante la temporada de las lluvias, en cuya época recoge las que se precipitan de las vertientes Sur del Atlas; y, más adelante, en la primavera, recoge igualmente las que arrojan las nieves que cubren las cúspides de dicha cordillera al verificarse el deshielo.

El lecho de este torrente, que es como podemos calificarlo por no correr constantemente el agua por él, recorre unas noventa á cien leguas, y varía su anchura y profundidad según la clase del terreno por el que se precipita; llegando á tener en algunos puntos dos kilómetros de ancho y de profundidad de 15 á 20 metros.

El terreno que recorre el cauce del Draa, y que le da nombre á aquella región, se encuentra al Sur y Sudeste de la

(1) Véase la pág. 126 de este tomo.

ciudad de Tafílete, á la que riega, ó mejor dicho, inunda en la época de sus avenidas; contribuyendo á aumentar la feracidad de aquel suelo, en el que se producen toda clase de cereales, y los más ricos dátiles de Marruecos; siendo de notar que el cultivo de los cereales tiene lugar en aquella parte del imperio entre avenida y avenida del Draa, ó sea en los meses de verano durante los que los siembran y recolectan.

En el punto en donde levantamos nuestro acampamento no es el terreno fértil como al Sur de Tafílete, sino árido en demasía, hasta el extremo de que los árabes que habitan en él y sus inmediaciones, no siembran cereales más que en el cauce del mismo Draa para que la humedad que las aguas han dejado al precipitarse por él contribuya á ser fructíferas sus cosechas; en aquella región es imposible toda producción fuera del cauce del mismo Draa á causa de la sequedad del terreno de arena y piedra que señala los límites del desierto de Sahara.

En esta región concluye la raza bereber y es reemplazada por la árabe nómada que ocupa todo el Sahara. Las costumbres de aquellos árabes, y su modo de vestir, varían algún tanto de los bereberes; en primer lugar, como nómadas que son, no habitan en población alguna; ellos conducen sus tiendas que plantan en el sitio que les conviene para la cría de sus ganados ó para hacer alto en sus largas excursiones.

Sus tiendas son todas de forma triangular, y las cubren con un tejido grosero fabricado por ellos con pelo de camello; alguna que otra es de tejido de lana que ellos fabrican igualmente, y otras de pieles curtidas de carnero, valiéndose de ciertas hierbas para curtirlas; viven en *duares*, que están formados por la reunión de varias familias, y son gobernados por el más influyente por su familia y riquezas.

Su alimentación consiste en harina de cebada, leche de camella y ovejas, y dátiles; y sólo comen carnes cuando algún camello se les inutiliza, y en alguna que otra fiesta en la que degüellan algún carnero para celebrarla; sus ocupaciones son la cría de camellos y ovejas, y sólo siembran en aquellos parajes en que la naturaleza les es un poco propicia.

El árabe, por regla general, no viste más que de tejidos de

algodón teñidos de añil; y todo su traje está formado por dos tiras de dicha tela, de metro y medio de largo cada una, de las que unen por un costado y dejan una abertura en el centro, por donde meten la cabeza para que quede en forma de casulla, diferenciándose de ésta en que amarran con un nudo los extremos de cada lado, dejando abiertos los costados, y terminan su tocado con una tira de la misma tela azul, en la que envuelven sus cabezas y cara, sin dejar á la vista más que los ojos.

Su tocado se diferencia del de el marroquí en que, en vez de llevar gorro ó turbante, como éste, se envuelven la cabeza en una tira de género de algodón azul, y en la camisa que dejo mencionada; así como también en que, no sólo no se afeitan la cabeza, sino que ni aun se cortan el cabello; siendo en extremo raro ver á un árabe que no lleve grandes melenas.

Las armas son su afición predilecta; y en esto tienen parecido con los marroquíes, si bien, mientras que éstos usan la espingarda y gumía curva, ellos no abandonan jamás la escopeta de chispas de dos cañones, de fabricación francesa y de escaso valor.

Su principal ejercicio es el pillaje, pudiéndose asegurar, sin temor de equivocarse, que no hay árabe alguno que no sea ladrón, hasta el extremo que, cuando no hay caravana que robar, ó va tan bien armada y escoltada que les imposibilite sus ataques, se saquean mutuamente, ó se reúnen en gran número para saquear las tribus enemigas.

Es original la manera que tienen de montar y de aparejar sus camellos cuando salen á alguna correría contra las caravanas ó contra sus enemigos. Con objeto de que la excursión se verifique con la mayor rapidez posible, escogen los camellos de más resistencia y de mayor velocidad en la carrera y los aparejan en la forma siguiente: en la parte anterior de la jiba del camello, ó sea entre ésta y el nacimiento del cuello, colocan una pequeña silla que por delante tiene algún parecido con la silla jerezana de barras, por tener el mismo pico que aquélla, aunque no tan adornado; después del pico está el asiento de la misma, formado de madera forrada de cuero y

de hechura de una cazuela, no muy profunda y suficientemente ancha para que un hombre pueda montarse en ella; en la parte baja de ambos costados de la silla colocan un odre lleno de agua que sujetan á la misma por medio de una cuerda; no tienen estribos para montar, ni baticola, ni pretal que impida que la silla se corra hacia atrás ó adelante; verdad es que para nada la necesitan por estar encajonada entre la jiba y el cuello; la cincha la constituye una correa por ellos adobada, que, pasando por la madera que sirve de asiento, da la vuelta por la barriga del camello y viene á ser sujeta por un nudo en el costado opuesto.

Ensillado el camello en esta forma, se sienta el jinete en la cazuela, y, metiendo el pico de la silla por entre sus piernas, cruza éstas y descansan sus talones sobre el cuello del camello. Esto es, en cuanto se refiere al caballero que monta en la silla; pues hay otro que monta entre la jiba y la culata del mismo camello, y que su montura se diferencia de la anterior, por consistir solamente en un jaique enrollado que colocan detrás de la jiba, y amarrándolo por sus extremos á las cuerdas de los odres, queda listo para recibir al jinete.

Montados los dos árabes en su camello, el uno en la silla y el otro en el jaique, entra la parte más difícil para un europeo, que es el sostenerse cada uno en su puesto, sin ser despedido por el camello al levantarse; tal es la sacudida que en este momento se experimenta, y que he tenido ocasión de probar, porque quería hacer en aquellas monturas mi viaje por el Sahara, por considerarlas más cómodas que el aparejo que sobre las jibas de los camellos colocan los árabes y marroquíes para llevar las cargas; pero que tuve que renunciar á mis deseos, porque en el momento en que se ponía en pie el camello, salía despedido de la silla como la flecha de un arco, sin que por más esfuerzos que hice, pudiera tenerme en ella.

Reunida la caravana en esta forma, y dirigida por el jefe más caracterizado de ellos, que lo es siempre el más bravo, salen á sorprender á la caravana ó á la tribu que intentan saquear. Esta reunión de ladrones se designa entre ellos con el *ce guezua*, que significa sorpresa; nombre que tiene

su razón de ser, porque no irán nunca á atacar á enemigos que puedan hacerles frente, sino á los que por su debilidad ó descuido, son considerados inofensivos por ellos.

Ya he dicho el medio que entre aquellas gentes usan los débiles para encontrar quien los defienda de sus ataques, y que consiste en degollar un carnero á la puerta del jefe de una kábila fuerte, á la que no osarían atacar por temor de un contratiempo, y cuya ceremonia verifiqué, como recordará el lector, á la puerta del Shej de la kábila de *Ait-u-Meribet*, que era el jefe de aquellas gentes, y bajo cuya protección estábamos en el Draa.

La eficacia de esta protección ya la he mencionads, y sólo diré ahora, que á no ser por ella nos hubiera sido imposible estar un solo instante entre aquellos semi-salvajes, mientras que escudados con ella, fuimos objeto de cuantas atenciones son capaces de hacer, y pudimos residir algunos días entre ellos para descansar y terminar nuestros incompletos preparativos de viaje.

Dos días hacía que nos encontrábamos en el Draa cuando vino á reunirse con nosotros nuestro protector el Shej-Alí, al que agasajamos regalándole una de las dos tiendas de campaña que ya nos era inútil, tres camas de viaje, varios utensilios de cocina, un revólver, algunos efectos de vestir y varios metros de algodón, todo lo que nos agradeció extraordinariamente por tener para él aquellos objetos un valor inapreciable á causa de la imposibilidad de hacerse de ellos á no haber dado la casualidad de encontrarnos y tomarnos bajo su protección.

Su gratitud la demostró en cuantas ocasiones se le presentaron, ya facilitándonos la adquisición de camellos que reemplazaran á los que se nos murieron en el camino, ya la compra de veinte odres para llevar nuestra provisión de agua, ya la de buen *cuzcuz*, de dátiles, sacos de pelos de camellos para el equipaje y otras pequeñas menudencias que nos hubiera sido imposible adquirir sin su intervención, y llegó su amabilidad hasta el extremo de acompañarnos hasta la entrada del desierto con objeto de buscarnos guía seguro que nos pilotara desde allí á *Ararwan*.

Á no haber sido por él, no sé cómo hubiéramos podido realizar nuestro viaje sin conocer el terreno, ni las personas, ni guía entendido y leal que con su persona respondiera de conducirnos salvos hasta el mencionado *Arawan*.

Si hasta aquí fué mi papel el de *creyente*, me limitaba sólo á imitarlos en el vestir y hablar, mas de aquí en adelante tenía que aparecer en todos mis actos como un verdadero mahometano si no quería comprometer el resultado de nuestra expedición; y esto me fué en un principio bastante difícil, no por los rezos, que había aprendido hacía tiempo, sino por las ceremonias especiales que me eran algún tanto desconocidas, no habiendo frecuentado con ellos sus mezquitas más que raras veces; pero como la necesidad obliga, empecé por convertirme en mono, imitando sus gestos y acciones, que quedaban impresas en mi memoria, hasta el extremo de que al poco tiempo nadie se apercibiera que el que con ellos rezaba é iba en su compañía era un *zumí* ó cristiano.

No fué esto lo que me costó más trabajo llevar á cabo, sino el alimentarme de la misma manera que los árabes para poder desvanecer sus sospechas, si algunas tenían; debía pasar como mahometano marroquí, y, como tal, proceder en todos mis actos; por lo que mi alimentación debía guardar relación con mi traje y costumbres adoptadas.

Difícil por demás me fué el alimentarme de la misma manera que aquellas gentes mientras que en su compañía estaba, porque mi estómago se resistía á digerir lo que comía, siendo nuestro principal alimento la *summita*, que se compone de harina de cebada nueva, tostada y mezclada con agua fría, que yo no podía atravesar; por lo que, para hacerla más comible, la mezclaba con manteca de ovejas, miel ó azúcar, y algunas especias, y de este modo la comía; y los naturales del país la encontraban deliciosa, manifestándome en diferentes ocasiones que sólo los grandes potentados son los que la preparan de ese modo.

Hecha la pasta de la *summita*, se forman con ella pelotillas del grandor de una nuez, y se guardan en un saco de cuero, que es conducido sobre la misma cabalgadura del que la va á comer.

Esta especie de pasta, que es el alimento de los árabes, no la comen fresca más que cuando están de viaje; pues para sus excursiones llenan de pelotillas el saco de cuero que dejo mencionado, en cantidad suficiente para tener comida durante todo el viaje, pudiendo recorrer el árabe todo el Sahara sin más provisiones que las que el camello que él monta conduce, y que son dos odres de agua y otro odre lleno de pelotillas de *summita*. La armonía que debía reinar entre nosotros vino á ser alterada por la desconfianza, sin que nos fuera dable el esquivarla. Mis lectores recordarán que en nuestro plan de viaje cupo el ponernos bajo la falsa protección de un sherif igualmente falso, y que le adjudicamos ese papel al Hach-Ali-Butaleb, que hasta aquel punto desempeñó perfectamente su cometido.

Tan engreído estaba el Butaleb con el papel que representaba, ó tan indispensable se creía él para nosotros, que en el momento en que llegamos al Draa y nos aproximamos al Sahara, mudó completamente de parecer, pues si hasta aquel punto no había hecho más que lo que se le había dicho, desde allí quiso tomar el mando y de servidor convertirse en servido.

Como ni el doctor ni yo podíamos permitir que aquel hombre tomase tal preponderancia sobre nosotros, se lo advertimos diciéndole que en el exterior, y en la apariencia, él era el sherif y dueño de todo; pero que, en la intimidad y para nosotros, no era más que un segundo intérprete, y que tanto al doctor como á mí nos tenía que guardar las consideraciones debidas. Disgustóse por estas advertencias, y una tarde que no quiso comer con nosotros por mostrarse enfadado, y ejecutando mil tonterías ridículas, cogió recado de escribir y se puso á redactar una carta de despedida para no sé quién.

En esto oigo llamar á grandes voces «Abdellah, Abdellah» (este era mi nombre durante el viaje); acudí al sitio en que me llamaban y me encontré con el Butaleb que me decía: «Te pido por favor que esta carta, y todo cuanto me pertenece, lo envíes á la persona á quien va dirigida.» Comprendiendo el doctor y yo que aquello no era más que un sainete; le dije:

«Bueno, se cumplirán tus deseos; pero dime qué piensas hacer cuando me das semejante encargo;» entonces, en vez de contestarme, cogió su revólver y se salió fuera de su tienda con ánimo, al parecer, de suicidarse; conociendo la farsa que jugaba, me dirigí á él, le sujeté fuertemente, y desarmándole, le dije que lo que hacía eran niñerías por las que merecía ser tratado como un niño; pues ninguna persona de juicio daba tal escándalo por el placer de llamar nuestra atención sobre él.

Por fin, después de un rato de discusión para disuadirle de su intento, le convencí; pero, aún no contento, fué á referir al doctor cuanto ocurría, el que se rió á su costa tanto cuanto pudo, y nos pusimos en guardia contra él, porque comprendimos que aquellos preludios no eran de buen agüero y nos era indispensable estar prevenidos por lo que pudiera suceder más adelante, lo que no se hizo esperar, empezando por arrepentirse de hacer el viaje y proponiéndonos, ó que él se hacía el verdadero jefe, ó de lo contrario se volvía para Tánger. A esta proposición, que no era aceptable por ningún concepto porque envolvía el fracaso de nuestro viaje, le contestamos que podía irse cuando lo tuviera por conveniente; pero que nosotros no le facilitaríamos ni dinero, ni bestias, sino tan solo lo que fuera de su pertenencia.

Bien comprendía él que no podía marcharse no poseyendo nada y no facilitándole recurso alguno; pero como la farsa que jugaba era para imponernos, y, por este medio, dominarnos, la extremó hasta convencerse de que no conseguiría nada de nosotros, y entonces se resignó á seguir desempeñando su papel, en la creencia de que el tiempo le presentaría ocasión propicia para conseguir su objeto, sin comprender que sembraba la desconfianza en nuestros ánimos y que no fiándonos de él, lo tendríamos vigilado para impedir el logro de sus planes, que echarían por tierra los nuestros.

Pocos días antes de abandonar el Draa llegaron tres bereberes al punto en que acampábamos, y preguntando por el shej Alí con quien tenían que hablar reservadamente, le entregaron una carta de Sidi-Husain-Ben-Hashem en la que le decía que nosotros éramos cristianos portadores de grandes

riquezas para Tinbuctú, y que lo mejor que podía hacer era matarnos y repartir el botín con él.

La confianza que en el Shej Alí teníamos nos obligó á enseñarle cuanto conducíamos mucho antes de que recibiera la carta de Husain, así que, cuando recibió aquélla y vió que bajo el pretexto del robo lo que deseaba era darnos muerte y que le escogía por su instrumento, fué tal su indignación que, sin detener á los portadores de la orden de muerte, le contestó: «yo no mancho mis canas por nada en el mundo, y ¿por qué razón no nos había él robado y asesinado cuando estuvimos en su residencia de Ilig ó al atravesar la kábila de Taseruaht en la que él era señor absoluto?»

Fortuna, y no chica, fué el haber encontrado por protector á un viejo tan honrado y leal como el Shej Alí que, á no haber sido por él, la expedición hubiera terminado en aquel punto y con ella nuestras vidas, porque cualquiera otro Shej de aquel país, sobre los que tanto predominio ejercía Sidi-Husain, no hubiera vacilado un momento en cumplir sus órdenes, temeroso de las consecuencias que su negativa pudiera ocasionarle; mas el Shej Alí, aunque viejo, era hombre de corazón y no le arredraba ni el poder ni las amenazas de Husain al que podía destruirle su comercio con el Sudán con sólo cerrarle el paso á aquel punto con sus feroces árabes, que lo respetaban como á su padre; así que su negativa no tuvo otro resultado de la parte de Husain que su aquiescencia, temeroso de ofender al viejo y que éste tomara su revancha.

El día 28 de Abril salimos de Quad-Draa con dirección á Tinduf en compañía de un sobrino del Shej-Alí por no tener éste listas sus cargas en aquel día, si bien nos ofreció alcanzarnos al segundo día de marchar, como así lo efectuó.

La caravana que nos acompañaba se componía de más de cien camellos cargados de cebada, que llevaban á vender á Tinduf, de nuestros nueve camellos, y de veinte más que el sobrino del Shej-Alí conducía con tejidos para dicha población.

En cuanto á las personas que formaban la caravana, éramos unos noventa, capitaneados por el dicho sobrino, hasta

que, al segundo día de marcha, se incorporó á nosotros el Shej-Alí y tomó el mando y dirección del convoy.

El camino que seguimos el primer día fué siguiendo el curso del Guad-Draa en dirección Sudeste, hasta llegar á un pozo que no tiene nombre, que se encuentra en la margen izquierda del mismo, junto al que acampamos.

Por la mañana siguiente continuamos el viaje, saliéndonos del cauce del Guad-Draa para ir á pernoctar en el del torrente llamado *Guad-um-el-axar*.

El terreno que recorrimos durante el primero y segundo día, es arenoso y lleno de piedras; contrastando con todo el del cauce del río que es de arcilla oscura, sin que encontráramos otra vegetación que alguna que otra adelfa y retama raquílicas.

El día 30, bien de mañana, empezamos la ascensión de una cuesta que, por lo pendiente y accidentada, nos obligó á echar pie á tierra para evitar los peligros que la subida ofrecía y que duró hasta las doce del mismo día.

En esta cuesta termina la región conocida por los árabes por Guad-Draa y empieza la llamada *Eptana*, que significa zalea, y que no puede saber la causa de este calificativo.

Terminada nuestra ascensión, entramos en una gran planicie por la que marchamos hasta llegar á las márgenes del río *Guad-Alux*, en donde acampamos, y en cuyo punto se nos reunió nuestro querido protector el Shej-Alí.

He observado que en todas las cartas geográficas que he consultado, el río Draa sirve de límite al desierto de Sahara por aquella parte del continente africano, no siendo exacta esa designación de límites, porque después de pasar el Draa se encuentran otros varios cauces de ríos, como son el Mercala, que recorre la región conocida por el Eptana, y el Guad-Alux, sin que pueda aquél considerarse como límite del desierto por el terreno en el que existe más ó menos vegetación, por el cauce de los ríos que la recorren y por sus habitantes, todo lo que cambia al llegar á la región llamada *Hamada*, que es donde verdaderamente empieza el Sahara.

A las cinco y media de la mañana del siguiente día levantamos nuestro campo y emprendimos la marcha por la re-

gión del Eptana, que, como la anterior, está formada de arena gruesa y piedra, en la que se encuentra alguna que otra retama, y llegamos al río Mercala á las diez y media de la mañana, en cuya hora nos vimos precisados á hacer alto, y dar por terminada nuestra marcha en aquel día, porque el calor empezaba á sentirse demasiado y nos hacía sufrir horriblemente á cuantos componíamos la caravana.

El curso del río Mercala, que, como los anteriores, estaba seco en aquella época del año, nos proporcionó un sitio agradable para descansar y pasar el resto del día sin ser molestados por el calor que tanto nos había fatigado durante nuestra marcha.

En este punto estuvimos todo aquel día y el siguiente, por impedirnos la continuación de nuestro viaje el huracán que aquella noche se desencadenó, y que duró todo el día 2.

Durante nuestra primera y segunda jornada, en la que no nos acompañó el Shej-Alí, observamos que la mayor parte de los moros que componían la caravana y que no estaban á las órdenes de dicho Shej, nos miraban con cierta desconfianza, que para nosotros era molesta, porque nos indicaba debíamos tomar toda clase de precauciones para evitar una sorpresa, y en caso de ataque, estar dispuestos á rechazarlos. Por esta causa, y para que no sospecharan más de nosotros al ver que no abandonábamos nuestras armas, y aunque el día era en extremo desagradable, ideamos una partida de tiro al blanco que les pusiera de manifiesto nuestra superioridad y la de nuestras armas, y les tuviera á respeto si pensaban desobedecer al Shej-Alí.

Para lograr nuestros deseos invitamos á tirar con nosotros á los que de mejores tiradores se preciaban, de entre los que componían la caravana, y habiendo aceptado la invitación y colocado una piedra arenisca por blanco á la distancia que ellos quisieron y que no pasó de 25 metros, emprendimos el tiroteo, ellos con sus escopetas de chispa y nosotros con nuestras carabinas de repetición y magníficos revólvers de reglamento.

El plan que nos propusimos dió el resultado que era de desear; porque al ver aquellas gentes que mientras ellos dis-

paraban un tiro nosotros disparábamos cinco ó seis con nuestras carabinas, y que nuestros disparos hacían siempre blanco y los suyos rara vez, su admiración y respeto crecía de más en más, no pudiendo comprender que á 25 metros no erráramos un tiro y nuestras balas despedazaran las piedras planas que nos servían de blanco, mientras que las suyas no hacían más que tocarlas raras veces sin conseguir romperlas.

No contentos con esto, y para que su respeto fuera mayor, empezamos á tirar con nuestros grandes revólvers, mientras ellos lo hacían con sus escopetas, en la seguridad de que nuestros tiros harían más efecto en los blancos que los suyos; efectivamente, á los pocos disparos, una de nuestras balas tocó la piedra que nos servía de objetivo y la hizo pedazos, mientras que con sus escopetas, aunque la habían tocado alguna vez no habían conseguido romperla.

Si admiración les causó el efecto producido por nuestras carabinas, mayor fué el que les produjo el de nuestros revólvers, sin que pudieran concebir cómo con un arma tan pequeña hiciéramos lo que ellos no podían con sus escopetas, y que mientras ellos cargaban y disparaban un tiro, nosotros disparábamos por lo menos seis; á lo que los dije, que por lo que ellos habían visto comprenderían que no teníamos miedo á batirnos con 200 hombres, seguros de matar á la mayor parte.

Esta andaluzada de parte mía tenía por objeto coronar el plan que nos habíamos propuesto al tirar al blanco, que era el tenerlos á raya haciéndoles comprender, de la manera que ellos comprenden las cosas, que podíamos concluir con ellos antes que nos hicieran el menor daño; y tan buen resultado nos dió esta estratagema, que en todo el viaje hasta Tinduf, en el que fueron constantemente en nuestra compañía, no volví á oír palabra que me hiciera sospechar de ellos, sino muy al contrario, pues si yo les había dicho que podíamos batirnos con ventaja contra doscientos hombres, ellos, con su fantástica imaginación, centuplicaban el número, creyendo que uno solo era suficiente para hacer frente á toda la caravana.

Durante nuestra marcha desde el Draa observamos unos

cambios de temperatura excesivamente bruscos; tanto, que á la una del día nos marcaba el centígrado de 32 á 37 grados, y á las diez de la noche, que era en la hora en que nos recogíamos á dormir, señalaba sólo 5; contribuyendo este cambio á que el frío nos mortificara un poco en la noche por no llevar abrigos para preservarnos de él, y en el día nos molestara hasta la camisa.

El día 3 de Mayo levantamos nuestro campo á las cuatro de la mañana y abandonamos la región del Eptana para entrar en la llamada Hamada, que es donde verdaderamente empieza el Sahara. Para entrar en ella tuvimos que subir una cuesta muy pendiente cuya elevación era de 2.000 pies sobre el nivel del mar, y entramos en una llanura interminable, que es la Hamada, propiamente dicha.

A la media hora de marcha vimos una gacela, después tres, al poco rato seis, y así sucesivamente hasta unas veinte; algunos moros dispararon sobre ellas sin que ninguno aprovechase el tiro, y á las once del día descargamos junto á unas especies de acacias, designadas por Linneo *Mimosa Senegal*, que es el árbol del que se extrae la goma arábiga, y que constituye una de las principales riquezas de los árabes.

Serían las tres de la madrugada del día 4 cuando continuamos nuestra marcha por un camino bien marcado en el terreno, sin que hiciéramos alto hasta las tres de la tarde en que el viento nos obligó á detenernos y á levantar nuestras tiendas para preservarnos de él y de la tempestad que se nos aproximaba, que se desencadenó poco después de estar armado nuestro campamento. La región que recorrimos en este día está cubierta por la *Mimosa Senegal*, que no alcanza la corpulencia que la acacia que conocemos en España, aunque forma parte de la familia.

A la misma hora del día anterior continuamos nuestro viaje hacia Tinduf, y llegamos á esta población á las doce del día.

En esta jornada no hubo accidente alguno, á no ser la caza de una hiena por algunos árabes de la caravana, que, al verla correr y meterse en su madriguera, fueron y la sacaron de ella por el sólo placer de darla muerte; no vimos vegetación

alguna en todo el camino, más que las mimosas que dejo mencionadas; y sólo al acercarnos á Tinduf, fué cuando pudimos ver las palmeras que rodean la población, y que aparecen como una grandiosa esmeralda.

Tinduf está situada en una de las márgenes del cauce de un torrente que lleva su nombre; dicho cauce está plantado de huertas de palmeras, y en él siembran la cebada que para su alimentación necesitan los habitantes del mismo pueblo; la población fué fundada por los hermanos *Elmazabet*, jefe uno de ellos de la kábila *Tayacant*, y los *Ula-del-Abd* hace treinta años próximamente, según me manifestaron los mismos fundadores; consta de unos cien vecinos; sus casas, de un solo piso, están construídas de barro extraído del cauce del torrente y de las piedras que en su alrededor abundan; sus techumbres son de hojas de palmeras, sostenidas por palos de las mimosas que dejo dichas; sus calles, aunque paralelas, están en forma de *zig-zag*.

Este es el primer punto en el que se encuentra agua potable desde que se abandona el Draa, y en el que se reúnen grandes caravanas que van y vienen al Sudán, atravesando el Sahara en toda su latitud; y, á su regreso, venden sus mercancías á comerciantes moros y judíos que van allí á buscarlas para llevarlas después á Marruecos y Mogador.

Las mercancías que son objeto de transacciones en Tinduf al regresar las caravanas del Sudán, son el oro en polvo y barras, plumas de avestruz, marfil, algunos tejidos y pequeños objetos fabricados por los negros; y, por último, carne humana, ó sean esclavos que venden á los marroquíes; siendo este último uno de los ramos más productivos del comercio con la parte Sur del Imperio de Marruecos.

A nuestra llegada á Tinduf fuimos recibidos por los hermanos *Elmarabet*, que nos hospedaron en una casa de su propiedad, y nos enviaron diariamente la comida que necesitábamos, por ser esta la costumbre establecida entre ellos.

Gracias á los buenos oficios del Shej-Alí, y por 150 duros, cabalgadura y manutención, encontramos un excelente guía que nos condujera á Arawan, cuyo nombre era *Mohamed-Ben-Alí*, el que nos prestó grandes servicios, demostrando,

en más de una ocasión, conocer el desierto de Sahara en toda su extensión, hasta en sus más mínimos detalles; y que, á no ser por él, nos hubiera sido bien difícil verificar la travesía; porque sólo él, y algunos otros que á la sazón acompañaban otras caravanas, conocen los sitios donde se puede encontrar agua para dar de beber á los camellos, refrescar las provisiones y esquivar el encuentro con los innumerables bandidos que por él pululan; así como conocer perfectamente la proximidad de tempestades, que en el desierto son terribles, y los sitios en que guarecerse para defenderse de ellas, como tuvimos ocasión de comprobar y más adelante referiré.

Además del guía, tomamos por cocinero á un árabe llamado *Hach Hassan*, natural de una de las tribus de Siria, que hablaba con bastante fluencia el francés, inglés y turco, y el que, estando de camarero en uno de los vapores de la compañía francesa *Mensajerie Maritime*, desembarcó en Túnez, y allí hizo no sé que fechoría por la que el Gobierno le persiguió, y, escapándose como pudo, vino á Tinduf por la frontera del Sahara.

Cuatro de los criados que con nosotros iban se volvieron por temor á la travesía por el desierto, no quedándonos más que uno de la kábila de *Hamar* llamado *Kaddor-el Hamri*, otro llamado *Sid-Mohamed*, de la misma kábila que el anterior, y un negro llamado *Farache* que tomamos á nuestro servicio en Marruecos, constituyendo la expedición definitiva las siguientes personas: el doctor Oskar Lenz, jefe director de ella; como segundo, el que tiene la honra de escribir estas líneas; el Hach-Alí-Butaleb, conocido ya de mis lectores; el cocinero Hach-Hassau; el negrito Farache, Kaddor, Sid-Mohamed, y el guía Mohamed-Ben-Alí, conduciendo nueve camellos en los que, además de las provisiones y tejidos para nuestras transacciones en Tinbuctú, llevábamos veinte odres con ochocientos litros de agua,

Terminadas nuestras provisiones, y pronta nuestra pequeña caravana, nos despedimos del jefe de Tinduf que tan buen hospedaje nos había dado, no sin recompensarle antes con algunos regalos, y en compañía del Shej-Alí, que no quiso

abandonarnos hasta dejarnos á una jornada de Tinduf, nos pusimos en marcha á las cuatro de la mañana del día 10 de Mayo de 1880, capitaneados por el mencionado Shej.

El terreno que en la primera jornada recorrimos es completamente igual al de la región llamada Hamada que acabamos de atravesar, hasta el extremo que los árabes le dan el mismo nombre, diferenciándose de ésta en que la primera región es conocida únicamente por *Hamada* (caliente), y la segunda en *Hamada-ain-Barca* (caliente de la fuente de Barca).

Á las cinco horas de marcha y después de grandes esfuerzos, conseguimos que el Shej-Alí regresara á Tinduf para no hacerle más molesta nuestra compañía, y le rogamos aceptara como recuerdo de buenos amigos y del agradecimiento que le teníamos por cuantos favores nos había dispensado, varios objetos que para él eran de gran valor, y que consistían en una tienda de campaña, tres camas de viaje, un magnífico revólver con 200 cápsulas y otras pequeñas fruslerías que á nosotros nos eran ya inútiles durante el viaje. Al entregarle los mencionados objetos le rogamos que enviara á Mogador un paquete de cartas para nuestras familias, á lo que accedió gustoso, y después supimos había enviado exprofeso á un hombre para satisfacer nuestros deseos.

Despedidos del Shej-Alí, continuamos marchando durante cinco horas, al cabo de las que levantamos nuestro pequeño campamento para pernoctar.

Como en estos viajes en que la monotonía del camino, la incomodidad que sufrimos con nuestras cabalgaduras y el sol que nos tostaba, hacían que al llegar al punto de parada nos diéramos todos prisa en arreglar tiendas, camellos y bagajes, porque en cuanto á la comida, aunque llevábamos cocinero, como dejo dicho, las funciones del arte culinario eran limitadas, reduciéndose á preparar un plato de *cuzcuz* que era nuestro solo alimento, y una taza de café que saboreábamos con un placer delicioso, muchas veces éramos nosotros los cocineros ó pinches de nuestro *maitre d'hotel*, sirviéndonos de entretenimiento la ayuda que prestábamos á nuestros criados.

Después de comer, el doctor y yo nos dedicábamos á es-

cribir las notas diarias; y, concluídas, nos sentábamos á jugar una partida de ajedrez y tomar una taza de té, cuyo último sorbo era bebido en la cama.

Antes de ponernos en marcha en la mañana del día 11, nos ordenó el guía que destruyéramos todo vestigio que denotara nuestra presencia en aquellos parajes al ojo del árabe más observador, para evitar que fuéramos perseguidos por algunas de las muchas partidas de bandidos que recorren constantemente los límites del Sahara. Bajo su dirección, cubrimos de arena las señales de nuestras tiendas, de nuestros fuegos, las heces de los camellos, y todo, absolutamente todo cuanto pudiera denunciar nuestra presencia; y si no lo hicimos de nuestras pisadas, era porque el viento se encargaba de ello, tan pronto como levantábamos los pies.

Terminada esta faena, que si nos distraía, nos recordaba que nuestras vidas estaban en gran peligro, si por un instante olvidábamos todo género de precauciones, recelosos y cabizbajos emprendimos el día 11 nuestra marcha, á través de un terreno igual que el del día anterior, y del que se diferenció sólo por una pequeña cuesta que pasamos, y por el cauce de un torrente que tenía alguna hierba, en el que nos detuvimos algunos instantes, para que nuestros camellos pudieran tomar algún bocado, y seguimos andando hasta las cinco de la tarde, hora fijada para el término de nuestro viaje en aquel día, empezando de nuevo la tarea del anterior, que repetimos cuantos días estuvimos en el desierto.

A las cinco de la mañana del día 12, después de haber hecho desaparecer las señales de nuestro campamento, como en el día anterior, nos pusimos en marcha con dirección á SSE., y empezamos á recorrer un terreno completamente cubierto de arena gruesa, desprovisto de toda vegetación.

No bien habíamos marchado una hora, cuando empezaron á saltar á nuestros costados varias manadas de gacelas, que dejamos correr libremente sin intentar disparar contra ellas, no sólo por el deseo que teníamos de no retrasar un segundo nuestra marcha hasta estar bien internados en el desierto, en donde el único riesgo eran los elementos, sino porque el ruido de nuestras detonaciones podía llegar á oídos de algunos ban-

didados y comprometer nuestro viaje y nuestras vidas. Eran tantas y tales las precauciones que nos recomendaba el guía hasta que estuviéramos internados 60 ú 80 leguas en el desierto, que pareciéndonos imposible pudiéramos recorrer esta distancia sin ser atacados, nos impulsaba á aguijonear á nuestros camellos para hacerles marchar con doble velocidad de la que acostumbran, y ponernos á salvo lo más pronto posible, recorriendo la distancia señalada en menos tiempo del absolutamente indispensable.

Al amanecer del 13 nos pusimos en movimiento, sin cuidarnos ya de destruir las señales de nuestro paso por considerarlo innecesario, y empezamos á caminar por las interminables dunas de que está formado todo el verdadero Sahara.

En los sitios en que las dunas dejaban al descubierto el terreno, observamos algunas conchas y pequeños mariscos petrificados, que nos hicieron comprender que aquella parte del Africa había estado cubierta de agua, y que elevado el terreno por alguna convulsión geológica, habían sido precipitadas á otros parajes más bajos las aguas que lo cubrían, y quedó allí cuanto ellas no pudieron arrastrar.

Al observar la capa de conchas y mariscos petrificados que dejo mencionada, nos detuvimos para tomar la altura del terreno, que resultó ser de 60 pies sobre el nivel del mar, por cuya causa no pudimos atribuir el yacimiento de ostras y mariscos más que á una convulsión geológica que, elevando el terreno, lo desalojó de las aguas que lo cubrían y dejó las conchas donde se encontraban adheridas.

Subiendo y bajando dunas, y á través de la región conocida con el nombre de *Iguidi*, hicimos alto á la una de la tarde para reponernos de las fatigas del día, descansando hasta la mañana siguiente.

La jornada del 14 se diferenció de la del 13 en que, si en ésta vimos algunos animales, en aquélla no encontramos más que algún esparto en los sitios no cubiertos por las dunas.

La vida quedaba á nuestra espalda, y ante nuestros ojos se presentaba la naturaleza muerta, cubierta con un sudario de arena impalpable, que tan pronto la veíamos formar gran-

des montañas, como inmensas llanuras; en esta jornada empezamos á ver con perfecta claridad el espejismo como si estuviéramos en la región de los hielos eternos y que distraía la monotonía de nuestro viaje, presentándonos ante la vista, ya inmensos lagos, ya hermosos sembrados, ya montañas que se perdían en el firmamento, ya árboles de una corpulencia sin igual, y que al acercarnos, se convertían los lagos en una llanura de arena fina é impalpable; las montañas en pequeños montes formados por la misma arena; los sembrados en unas cuantas matas de esparto raquíptico; y los árboles en alguna que otra mata de esparto menos raquíptica que las anteriores.

Contemplando estos fenómenos físicos, se nos hizo tan llevadero el viaje, que, cuando nos apercibimos, nos encontramos en unas dunas llamadas *Erg-de-iguir*, en donde acampamos rodeados de aquellos fantásticos lagos, sembrados, montañas y árboles.

(Se continuará.)





EL MOSÉN⁽¹⁾

CONTINUACIÓN



ADRE... no puedo, no puedo!... Sabe V. mi historia; no ignora V. mi carácter... Yo olvido todas las afrentas; yo lo olvido todo... porque he olvidado el amor que por Cristina tenía, y el que olvida el infame escarnio que aquella liviana y fementida mujer hizo á un amor puro y ardiente como el mío, lo olvida ya todo... He olvidado la deshonra de mi hermana, más que nada, porque ignoro quién fué el cobarde ladrón que la llevó á cabo... Todo lo olvido, todo lo... perdono. Lo que no puedo hacer, es dejar de oír la voz de mi padre, que desde la sepultura me grita sin cesar: ¡Véngame!... Y he de vengarle, Padre.

—¿Has de vengarle?... Pues marcha; de nada te sirvo yo entonces; ¿á qué has venido aquí?...

—¿Lo pregunta V., Padre?... Vengo á que V. me dé una idea, á que V. me diga qué debo hacer, á que V. me salve de estas crisis que corro... ¡No me abandone!... ¡Sáqueme

(1) Véase el número anterior.

del abismo en que he caído!... ¡Por Dios y de rodillas se lo pido!... Pero póngase también en mi caso, recapacite un instante sólo la razón y el derecho que de mi parte tengo, y dígame si no es justo que muera, ó yo, porque no sirvo para vengar á mis difuntos padres, ó él, porque sirvo para ello. Apesar de la lluvia, despreciando el temporal, he venido á caballo desde el campamento con verdadera sed de muerte... Al día siguiente de albergar á Augusto Monpavón, supe ya, por casualidad, su verdadero nombre; pero Sediní, con la mejor intención del mundo, y conociéndome como me conoce, fraguó un plan por el que el herido cambiara de apellido y se llamara Julio Alvarez... yo fuí engañado; pero el mismo Dios se empeña en que lo sepa, y lo he sabido, oyéndolo en el campo de batalla como la primera vez... Más que correr he volado, hasta llegar al borde de mi cama á contemplar qué tranquilo dormía en ella el asesino de mi familia... ¡Y, Padre, lo confieso!... Un puñal ha temblado en mi mano derecha, y mi izquierda ha levantado las ropas de la cama para hundírsele en ese vaso de ponzoña que tendrá por corazón, como todos los suyos... Y no me he atrevido, porque dormía... porque he considerado una traición el matarle sin antes decirle... *¡Marcha al infierno; tu vida no es tuya; es de mi padre que me la pide desde la eternidad!*... Y al fin morirá—concluyó dando á su frase una tétrica expresión de seguridad.

—¡Jaime! ¡Jaime!... ¡Desgraciado!... Mira allí—y el anciano señalaba con el dedo á un crucifijo que sobre la mesa había.—*Ese* no nos enseñó á matar. *Ese* amó y bendijo á los que le escupieron en el rostro y le arrancaron la vida en los tormentos de la cruz...

—¡No puedo!...—murmuraba Jaime horrorizado.—*Ese* fué un Dios; yo soy un hombre...

—Pues imita á Dios. Ese herido que tienes en tu casa, es el huésped de la caridad; aun suponiendo que sea el que tú dices...

—No—dijo Jaime.—No hay que suponer nada; me consta que se llama Augusto Monpavón.

—¿Y qué?... ¿No encuentras en él un asesino?... ¿Y no te es repugnante?... Pues tan repugnante serás para mí si te

iguales á él, por arrancarle la vida... Vida que nadie te pide. Esas voces que crees escuchar, son alucinaciones que el demonio te hace concebir con el objeto de perderte. Tu padre, caso de gritarte algo desde la eternidad, te gritaría: *¡Perdona! ¡Perdona!* Que el reino eterno es de los que olvidan las ofensas. Además, tú no sabes si verdaderamente está arrepentido de su crimen. ¿Quién te dice que al saber eres quien eres, no se prosternará ante ti para implorar tu piedad?... Y si te la pidiese, ¿se la negarías?... No; no puedo creer que te aferraras en el rencor... ¡Y si lo hicieses!...

Fray Salvador se puso rápidamente en pie, y con el brazo extendido hacia el cielo, continuó:

—Si lo hicieses, Jaime, si le negaras tu piedad, el Señor le perdonaría por ti, y el réprobo serías tú, no él. ¿Quién sabe si á estas horas, arrepentido de su delito, estudia el modo de reparar el daño hecho!... ¡Tal vez llora con lágrimas de sangre!... Mientras tú blasfemas injurias al Dios del perdón, al Dios que en el Gólgota olvidó dolores de su martirio por pedir clemencia á su padre... para sus verdugos. ¡Perdona, si quieres ser perdonado!... ¡La justicia divina no duerme; no se equivoca ni falta nunca, como la humana!... Fía en ella... ¡Cuánto pesará el día de tu muerte en el platillo del bien, la abnegación que en este instante tengas!...

—Entonces, padre...

Y el Mosén quedó indeciso; lo que iba á decir no lo sentía su alma. Teniendo como tenía horror profundo á la mentira, prefirió enmudecer, y que el Padre Salvador hablase.

—Hijo mío—añadió éste en tono de cariñosa reprensión y volviéndose á sentar.—Ahora voy yo á mi vez á hacerte una pregunta: ¿A qué venías á consultarme?... ¿Pudiste jamás creer que había yo de autorizar tu criminoso proyecto?... Entonces, ¿por qué te extrañas de que hable así?... Eres como uno que vino cierta vez á confesarse conmigo, de que trataba de suicidarse al día siguiente, y quería que la muerte le cogiese en plena gracia de Dios. Vienes á decirme que vas á matar á un semejante tuyo, con el...

—No, Padre—dijo Jaime, á quien se le saltaban ya las lágrimas.—Yo vine á que V. me salvara... Pero un último fa-

vor le pido; con su santa palabra me ha hecho que desista de mi delito proyectado... ¿Por qué no tiene igual poder para tranquilizar del todo mi agitado y turbulento espíritu?...

—Porque—le contestó el fraile con severidad admirable—no he podido conseguir llevar tu inteligencia á Dios. Piensa en Dios, y verás qué pronto lo olvidas todo... Esta noche—dijo Fray Salvador haciendo aún más dulce el tono de su voz—la pasarás ya aquí. Nada más que un sofá puedo ofrecerte, pero te lo ofrezco con toda mi alma... Acéptalo y duerme; descansa y reza... estos son los bálsamos que necesitas para curarte esa enfermedad de odio que germina en tu alma, noble y buena. Mañana por la mañana yo mismo te acompañaré á tu casa, y le veremos á él... veremos al que mató á tus padres... y le cuidarás con más empeño que si fuese un hermano tuyo á quien adorases... Y cuando cure y salga de tu casa, olvídale; que Dios en la otra vida estimará en cuanto vale lo que hagas... ¿Has entendido? ¿Estás conforme? No aliente jamás tu corazón el sucio sentimiento de la venganza; por vengarse de Dios hace el demonio todo lo que hace en el mundo. Conque... lo dicho. A descansar; y mañana cuando salga el sol salúdale diciendo: *Lo he perdonado*. ¡Y verás como la tierra y el cielo te sonríen!... Es tan agradable el perdonar, que creo que lo único que ha de consolar al Sér Supremo de las ingratitudes de los hombres, ha de ser el placer de perdonárselas y abrir á todos su manto de misericordia infinita.

—¿Es decir—exclamó Jaime con acento sombrío,—que tiene que vivir?...

—Sí; la misma Providencia, al llevarle casualmente á tu casa, te enseña que en ella no debe tener ningún peligro.

—Quédame entonces el único consuelo de si le veo en el campo de batalla, cuando sano vuelva á combatir, preferir su pecho á otro cualquiera en los disparos que haga.

—No, Jaime, no—repuso vivamente Fray Salvador alcanzando el horrible sentido de la frase de Jaime.—La guerra es un castigo de Dios á sus pueblos: ya que tu conciencia te obliga á pelear en un bando, hazlo siempre contra la entidad *enemigo*, pues si al causar la muerte á alguno lo hicieses

intencionalmente, y por rencores personales, sería un asesinato como el que se comete en despoblado, un crimen como... el que ibas á cometer esta noche.

El Mosén calló: sentíase abrumado ante las palabras de Fray Salvador. Sus pasiones eran de las que sólo relampagueando suenan. Sin vicios, sin ansia de gozar, porque el goce no era para su alma abrasada por el padecer, era afable, bueno y humilde con todos cuantos le trataban; guardando sólo allá en lo más recóndito del pecho, como un avaro su tesoro, un odio tenaz, inextinguible, sediento de salir y convertirse en obras, contra todo lo que llevara el apellido Monpavón. Entregado por completo á los asuntos de la guerra, lo hacía únicamente por ahuyentar de sí la misantropía que le devoraba la vida. Creíase por algunos que era un fanático, cuando, si bien consideraba la causa carlista como la gran causa, estaba sobre las armas porque el más horrible descalabro era un placer, comparado con las vigilias en que, solo, hablando consigo mismo, entregado á sus meditaciones, convertía el día en víspera de ajusticiado; y el lecho del reposo, en Gethsemaní de agonía.

Hacía ya mucho tiempo que Fray Salvador era como el ángel custodio del pobre Mosén. Una simpatía inmensa le unía con el valiente cabecilla, á quien había cobrado un amor de padre. Es que la desgracia une muchos corazones, y el de Fray Salvador había en su juventud sido también horriblemente lacerado con profundas heridas.

Además sabía de las penas y desdichas que afligían á Jaime, más de una que el Mosén ignoraba, y que el escrupuloso Sedini, bajo secreto de confesión, le había revelado. Por eso cuando el hermano de María de la Paz relataba sus amarguras, el fraile enternecido le miraba con dolor, murmurando para sí: *¡Pues si supieras que aún hay más!...*

Había, pues, entre el alma del fraile y la del Mosén una armonía como la del protector y el protegido: como la de árboles gemelos nacidos en valle cortado por hondo barranco, que reúnen sus raíces en fraternal abrazo; y de ellos uno, situado al borde del precipicio, tiene el tronco y las ramas de un verde sombrío inclinado sobre el abismo que á todas

horas amenaza tragarlo; y el otro cubierto, frondoso, vetusto y seguro, extiende sus ramos hacia el aire y el sol... Así aquellas dos almas, hermosas en la esencia, se balanceaban, la una triste al borde del infierno, la otra mirando al cielo. Y como de los dos árboles impide el más firme que el otro se despeñe, así Fray Salvador tenía de su mano á Jaime Parolla; sin soltarlo, pero también sin que pudiera conseguir que subiera á tierra firme.

Y esto no hay que olvidarlo.

Cualquier descuido del fraile, haría despeñarse al cabecilla.

CAPÍTULO XV

EL OCTAVO

Amaneció Dios, y vertióse sobre la tierra un torrente de luz. Respirábase en el ambiente esa pureza de aire que es subsiguiente á las tempestades. Y el día, perfumado y limpio de cielo, fué uno de los más hermosos de aquel verano.

El doctor Sedini, que había ido muy temprano á casa del Mosén sumamente alarmado con las noticias que la tarde anterior adquiriera en casa de la oficiosa D.^a Obdulia, decía pasmado á la Caspia:

—¿Qué es lo que me dices, mujer?...

—Lo que V. oye, Sr. Sedini.

—¿De suerte, que vino anoche?...

—Sí, señor.

—Pues vendría mojadísimo, porque la tormenta fué grande. ¿A qué hora llegó?...

—Cabalmente concluían de dar las doce, cuando sonó el aldabón de la puerta... Salí á abrir, y era él...

—Vendría á caballo.

—Sí, señor.

—¿Y por qué se marchó en seguida?... ¿Dónde fué?...

—No sé decir nada. Instaló el caballo en la cuadra, subió á su cuarto, donde no sé qué hizo, pues ni de ropa ni de calzado se mudó, y luego...

—Luego que...

—Que bajó á ver al herido...

—¡Bajó á la alcoba!... ¿Y qué?... Sigue...

—Allí estuvo cerca de una hora, lo único que pude ver fué que se paseaba muy agitado al rededor de la cama... Luego se envolvió en el impermeable, y salió de casa.

—¿Y aún no ha vuelto?...

—No señor.

—Es raro cuanto me dices. Pero, en fin; más vale todo esto que no lo que ayer me comunicaron en casa del notario... Nada menos que estaba derrotado y muerto ó prisionero... qué sé yo cuántas cosas... Vaya, entraremos á ver qué tal ha pasado la noche el señor capitán.

Y esto diciendo, entró en la alcoba, donde ya despierto y sentado en el lecho, estaba Augusto Monpavón.

—Adiós, enfermo...—dijo Sediní.

—Hola, doctor...—respondió Augusto.

—¿Qué tal la noche?..

—Regular.

—Y la tormenta, ¿no ha hecho doler algo más de lo regular las heridas?

—Sí; algo me he resentido.

—Es natural; todas las nubes eléctricas tienen esa propiedad. Y cuando las heridas son recientes como las de V., mejor... es decir, peor para el que tiene que aguantarlo. Yo también me he resentido algo del costado... un poco de reuma, que es un exactísimo barómetro que con puntualidad admirable me anuncia los cambios de tiempo. Ahora le mudaré á V. los vendajes, y veremos qué tal va la cicatrización... Lo que estará V., de seguro, es cansado de tanta cama. Pero no hay remedio. Estas cosas son algo largas. Dentro de un rato podrá V. levantarse un poco; no como el otro día sublevándose contra mis prescripciones, sino con autoridad facultativa.

Sentóse el locuaz Sediní; y según costumbre, sacó la peta-

ca, de ella un cigarro, y una vez encendido, oyó decir á Augusto:

—Amigo, ¿sabe V. lo que me es más sensible?...

—Usted dirá.

—Pues este aburrimiento en que yazgo noche y día. Comprendo que sus ocupaciones de V. no le consienten estar clavado á mi cabecera para darme conversación. María de la Paz... ha huído de esta casa... Estoy solo siempre...

—Si por conversación es, yo pudiera traerle á V. aquí (y lo haré si tiene empeño) una familia modelo en no cesar de hablar un instante. Me refiero á la de D. Fidel Barrera, notario por oposición de Cristierna, que cuenta con cinco individuos á quienes se designa con el nombre de *los Barveras* y cuya especialidad consiste en hablar veinticuatro horas sobre la cuestión más baladí que se plantee.

—Eso me molestaría más que nada.

—Pues entonces... A no ser que lo que V. quiera sean libros. Y en ese caso, la biblioteca de mi amigo el Mosén no creo que contenga ninguna obra de su agrado... *El Catecismo de perseverancia*, del Abate Gaume; *La imitación de Cristo*, del Padre Tomás de Kempis; *El año cristiano*, de... Cortezo; y en obras grandes, las de Fray Luis de Granada, las de Santa Teresa, las de Santo Tomás...

—¡Selecta biblioteca!...—dijo sonriendo Monpavón.

—Algo mejor que otras—repuso Sediní.—Yo también tengo muchos libros, pero es en Madrid; aquí en Cristierna sólo pudiera dejarle obras de Medicina, Tratados de Cirugía, Estudios terapéuticos de Llord... Y esto no creo que sea nada agradable para V., que sólo querrá distracción fútil: es decir, para pasar el tiempo; novelas, no tengo; á excepción de una pequeñita que se llama *La lámpara del santuario* y que debe andar entre mis papeles. Es corta, pero muy linda. La escribió Wisemán. A cambio de esta falta de libros, puedo ofrecer á usted periódicos; y entre ellos éste que acabo de recibir de Madrid—dijo desdoblado uno que sacó del bolsillo.—Es de hace veintidos días; pero nada tiene de extraño este entorpecimiento en las comunicaciones, dado el estado del país. Gracias que ha llegado...

—¿Qué periódico es?—preguntó Augusto.

—Es *La Verdad*...

—No conozco ningún periódico que sea *La Verdad*—dijo Augusto.—Bien que defenderá las ideas ultramontanas, y esos yo no los leo nunca.

—Es un término medio—le contestó el médico.—Es muy moderado en sus opiniones.

—De todos modos, démelo—expresó Monpavón alargando la mano.—Por él sabremos lo que ocurría en Madrid hace veintidos días. Algo es algo...

Y cogiendo el impreso, pasó su vista por encima muy ligeramente, diciendo al dejarlo de nuevo:

—Bien; luego lo leeré.

Por una coincidencia misteriosa, ambos querían hablar del mismo asunto. Sedini recordaba lo que María de la Paz le había dicho respecto á su conversación con Augusto. Este quería hablar de cualquier cosa con tal que el fundamento del diálogo fuese María. Y es que cuando se quiere á una persona, parece que se goza con solo pronunciar su nombre.

Oportuna causa parecióle á Sedini para entablar conversación el ver entre las ropas de la cama unas flores ajadas y casi sin hojas.

—¿Quién le ha traído á V. esas flores?...

—Nadie—respondió Augusto.

—Pues entonces...

—Las he cogido yo... son del jarrón.

—¿Se ha levantado V. por ellas?...

—No—contestó cortado Monpavón.

—Pues ellas no habrán venido solas. ¿Además, ha sido usted capaz de quitar unas flores á la virgen?...

—Son de las que trajo María entre sus manos—dijo Augusto.

Y Sedini, afrontando resueltamente la cuestión, comenzó á decir sonriéndose:

—Por lo visto V. continúa pensando en esta joven. Le aplaudo el gusto, y encuentro en esa afición una gran base para la obra que hay que reparar. Después de todo, entre tanta mujer como anda suelta por el mundo, ninguna como Ma-

ría es tan á propósito para hacer la felicidad de un hombre. De buena, puede que como ella no la haya; y de guapa... me parece que no hay más que pedir. ¡Mire V. que tiene unos ojos!... Pues son un pobrísimo espejo de su alma... Nada, nada, Sr. Monpavón, lo que debe V. hacer es modificar sus ideas; por lo menos, suavizarlas un poco, y luego con mucha prudencia, con tacto exquisito, ir ganando en confianza y cariño con esta familia todo el terreno que tiene de antemano perdido con los rencores, y si no rencores, diferencias que la fatalidad ha puesto entre VV.

Augusto oía al médico con religioso silencio: estaba materialmente colgado de sus palabras.

—Obstáculo grande es—continuaba el doctor—lo antitético y distinto del modo de pensar que VV. tienen; pero eso fácilmente tendría remedio si V. se resolviera á no armar discusiones en materias políticas. Y en cuanto á la religión, ¿puede saberse, Sr. D. Augusto, qué daño le ha hecho la religión para que la tenga ese odio que la profesa?... Porque no debo ocultar á V. que me causa gran tristeza ver á un hombre de tan claro talento como el que V. tiene, entregado de lleno á la clerofobia... Y V. no perdona momento para mostrarse descreído; posee el vocabulario completo de la irreligiosidad, es V. un doctor del indiferentismo ateo...

—Basta, basta de piropos—le interrumpió Augusto.

—No; ni son piropos, ni insultos: es lo que es V., traducido en palabras. ¡Cuántas veces no me ha repetido V. que no creía en Dios!... Y añadía que no creía en nada.

—He dicho—manifestó Augusto—que creo todo lo que mi razón me dice que es verdad; lo que mi razón no admite como posible, lo desmiento.

—¿Es decir, que erige V. su razón en un poder absoluto y superior aun para juzgar los más innegables axiomas?... Menester es que esté V. muy convencido de la potencia de su razón para que diga eso. ¡Bueno andaría el mundo si á todas las cuestiones se las sometiera á la misma teoría! Eso de erigir la razón humana en Supremo Tribunal, cuyas decisiones sean inapelables é indiscutibles para el individuo razonador, nos llevaría en dos meses de práctica al estado salva-

je del comienzo de los tiempos. Si V. para vivir necesitara la aquiescencia razonable de todos los hombres, uno por uno, tendría la vida pendiente de un hilo. Pero no me extraña eso que V. dice. Va V. con las corrientes del siglo; una de las cuales, es negar las verdades absolutas y universales para ponerlo todo en tela de juicio. Así va resultando todo: la criminalidad aumenta en tales proporciones, que asusta; la cuestión social se presenta cada día más aterradora, y es por eso; porque así como del libre examen del Evangelio han surgido tantas religiones como sectarios, del libre examen social van saliendo tantos criminales como libre-pensadores absolutos.

—Dígame V. una cosa, amigo Sedini—exclamó Augusto Monpavón.

—Usted dirá.

—Y si todo eso que V. refiere es cierto, si el mundo camina á la ruina, al abismo, ¿por qué Dios no lo impide?... ¿Dónde está su justicia y su Providencia?...

—¡Bah!...—contestó el médico.—La Providencia dirige desde muy arriba el desenvolvimiento de la civilización humana por leyes eternas; y no por las lucubraciones insulsas de media docena de mentecatos que hoy se llaman filósofos, como pudieran llamarse apóstoles ó profetas. ¿Quieren ustedes nada menos que Dios les ayudara en esa tarea que traen, de meterse en camisa de once varas, inmiscuirse donde no les llaman, hablar de todo lo que ignoran, negar verdades por sentar sofismas, y sobre todo insultar á Dios, de quien tienen una especie de lástima porque no les consulta sobre los designios de su eterna sabiduría, ó porque les veda penetrar en los secretos de lo alto respecto del gobierno del mundo?... ¡Qué tontería! Mas no hablemos de esto, porque V. se exalta fácilmente, y uno de mis mayores disgustos es reñir con V. batallas de ningún género. Venía á proponer á V. si quería levantarse; hace un día magnífico, gracias á la tormenta de ayer, y en mi concepto no le vendría mal un paseíto. Para que el programa le sea más agradable, le anuncio que no hablaremos más que de María. ¿Acepta V.?...

—Aceptado—contestó Augusto.

—Pues yo mismo he de ayudarle á que se vista—dijo el amable doctor, levantándose de la silla en que estaba sentado y dando al herido su ropa.

Y lentamente, con frecuentes descansos, con precauciones acertadísimas, Augusto se fué vistiendo.

Mientras tanto, decía Sedini:

—Y aún no he contado á V. la buena noticia que sé respecto de su cuñado de V... ¡digo!... del dueño de esta casa...

Augusto sonrió de un modo extraño, y preguntó:

—¿Pues?...

—Imagínese V., amigo mío, que ayer por Cristierna corrieron voces de que el Mosén había muerto, y no sólo no ha muerto, sino que ha venido anoche...

—¡Hombre!...

—Sí, señor; y para mí, su venida sería rara y revestiría todos los caracteres de intempestiva, á no ser mañana día del Corpus y saber perfectamente que Jaime no ha venido sino para asistir á la procesión. Porque no sé si he dicho á usted que la fiesta de mañana es solemnísimá y digna de verse. Por eso le hago á V. levantarse hoy un ratito, para que lleve á cabo un experimento ó ensayo de fuerzas... para ver la procesión.

Augusto, una vez vestido, se apoyó en dos bastones de cayada que Sedini le había proporcionado, y sintiendo cómo se le iba á un lado y otro la cabeza, víctima de un mareo, naturalísimo en quien hacía tantos días no se había puesto en pie, anduvo algunos pasos hasta salir de la alcoba.

Tenía todo el aspecto del convaleciente; el cabello y la barba en revuelta y desordenada confusión; la cara pálida, demacrada, ojerosa; los ojos lánguidos, caídos, como si los párpados fuesen de plomo; los labios secos, lacios y separados, y sobre todo la frente surcada de arrugas en mil distintas direcciones, como las vías de las mil ideas que culebreaaban en su cerebro. Porque Augusto era entonces un mártir, víctima de las preocupaciones de su inteligencia; el amor que cada día más ciego brotaba en su alma, con la lozanía que las plantas en las tierras primerizas; la brutal deuda en que estaba con María de la Paz; el imposible que había entre los

dos; la fatalidad de los rencores de sus familias; el odio justo del Mosén á todos los Monpavón; los favores que le debía por haberle salvado la vida... Y de otro lado, la situación especial de él mismo; las exageraciones de Jaime, dignas de parangonarse con las suyas; el embrollo de Sedini, con su Julio Alvarez...

Por todo esto, al andar lo hacía como aturdido, y cual agoviado con el peso de tanta y tanta idea como llevaba en su cabeza.

—¿Salimos?—preguntó el médico cuando hubo visto á Augusto en disposición de ello.

—Andando—fué respondido.

Y cogidos del brazo, formando un interesante grupo, en que la juventud debilitada por sus desvaríos tenía que apoyarse en la experimentada vejez, salieron de la casa y respiraron gozosos el ambiente puro y claro de una tan hermosa mañana como la que hacía.

A los pocos pasos que hubieron andado, Sedini se paró, no sabemos si asombrado ó indeciso.

Su gastada vista no le consentía saber de un modo cierto si lo que miraba era verdad.

—¿Es aquel el Mosén?—preguntó á Augusto, señalándole con el índice al final de la calle.

—¿Cuál?—dijo á su vez Monpavón.

—¿No vienen por allí dos hombres?...

—Sí—contestó Monpavón.—Vienen el Mosén y un cura.

—¿Está V. seguro de ello?...

—Sí, señor.

Y en efecto, avanzando hacia la casa de Jaime Parolla, venían éste y Fray Salvador.

Las dos parejas, que al divisarse se habían detenido sólo un instante, volvieron á caminar hasta encontrarse y ponerse frente á frente.

El momento fué solemne y digno de estudiarse. Porque todos cuatro temblaron interiormente por distintas causas que, sin embargo, revestían el mismo fundamento. El doctor Sedini llamó con todo fervor á los santos protectores suyos para que le tuvieran sobre aviso en lo que en aquel encuentro pudiera

ocurrir, y miraba alternativamente á su enfermo, á su confesor y al Mosén. Augusto, fiel á la palabra que diera á Sedini de ser prudente en circunstancias como aquella, apeló á mirar al cielo brillante y azul como nunca. El antiguo fraile y entonces párroco de Santa Inés, no abandonaba el brazo de su pupilo, y éste, es decir, Jaime, venía con la vista baja, porque tenía, sin duda, miedo de encontrar y chocar sus ojos con los del que no era ya un cadáver, gracias á la intervención y consejos del cura.

Saludáronse; pero fué un saludo el que se hicieron de despedida de duelo, triste, seco y en voz baja pronunciado, y las palabras escasas que sonaron luego fueron tan cortas, tan medidas, que á la legua podía notarse lo forzadas que eran. El doctor y el párroco no cesaban de cambiar entre sí miradas de conocimiento; como dos domadores encerrados en una jaula con dos fieras se preguntan la seguridad que cada uno pueda tener en cada una.

Sedini creyó oportuno presentar á Fray Salvador; y así tomando la palabra, dijo á Augusto:

—Sr. D. Julio Alvarez, tengo el honor de presentar á usted al párroco dignísimo de Santa Inés de Cristierna...

Al oír decir *Julio Alvarez*, el Mosén hizo un movimiento extraño, sonrió de un modo triste y movió negativamente la cabeza; pero el anciano cura le miró, recordándole algo que quizás el Mosén hubiese prometido, y el cabecilla humilló la frente y juntó la barba al pecho, como sometiéndose sin condición alguna.

Augusto respondió á su presentación dando la mano á Fray Salvador; y luego de esto sucedióse un corto rato de silencio; muy corto, porque Sedini, para quien la conversación era una segunda vida, tomó la palabra y dijo inmediatamente:

—¿Dónde van VV.?... Nosotros vamos á dar una vueltecita por el pueblo; la mañana es deliciosa; casi no se siente el calor, y el sol no molesta nada... ¿Ustedes iban á casa?... Allí ha quedado sola la Caspia...

—¿Van VV. á pasar por la carrera?—preguntó el cura.

—Ciertamente que no habíamos pensado en ello—dijo Sedini.—Pero iremos.

—Vayan con Dios entonces. ¿Este señor se encuentra ya mejorado?...

—Sí... bastante—contestó con débil voz Augusto.

—Me alegro, y que continúe siendo así.

Y haciendo una cuádruple reverencia, se separaron el fraile y el cabecilla, y Sediní y Monpavón.

Estos dos últimos se dirigieron á *la carrera*, nombre que en todas partes se da al sitio por donde ha de pasar una procesión ó ha de tener lugar una revista.

El pueblo entero se hallaba entregado á los preparativos de la magnífica función del Corpus; aquel año doblemente solemne porque acompañarían á la procesión todas las fuerzas carlistas que acuartelaban en Cristierna. Desde la puerta de la iglesia se extendía por las principales calles una capa de arena fina y blanda que igualaba y hacía mullidos los altibajos de los arroyos. Sendos montones de romero y tomillo silvestres, puestos de trecho en trecho, perfumaban el ambiente con los aromas de la montaña, ya al pasar alguna caballería que los desparramaba, ya al ser hollados sus manojos por algún profano pie. Mientras tanto, era rara la casa en cuyo balcón no se sacudiera bien el antiguo tapiz que había de servir de colgadura, ó la flamante falda de vistosos colores cuyo estreno se reservaba para tan gran día. Y no era extraño ver en algunos portales altares improvisados con colchas y mantones en medio de los que una imagen desaparecía entre un bosque de velas que se alzaban enhiestas en relucientes candelabros prestados para el caso por toda la vecindad.

Sediní y Monpavón revistaron todos los preparativos, y cerca del medio día regresaron á su casa.

Por la tarde, las campanas de las tres iglesias parecía se habían propuesto dejar sordos á los de Cristierna; tal era el furor incesante con que repicaban alborozadamente á vísperas.

Y en medio de aquel aire embriagador por los perfumes del tomillo, y ruidoso por el voltear de las campanas, vibraron las últimas lumbres del sol que con majestad sublime se hundió en las montañas del horizonte, prendiendo mil hogueras en el cielo y extendiendo por la tierra cual si fuera el

humo de estas, sombras oscuras que iban borrando en el negro de la noche cuanto tocaban.

Aquella noche Sedini y el Mosén tuvieron una larga conferencia, en que no se sabe lo que hablaron.

Sólo al final de ella, al despedirse uno de otro para el día siguiente, cambiaron estas palabras:

—Se me olvidaba decir á V., amigo Jaime, que mañana pienso llevar á casa de D.^a Obdulia, á D. Julio.

—¿Qué D. Julio?—preguntó el Mosén.

—Pues nuestro herido, D. Julio Alvarez.

—¡Ah, Sedini!... ¡qué pronto ha olvidado V. lo que dice el Evangelio... y el octavo mandamiento!

—¿Yo?...

—Sí, señor. ¿No sabe V. que si la salvación del mundo entero dependiera de una mentira, no debiera ésta decirse?...

—¿Y qué?

—Pues que á casa del notario llevará V. á... D. Augusto Monpavón.

Y Sedini quedó sorprendido, estupefacto, recapacitando sobre lo que oía. ¡El Mosén no ignoraba el nombre del herido!... ¡Y le veía tranquilo!... ¡Y no le había matado, como todos temían!...

Su penetración le dijo en seguida que la llave de aquel secreto la debía tener Fray Salvador, y ansioso de saber lo que hubiese ocurrido, salió de casa de Jaime y se dirigió á la del venerable cura párroco de la iglesia de Santa Inés.

ANTONIO VASCÁNO.

(*Se continuará.*)





REVISTA DE TEATROS



No es comparable el temor que experimenta un poeta novel en la noche del estreno de su primera producción dramática al que experimentamos nosotros en este momento en que vamos á reanudar nuestras tareas, tomando á nuestro cargo el estudio de las obras dramáticas que van á salir por vez primera al público en esta temporada, y el escribir el juicio crítico de cuanto á los teatros se refiere, empresa cada vez más difícil, y por lo tanto, cada vez más superior á nuestras fuerzas.

Preciso es confesarlo: cada año que pasa se observa en el teatro más languidez, más frialdad, menos entusiasmo y mayor indiferencia por parte del público, menos originalidad, menos fe literaria y más deseo del lucro en lo que á los autores dramáticos se refiere, y menor ardor artístico, mayor y preferente atención al negocio, y desconocimiento perfecto del público en cuanto toca á empresarios y actores; así, no es nuevo que, aunque al abrirse las puertas de los teatros estos tres elementos aparentan ó realmente se sienten con ánimo decidido de emprender una campaña brillante y fecunda en resultados para el arte, la literatura y la inteligencia, al cerrarse, los resultados acusan que ha sucedido todo lo contrario, apesar de haber aumentado el catálogo de obras

nuevas, la lista de los autores dramáticos y el número de trastos y decoraciones que hayan conquistado justo renombre á los pintores y pingües ganancias á los empresarios, que son los únicos que pueden cantar victoria y dormirse sobre sus laureles.

Con estos auspicios no puede menos de sentirse desfallecido el ánimo de los que tenemos el ineludible deber de ocuparnos del teatro en estas diferentes y múltiples manifestaciones, y esperar que alguna vez ha de terminar esta situación crítica, deseando sinceramente sea en esta temporada, cuando llegue el momento dichoso de que el teatro sea lo que ha sido, para bien de todos los que directa ó indirectamente tomamos una parte activa en su porvenir y en su gloria.

Dicho esto por vía de exordio, y después de saludar cariñosamente á nuestros complacientes lectores, daremos principio á nuestro trabajo ocupándonos de los teatros que ya abrieron sus puertas, y de los que se preparan para abrirlas en tiempo no lejano.

El primero ha sido Eslava, con una compañía no tan completa como la del año cómico anterior, en la que figuran, sin embargo, los conocidos nombres de Juana y Lucía Pastor, la Baeza, y los muy poco de las Sras. Quintana, Alvarado, Moreno y García, unidos á los de los Sres. Mesejo (padre é hijo), Escriu, Manini, Guerra, García, Valero y Larra.

La función inaugural se compuso del segundo acto de *Niniche*, *Coro de señoras* y *Niña Pancha*, siguiendo á éstas *La criatura*, *La vida parisién*, *El proceso del can-cán*, *Ellos y nosotros*, y un desgraciado estreno de *Señores de tercera*, que bien pudieran haberse ahorrado tan incómodo viaje para ser tan mal recibidos como lo fueron, augurando tan mal principio un desgraciado fin si la empresa ó dirección artística no tiene más cuidado para la admisión de las obras, y los actores más fe y mejor deseo en la interpretación de las mismas. El segundo estreno, ó sea *Los trastos en la calle*, citó al público de desahucio.

*
* *

A este teatro siguió el de Lara, que presenta también nueva compañía, deficiente en nuestro concepto, pero en la que figuran actores tan aplaudidos como la indispensable Balbina Valverde, Rodríguez, Romero, Pardo, Domínguez, y los Sres. Zamacoís, Rubio, Tamayo, Romea, D'Elpas, Balada y Tajedo.

Robo en despoblado, Nicolás, Las tres rosas, Niña Pancha, A tontas y á locas, Las codornices, Almoneda del tercero, y una comedia en un acto, estrenada en la noche del sábado, debida á la pluma de D. Fiacro Iráyzo, que se titula *Diente por diente*, de argumento conocido hasta la saciedad, sin novedad ni originalidad ninguna, y tocando en los límites de lo insulso, aunque escrita con facilidad, han sido las obras que inauguraron la temporada, y en las que todos los actores mencionados han cumplido su cometido, en especial las Sras. Valverde y Rodríguez y los señores Zamacoís, Rubio, Miralles y Tamayo, que procuran no decaiga el buen nombre de ese teatro, uno de los primeros, si no el primero, dentro del género sencillo y entretenido que cultiva, y al que ha dado hasta ahora reconocida preferencia el público.

*
* *

Con la conocida y preciosa comedia del inmortal Bretón *El tercero en discordia* se presentó la compañía que en el Teatro de la Comedia dirige Julián Romea, y de la que forman parte la Sra. Alverá de Nestosa, Górriz, Vedia, Montes, Mavillard y Bueno, y los actores Riquelme, Arana, Altarriba, Balaguer, Galván, Serna y Juárez.

Conocida de todos es la comedia mencionada, y ocioso sería decir que como todas las del mismo autor, exigen artistas que sepan interpretar los caracteres que él escribió á la perfección, y son la base y fundamento de sus producciones, las que sin este indispensable requisito, perdían entonces todo su brillo, y más ahora que resulta en abierta oposición con la manera de escribir de estos tiempos calamitosos para el teatro.

No se defendieron mal las Sras. Górriz y Vedia, y ésta, en honor de la verdad, estuvo muy bien; ni tampoco Romea, Arana, Riquelme y Altarriba, pero se nos figura que es algo grande el marco de este teatro para la compañía dramática, y demasiado grande para los actores que componen el cuadro lírico, los que estuvieron á punto de conseguir que el público en *El lucero del alba* pusiera el grito en las estrellas.

Si nosotros, por las veleidades y caprichos de la suerte (que grandes habían de ser), ocupáramos algún día un puesto de importancia en la administración del Estado, podía contar el Sr. Juárez, que se presentó ayer por primera vez en dicha zarzuelita, con nuestro incondicional apoyo para proporcionarle un destino que, por difícil que fuera, lo desempeñaría mejor que el papel que trató de desempeñar aquella noche.

Tanto en esto como en la escasez de luz que se observaba en la sala, restaurada con gusto, debe la empresa advertir que lo barato es caro, y además, que en el teatro va ya siendo difícil hacer negocio.

*
* *

La misma noche abrió sus puertas el Teatro Martín, poniéndose en escena *La gallina ciega*, *La Diva* y el *Ciclón XXII*. La compañía es casi la misma del Teatro de Maravillas, y del año anterior, si se exceptúa á la Sra. Uriondo, que ha perdido mucho ya, la Sra. García y el Sr. Videgain, que han venido á reforzarla y que no se presentaron en la noche de la inauguración.

El desempeño de las obras corrió parejas con los actores.

*
* *

Al mismo tiempo, y con un lleno extraordinario, se inauguró el Teatro de Apolo con la misma compañía que actuó

en el teatro Felipe, y con la misma *Gran vía* y los mismos *Valientes*—precioso sainete del Sr. Burgos—que vemos en dicho teatro, presentándose además en la *Isla de San Balandrán* la Sra. Delgado, que fué aplaudida por su escultural belleza.

*
*
*

Después de haber hecho mención de los teatros que han inaugurado su campaña artística, réstanos decir algo breve respecto á los que seguirán el mismo camino en los comienzos y á mediados del mes próximo.

En el Teatro Español actuarán, dirigidos por Calvo y Vico, ó Vico y Calvo (para que no haya motivo de prematuras disidencias), las Sras. Contreras, Calderón, Guillén y Gambar-dela, y los Sres. Calvo (D. Ricardo), Donato Giménez, Julio Parreño y otros que sentimos no recordar, y el vetusto Mariano Fernández, incrustación arqueológica del clásico coliseo y resto fósil de las antiguas crónicas escénicas.

En la función inaugural se pondrá en escena una comedia de teatro antiguo, cuyo título y procedencia guarda como oro en paño hasta ahora su refundidor D. Emilio Alvarez, la que interpretarán juntos Vico y Calvo, y Dios quiera no sea la última en la que esta unión se verifique. Después seguirán dos obras de repertorio, á continuación el *Tenorio* y luego una de D. José Echegaray nueva; á lo que creemos, no será de *Mala raza* ni recogida por *Leandro el bandido*.

También se dice será muy cuidada la pieza final y que se estrenarán algunas de autores aplaudidos, innovación que todos los amantes del teatro aplaudiremos y que cortará los vuelos á esos teatros por secciones, que se van subiendo á las barbas del gusto literario, abaten las fuerzas del verdadero teatro nacional y adulteran la literatura dramática.

Por último, se están llevando á cabo notables mejoras en sala, escenario y decorado—que buena falta le hacía—restaurando también el histórico saloncillo, en el que se está haciendo un cuarto para que se vistan *juntos* los dos primeros

actores, circunstancias que indican van á trabajar también *juntos* en muchas obras; pues de lo contrario sería inútil la citada habitación.

*
* *

El Teatro de la Zarzuela trata, á juzgar por los propósitos de la empresa, los autores y maestros que tienen preparadas y terminadas obras, según cuentan de esperanzas y por la compañía que ha de actuar durante la presente temporada, de no omitir medio alguno para que la zarzuela vuelva á ser lo que ha sido, y que dicho teatro se vea tan concurrido como lo estaba en los buenos tiempos de Salas, Barbieri, Arrieta, Olona, Camprodón, Gaztambide, Caltañazor y Oudrid. Dirigido por Fernández Caballero y Berges, y figurando en la compañía, entre otros, las Sras. Di-Franco, Franco de Salas, Galán, Torres, y los Sres. Berges, Pastor, Navarro, Soler, González y Sinés, con obras de Zapata y Marqués, de Ramos Carrión, de Chapí, Estremera y Arrieta, que, según se dice, se pondrán en escena sucesivamente; después de la obra de repertorio, propia del acto inaugural, no dudamos que la empresa no tendrá que *viajar á Suiza*, y será el actual período cómico-lírico un *verdadero regalo de boda*.

*
* *

La Princesa permanecerá cerrado por ahora, y Mario descansará de sus fatigas, cosa que aprobamos con sentimiento, pero que lo preferimos á verle gastando el tiempo y el dinero en un teatro sin condiciones ningunas, lejos de todas partes, oculto y escondido, y que, si Dios no lo remedia, quedará relegado en el panteón de los salones de baile, banquetes políticos, funciones por horas y templo dramático de sociedades de aficionados.

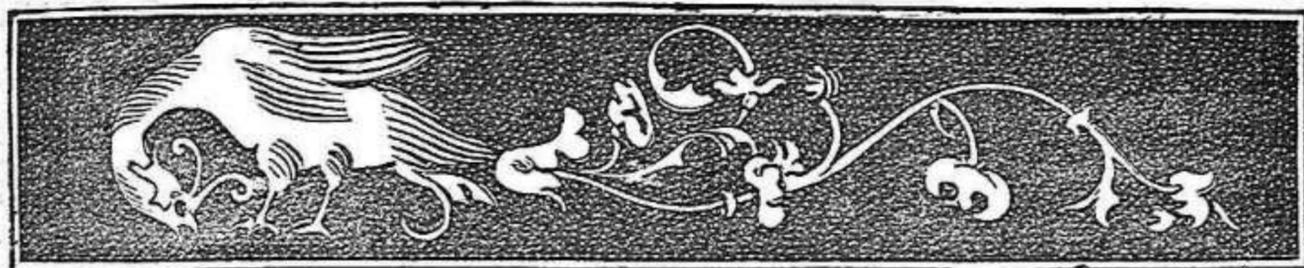
*
* *

A juzgar por la compañía que anuncian las listas del regio coliseo, la temporada va á ser notable, y lo celebraremos muy de veras, pues justo es que el Sr. Michelena vea coronados sus esfuerzos.

Donde se nos figura que no los va á ver coronados, va á ser en el baile, cuya Academia, según se dice—y no salimos garantes de la verdad—no es lo que se cuenta, y los que han visto los ensayos aseguran—sin que nosotros lo aseguremos—que sobran palabras encomiásticas y falta arte, ó mejor dicho, sobran *pies* y falta *cabeza*.

RAMIRO.





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

FATALMENTE la ceguera, los vicios políticos y nuestra mala suerte nos destinan á seguir todavía los procedimientos de las repúblicas de la América meridional, en donde aprendimos á preparar nuestros antiguos *pronunciamientos*. Una vez más los halagos de los conspiradores de oficio han podido seducir á algunas individualidades que visten uniforme, y gritos de rebelión han perturbado el orden, alarmado á las gentes y escandalizado á la culta Europa, que no suele dar tales ejemplos de desmoralización ni presenta más que en Sofía tentativas de un pretorianismo inconcebible en los tiempos modernos y en una sociedad medianamente organizada y libre de influencias perniciosas.

Las circunstancias excepcionales en que escribimos vedan á nuestra pluma trazar las consideraciones que en el cerebro se agolpan, y oprimidos bajo el peso de la vergüenza, no tenemos tampoco sangre fría bastante para entrar en un detenido análisis de la historia y de las concausas de la lamentable etapa que en nuestras íntimas discordias, en nuestras ambiciones sin valla, indica ya la negrísima fecha del 19 de Setiembre de 1886.

Entre línea y línea de todo lo que nos ha dicho la prensa periódica, descubre la lógica tales verdades, lecciones tan elocuentes y un desorden moral tan profundo, que no es extraño haga algunos prosélitos el desaliento y busque la imaginación remedios pronto y enérgicos contra una enfermedad grave, aunque conocida, que parecía extirpada, y reaparece amenazadora en alas de estímulos provocadores y mil políticos desaciertos.

Errores de ilusión no caben en los sucesos de actualidad que en el silencio de la conciencia aparecen manifiestos, aun antes de discutirse, cuando no embargan el ánimo pasiones mezquinas ni despreciables intereses de escuela y de partido.

Enormes podrán ser en su día las responsabilidades de los que han dado impulso á ciertas corrientes de la política, después de la muerte de Alfonso XII.

*
*
*

Verdaderamente nos contrista el juicio que acerca de la situación nuestra se forma en el extranjero, donde la prensa puede hoy discurrir sin los miramientos que á nosotros nos contienen en prudente reserva. Dejemos á un lado detalles tristísimos y hechos concretos sobre los que ha de enmudecer el patriotismo en la crisis de estos días, y limitémonos á las consideraciones generales que con más facilidad pueden abordarse.

En Berlín, en Londres, en Bruselas, en Roma, en París y en Lisboa, se acusa de nuestros actuales desórdenes á la política dominante. Ven allí á las claras las negligencias del Gobierno que nos rige, y no tienen para qué ocultarlas. Comparan épocas y tendencias, deducen conclusiones exactas y condenan con acierto esos trabajos de la conspiración en las filas del ejército, trabajos que imposibilitan los progresos morales y materiales á que nuestra nación aspira, y en cuyo camino habíamos realizado en los últimos tiempos tan valiosas y verdaderas conquistas. Dicen que nos extraviarnos; nos

dan la voz de alerta, y llegan á predecirnos que, de no cambiar de rumbo, llegaríamos á entronizar la anarquía y á poner nuestra suerte en manos de unos genízaros tan veleidosos como los que provocaron la ruina de la antigua Bizancio. Tienen razón sobrada.

Pero no falta todavía en España sentido común hasta el punto de dejarnos llevar sin protesta á semejante extremo. Si los ejemplos y los halagos del otro lado del Pirineo tratan de imponerse; si existen debilidades vituperables ante ingrencias que ruborizan; si compromisos inadmisibles mantienen incertidumbres y dificultades; si cálculos interesados fomentan el militarismo y todo germen revolucionario, aún queda el instinto de la propia conservación en el espíritu público, y no se ha perdido la memoria de que en las épocas más perturbadas es siempre posible volver por los fueros del orden y consolidar de improviso Gobiernos estables.

La mera posibilidad de las apelaciones á la fuerza para realizar ideales, supone ordinariamente en las esferas del poder una política insensata. Y á qué punto ha llegado hoy el desconocimiento de los intereses sociales, nos lo recordaba hace poco un periódico de Galicia.

«Nosotros—decía,—nosotros, que vivimos en una de las provincias *más favorecidas* por el interés de los agitadores revolucionarios; nosotros, que hemos visto lo que se ha hecho aquí con Salmerón, y que sabemos que el entusiasmo con que se le ha recibido en el Ferrol, pocas horas después del asesinato en Madrid del brigadier Velarde, *cuasi supera al que demostraron los ferrolanos al regresar, en tiempos más felices, nuestro heroico ejército de la gloriosa campaña de África*; nosotros, que estudiamos de cerca en provincias, que es donde deben estudiarse ciertos hechos, el crecimiento de la avalancha revolucionaria, próxima á desbordarse (más que por su propia fuerza todavía, *porque nadie le pone dique*); nosotros, que vemos con horror crecer en las clases populares el escepticismo religioso y la aversión á todo cuanto pueda enfrenar sus malos instintos; nosotros, que oímos protestar en público á voz en grito á la turba de ambiciosos que piensa hacer su agosto en la revolución, de las creencias de nuestros mayores, de la

Monarquía y hasta de la unidad de la patria, que consideran oprobiosa y vejatoria para la autonomía de las provincias; nosotros, que vemos á los federales y á los regionalistas influir sin peligro alguno en las grandes masas del pueblo y en las clases inferiores del ejército, conmovidas ya, si no perturbadas, por su odiosa propaganda; nosotros, en fin, que no podemos negar el testimonio de nuestros sentidos, ante el espectáculo que estamos presenciando todos los días, no podemos vacilar en nuestro juicio...»

Es indispensable una nueva restauración de ideas. Parece mentira que preocupen aún á ciertos hombres la universalización del sufragio, el matrimonio civil, las manías de Montero Ríos y todas las innovaciones que se derivan de cabalísticas fórmulas, de propósitos puramente personales y de alardes de predominio é influencia, cuando no tenemos orden, cuando la tierra está aún enrojecida con la sangre de víctimas de la política, y cuando hay funesto empeño en negar las verdades evidentes y se sostiene que no es lógico que quien siembre vientos recoja tempestades.



Los agitadores, los propagandistas de motines y los sublevados que se han alzado en armas, no piden más libertad que la que disfrutan. Piden un hecho constitucionalmente ilegal; reclaman sin ambages la caída de los monárquicos y el entronizamiento de los republicanos; aspiran al goce de la lista civil y del presupuesto, ya por medio de rápidas evoluciones, ya, por el contrario, con violencias y sorpresas.

¿Cómo habían de pedir más libertad, cuando les consta que usan y abusan de una manera de que no hay ejemplo en los países donde el sentido común y la razón no son palabras vanas? ¿Cómo han de contentarse con leyes más ó menos liberales, cuando á nadie se oculta que su móvil es puramente egoísta y se vislumbra claramente en las retóricas formas de sus discursos? Hoy parece lícita la conspiración permanente y organizada á ciencia y paciencia del Go-

bierno y al amparo de la monarquía. Este es el fundamento capital de lo que sucede.

No necesitan otra cosa para triunfar al fin las demagogias. Lo demuestra constantemente la experiencia. Es imposible poner frenos á la codicia y limitar con dádivas parciales las aspiraciones del que se cree en vísperas de conseguirlo todo.

Así es evidente el conflicto en que se encuentra el partido imperante. Si las circunstancias aconsejan el aplazamiento del programa reformista; si la necesidad impone hoy situaciones de resistencia, ¿qué papel político representa el señor Sagasta en el poder? Por otra parte, demostrado que es imposible contener á los impacientes con generosidades y concesiones nuevas, ¿no aparece la incapacidad para la gobernación del Estado, en este momento histórico del Gabinete que empeñó su honor con la solemne promesa de darnos paz y de atraer á la lucha legal todos los partidos?

Es fuerza que los Gobiernos tengan significación propia y se llamen por su nombre. Por esto, en el momento en que se normalicen algún tanto las circunstancias, veremos escrita en letras mayúsculas y á deshora la palabra *crisis*.

Será lamentable; pero no hay lógicamente posibilidad de evitarlo.

*
* *

El país devora amarguras, pero no desfallece.

Lee con sentimiento los arrebatos de los periódicos radicales que en París se publican; se indigna de los inmerecidos denuestos de algunas publicaciones que debieran ser menos groseras y más cautas al hablar de lo que no entienden; pero sabe que los fabricantes de republicanismo consideran sus productos como mercancía de exportación libre.

El contrabando tiene sus quiebras si los encargados de reprimirlo no se duermen. Cuando no solamente Lockroy, Granet y Sarrien se consagran á hacer la apoteosis de Ruiz Zorrilla, sino también hombres como Mr. Clémenceau, á quien suponen en París en vísperas de formar Gabinete, emplean palabras indignas al tratar de las más altas instituciones

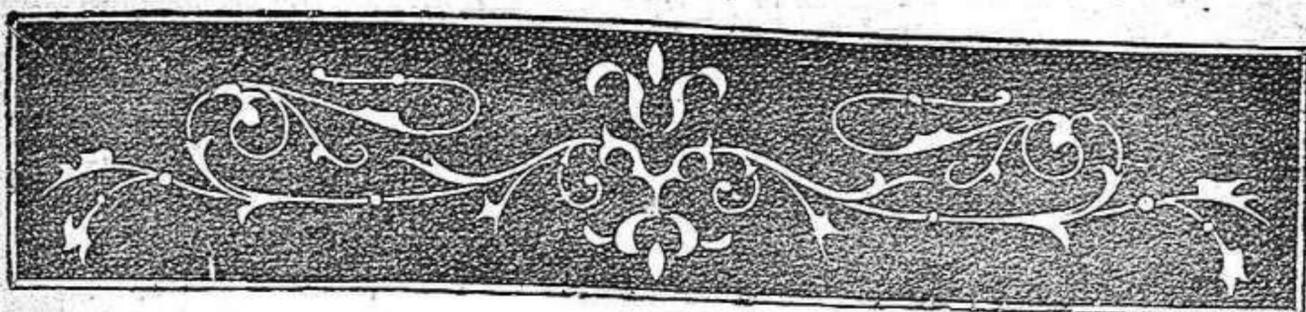
de un país que sabe respetar las que otros pueblos tienen el capricho de darse y creer salvadoras, conviene ponernos en guardia y vigilar la frontera. Mutiplíquense las medidas.

Algunas son eficaces. Cuando el telégrafo afirmaba que el Sr. Albareda no había formulado ante el Gobierno de monsieur Grévy reclamación alguna en el sentido de expulsar al Sr. Ruiz Zorrilla del territorio francés, era conocida en Madrid una nota publicada por el órgano oficioso del Presidente del Consejo de Ministros de la República, en la cual textualmente se dice:—«Mr. de Freycinet no tiene por qué saber si el Sr. Zorrilla es monárquico ó republicano. Su conducta debe regirse únicamente por un dato: el de saber si la presencia del Sr. Zorrilla en un país vecino á España es ó no una amenaza para el Gobierno español y un centro de unión de todos los conspiradores contra un Gobierno amigo. Con arreglo á este dato, el Consejo de Ministros resolverá, y nosotros creemos que los miembros más avanzados del Gabinete son demasiado razonables y patriotas para dejarse influir por sus simpatías en una cuestión de interés tan general.»

Tiempo hace que causaban extrañeza, y nadie explicaba satisfactoriamente las preeminencias é inmunidades concedidas en Francia al prudente jefe de las comprometidas asonadas que en nuestro territorio se suceden. Pero las simpatías de determinados elementos suelen encontrar también su contrapeso en otras antipatías, y hoy toda la prensa francesa discute la expulsión del Sr. Ruiz Zorrilla.

Terminábamos la crónica anterior haciendo pronósticos de desgracias que ya se realizaron. Ahora, y ante lo irremediable, nos toca estimular las energías en todo corazón bien templado para que se vigorice la fe en los futuros destinos de nuestra patria querida.

A.



REVISTA EXTRANJERA



IGUE la política internacional sin modificaciones notables en su aspecto.

Hay empeño en abrir honda brecha en la alianza de los tres imperios, y sin embargo, difícilmente podrá romperse esta alianza. Dicen de Viena que los artículos de la prensa oficiosa alemana son acogidos con mucha sangre fría en los círculos políticos de aquella capital. En Hungría no están satisfechos de la política del Ministro de Negocios extranjeros, y se da por cierto que en el Parlamento de Pesth y en las delegaciones húngaras será vivamente atacado y se hará todo lo posible para que sea un húngaro el que desempeñe el Ministerio de Negocios extranjeros. Se quiere, en una palabra, que Austria se oponga á la ocupación de Bulgaria por Rusia y que la inteligencia entre Austria y Alemania subsista siempre.

El hecho que destaca entre el cúmulo de contradicciones y noticias poco fundadas, es que Inglaterra se ve en la necesidad de salir de su aislamiento, busca simpatías en el continente europeo y procura ahora hacerse amiga del Imperio de Austria.

Pero Rusia está firmemente decidida á recobrar su preponderancia absoluta en Bulgaria, y todo hace presumir que podrá conseguirlo.

Entretanto, el General Kaulbars, agente diplomático de Rusia, ha llegado ya á Sofía. Se ha dicho que desde el primer momento trató de imponerse con amenazas al Gobierno de la Regencia búlgara, hasta el punto de que se esperaba la completa sumisión de ésta. Realmente, Rusia no puede ver con gusto que se halle al frente de la Regencia búlgara el antiguo nihilista y enemigo suyo Stambulof. De Sofía salieron muchísimos carruajes por el camino de Lom-Palanka para recibir al General Kaulbars. Los partidarios de Zankoff le aclamaron á su llegada. Dícese que los únicos personajes oficiales presentes en la recepción eran el prefecto de Sofía y su secretario. Pero hay que desconfiar de tantas relaciones amenizadas á capricho por dudosos informes de los agentes ingleses.

Nótese también que el General Kaulbars no es un representante cualquiera. Pertenece á una noble y antigua familia de origen alemán, que posee bienes raíces en una de las provincias bálticas y es luterano. Tiene cuarenta y cinco años y es en la actualidad ayudante del Czar y oficial del Estado Mayor general. En 1878 acompañó á las tropas austriacas durante su campaña en la Bosnia y la Herzegovina. Más adelante, después de haber desempeñado una misión militar en el Montenegro, fué nombrado agregado militar á la Embajada de Rusia en Viena, y ocupando ese puesto, fué diferentes veces á Bulgaria encargado de misiones diplomáticas. Durante la última guerra servio-búlgara tuvo una larga conferencia con el Príncipe Alejandro de Bulgaria, después de entrar éste triunfante en Pirot.

En Diciembre de 1885 fué nombrado presidente de la comisión militar internacional encargada de establecer una zona neutral entre las fuerzas beligerantes de Servia y de Bulgaria, y terminados los trabajos de la comisión, regresó á su puesto en Viena. El nuevo agente diplomático ruso es hermano del que ocupó hace tres años el puesto de Ministro de la Guerra en Bulgaria y que fué llamado por el Gobierno

ruso, á petición del Príncipe, con quien no podía ponerse de acuerdo.

Dicen de Londres que se han entablado negociaciones entre las potencias para reunir en el presente otoño una conferencia para el arreglo de esta cuestión búlgara en todas sus partes, en vista de no poderse llegar á un acuerdo, apesar de numerosas gestiones, en cuanto á la persona que haya de ocupar el trono del Principado. La idea de convocar una conferencia en Noviembre está recomendada por Alemania y mirada favorablemente por Austria.

Sin embargo, el representante de Rusia en Sofía ha dirigido una nota muy importante al Gobierno búlgaro. Dice que la convocatoria de la Asamblea general que debe elegir al Príncipe sería contraria á las leyes si no precediese á la misma un largo período electoral. Por lo tanto, si se apresurase la reunión de dicha Asamblea, el Gobierno ruso consideraría sus acuerdos nulos y sin valor alguno. Después de estas consideraciones, aconseja al Gobierno que aplace la elección de la Asamblea, á fin de que se vaya calmando el país, y pide que se levante el estado de sitio y se pongan en libertad los presos con motivo del golpe de Estado de 21 de Agosto último.

En resumen, resulta que los destinos de Bulgaria no están ya en manos del Gabinete de Londres, sino en los propósitos y voluntades del Gabinete de San Petersburgo.

*
* *

La Reina de Inglaterra ha declarado terminada la legislatura extraordinaria del Parlamento inglés. El discurso de clausura da una idea de las preocupaciones del Gabinete Salisbury y del estado actual de las incertidumbres de la política inglesa. «Me felicito, dijo la Reina, de poder relevaros de vuestras penosas tareas. Mis relaciones con las potencias extranjeras continúan siendo amistosas. La rebelión de una parte del ejército búlgaro originó la abdicación del Príncipe Alejandro. Se ha establecido una Regencia que administra ac-

tualmente los asuntos del Principado, y se hacen preparativos para elegir el sucesor del Príncipe Alejandro, en conformidad á las prescripciones del tratado de Berlín.

En contestación á una comunicación dirigida por la Puerta á las potencias signatarias de ese tratado, he declarado que, por lo que toca á Inglaterra, no se atentará á la situación garantida á Bulgaria por los tratados. En el mismo sentido se han dado seguridades por otras potencias.

La demarcación de la frontera afgana está ya efectuada hasta una distancia de algunas millas de Oxuz. En vista de acercarse el invierno, ha sido llamada mi comisión, pero los informes que ésta ha recogido serán suficientes para deslindar, por negociaciones directas entre las dos cortes, la parte de la frontera que no está aún demarcada.

He ordenado el envío de una comisión encargada de practicar una información relativa á las circunstancias que han impedido el efecto de las leyes recientemente votadas, que se refieren á la posesión y á la adquisición de tierras en Irlanda.

He visto con gran satisfacción el interés cada vez mayor que los habitantes de este reino toman por el bienestar de sus compatriotas de las colonias y de la India, y estoy convencida de que en todas partes se abriga el deseo cada vez más vivo de estrechar por todos los medios posibles los lazos que unen á las diferentes partes del imperio.

He autorizado al Gobierno de la metrópoli para ponerse en comunicación con los principales Gobiernos coloniales para examinar de una manera más completa las cuestiones de interés común.»

Es este documento tan lacónico como elocuente por la reserva misma que lo distingue.

* * *

La agitación socialista no decrece en Europa. Los telegramas nos han dado pormenores de nuevos disturbios en Belfast y del alarmante aspecto de las huelgas de Vierzon.

Y es un hecho cada día más notable que la moda del socialismo se extiende. Sigue en los Países Bajos la propaganda y un movimiento de tal vehemencia, que desconcierta á los que creyeron que el espíritu pacífico y la frialdad de aquel pueblo no se apasionaría por las violencias anarquistas. Un pastor de la Iglesia reformada es el verdadero jefe de los socialistas de Holanda; celebra reuniones públicas, es infatigable en la predicación de las ideas más avanzadas, compara á sus adversarios con los fariseos, dice que la persecución es el preludio de la victoria de los socialistas perseguidos, inflama á sus oyentes é influye de una manera decisiva en los obreros. Sigue también Alemania con los adeptos del socialismo académico, el socialismo cristiano, el socialismo de Estado, el socialismo de los bienes raíces y demás sectas dominadas todas por el socialismo de los obreros. Sigue en Inglaterra sin timidez, y en Francia aparecen los verdaderos é intransigentes ejecutores de la revolución social.

La última de las reuniones huelguistas, convocadas en Vierzon, ha tomado un carácter de cierta solemnidad alarmante. No es sólo que concurriesen muchas personas, sino que hubo la circunstancia de que Mr. Camelinat presidía la Asamblea, y las Sres. Vaillant, concejal de París, y Sonsou, alcalde de Vierzon, suburbio, eran asesores; Mr. Baudín, consejero general, fué nombrado secretario. El diputado Mr. Camelinat pronunció una alocución, en la que aseguró á los obreros que podían contar con su concurso, haciendo la defensa de los huelguistas contra los patronos. En seguida Mr. Vaillant refirió la historia de la huelga de Vierzon, concluyendo con que los obreros tenían el derecho á su favor. Por último, Mr. Baudín atacó á los partidarios de Mr. Brisson en el Cher, acusándolos de no retroceder ante ninguna maniobra y de insultar continuamente á los huelguistas y á los socialistas.

Tantas protecciones y tantas debilidades no dejan de ser un motivo de inquietud, tanto más serio y fundado cuanto más desapercibido pasa para la generalidad de las gentes.

*
**

Podríamos estudiar el fenómeno que tanto ha extrañado á los franceses y á nosotros no nos sorprende en las circunstancias actuales. Hablamos del viaje á Alsacia del anciano Emperador de Alemania. Nos limitaremos á dos palabras.

Estrasburgo ha recibido á su conquistador con palmas, laureles, regocijos y públicas manifestaciones de simpatía, muy capaces de excitar la susceptibilidad manifiesta de nuestros vecinos.

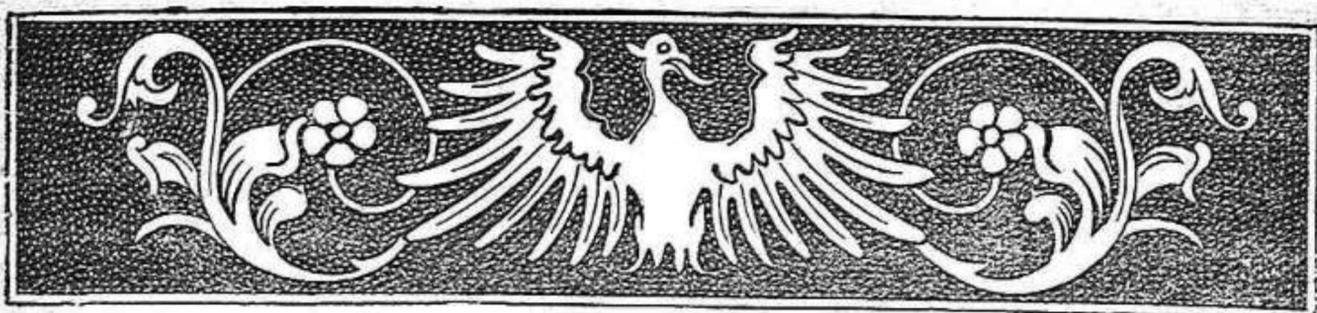
Es muy posible que la ciudad conquistada en 1870 no se parezca ya moralmente en nada á lo que era antes de la conquista.

Quizás haya entre los habitantes de hoy y los de ayer la misma diferencia que entre el carácter del Imperio alemán y el de la República francesa. El patriotismo no apaga á veces todos los consejos de la conveniencia propia.

El hecho no puede negarse, y encierra, sin duda, una gran lección para la filosofía de la historia moderna.

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Cabellos rubios, por SALVADOR FARINA. *Novela italiana traducida al castellano y precedida de un prólogo, por Luis Alfonso Ilustración de M. Foix.*—Un tomo en 8.º de 382 páginas y muchos grabados.—Barcelona, 1886.

La biblioteca «Arte y Letras» de los editores de Barcelona, Daniel Cortezo y compañía, acaba de enriquecerse con una de las novelas más preciosas del insigne escritor italiano Salvador Farina.

Nada más hermoso que el argumento de *Cabellos rubios*. Caracteres perfectamente dibujados; interés creciente en el desarrollo de la acción; diálogos naturales y movidos; contraste de unas con otras figuras: todo encanta y deleita en la mencionada novela.

Un Conde disipado, presencia en la peluquería que una muchacha candorosa llamada Gracieta vende su

espléndida cabellera rubia por veinte francos, para, con el importe, comprar la medicina que ha menester la madre enferma. Y dicho Conde entrega á la niña cien francos y la corta no más que un rizo, dejándola marchar.

Pasa el tiempo; la imagen de la muchacha no se borra de la memoria del joven; indaga su paradero, tropieza primeramente con una cortesana, que, más tarde, averigua que es hermana de la persona que busca. Generosa protección á la niña, ya huérfana; amor que no se atreve á declararse; lucha entre la impresión que causan al Conde los hechizos de la cortesana y el amor puro que Gracieta le inspira. Triunfo pasajero de la primera; marcha del Conde y muerte de Gracieta; la cortesana da un hijo al Conde, y, poco después, se suicida.

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

He aquí en breves palabras la trama por demás sencilla de *Cabellos rubios*. El pensamiento capital que el autor desarrolla, exprésalo el Conde al dirigirse á su hijo, niño de pocos años, cuando le dice:

«...Porque has de saber que muchas veces para hacer el bien, no basta quererlo hacer, es preciso ser digno de hacerlo.»

Lean nuestros suscritores el precioso libro del inspirado, elegante y sentimental Farina, libro que tiene además el atractivo de sus excelentes condiciones tipográficas.

Al mismo tiempo han distribuido los editores Daniel Cortezo y compañía otro tomo de su «Biblioteca clásica:» la famosa *Celestina*, tragi-comedia escrita por Fernando de Rojas á fines del siglo XVI, modelo de lenguaje castizo, libro del que dijo Cervantes que era

«...en su opinión, divisi-
si ocultara más lo huma-»

Nuestros plácemes al Sr. Cortezo, que con tanta actividad y singular acierto se dedica á la noble tarea de difundir el conocimiento de las principales obras literarias.

*
* *

Historia de España, compendiada desde sus orígenes hasta nuestros días en cien lecciones, por el ILMO. SEÑOR D. JOSÉ PULIDO Y ESPINOSA, presbítero, del claustro y gremio de la Universidad Central, capellán de honor de S. M., etc.—Un tomo en 4.^o de 592 páginas y un mapa de España.—Barcelona, 1886.—Véndese esta obra al precio de diez pesetas ejemplar en las principales librerías y en casa del autor, calle de Lagasca, 55.

El Sr. D. José Pulido, autor de muchas obras excelentes, dotado de vasta erudición y extraordinaria acti-

vidad, prosigue en su noble empeño de enriquecer la bibliografía española. Ahora acaba de publicar un compendio de *Historia de España*, en que ha tenido el feliz acierto de resumir los treinta tomos de la escrita por D. Modesto Lafuente, trabajo harto prolijo que encomia la Real Academia de la Historia en el justamente laudatorio informe que ha dado acerca del libro del Dr. Pulido.

Después de recordar que corporación tan autorizada aplaude la *Historia de España* mencionada, huelga en una simple nota bibliográfica que nos detengamos á poner de manifiesto—dado que tuviéramos aptitud para ello—las circunstancias que avaloran el libro del Dr. D. José Pulido, máxime tratándose de un autor tan conocido por todas las personas estudiosas.

¿Habremos de decir que la repetida *Historia de España* revela larga meditación, la compulsión de muchos libros, claro entendimiento y sana crítica? ¿Será preciso que recordemos al lector lo que sobrado sabido tiene, es decir, la suma de dificultades que surgen en las tareas históricas, y lo mucho que cuesta depurar las narraciones que hacen los cronistas? ¿A qué decirle que la obra del Sr. Pulido está metódicamente dispuesta y escrita con estilo correcto y elegante?

De la manera como sabe expresarse el autor, de su plausible modestia y de su objeto, dará idea el párrafo que sigue, último del prólogo:

«No creemos sea nuestro trabajo lo mejor ni lo único para ser apreciado del público, pero nos cabe la satisfacción de haber adoptado dos cosas, que han sido siempre el móvil de nuestros deseos: la verdad en la historia, el método en su estudio. Nuestros años nos ponen á cubierto de las mez-

quinas pasiones con que se desfigura lo glorioso y lo grande, y se ensalza lo miserable y lo pequeño. Ni la verdad se oculta, ni la mentira se disfraza. La exageración no es la escuela de la ciencia histórica. Los hechos se escriben como son y como fueron, no como se quiere sean y hayan sido. La crítica severa rechaza lo inverosímil; no da lo dudoso por cierto, ni afirma ni asegura lo que no es ni aun probable. Fudiéramos citar muchos hechos que se nos dan por verídicos, cuando hay documentos que los desmienten y la buena crítica los coloca en su verdadero lugar; empero cumple tan sólo á nuestro propósito dejar consignados los rasgos históricos que muevan el espíritu estudioso á buscar las fuentes verdaderas que aclaran las turbias cró-

nicas, referidas más bien con pasión que con la imparcialidad del escritor veraz. Seguimos ciegamente las reglas del historiador que el sabio Pontífice León XIII dió en vindicación de la historia en un notable documento público. Ojalá hayamos acertado en provecho de los jóvenes que estudian y en el justo criterio de los sabios profesores que los dirigen.»

La obra es muy completa; pues abarca desde la época de los fenicios, griegos y cartagineses, hasta el reinado, inclusive, de D. Alfonso XII, y es, como se ve, un libro de mérito, por el cual damos el más cumplido parabien á su respetable autor D. José Pulido y Espinosa.

A.



ÍNDICE DEL TOMO LXIII

15 DE JULIO DE 1886

	Páginas
Leyendas salmantinas, por D. A. García Maceira.....	5
De los estados indígenas existentes en Filipinas, en tiempo de la conquista española (conclusión), por F. Blumentritt.....	14
Mis memorias (continuación), por D. Joaquín María Sanromá.....	26
Pensamientos, por D. Rafael González Janer.....	43
Memorias de D. Antonio Alcalá Galiano, por D. Rafael Álvarez Se-reix.....	46
Naturaleza y civilización de la isla de Cuba, por el Excmo. Sr. D. Miguel Rodríguez Ferrer.....	52
El Mosén (novela, continuación), por D. Antonio Vascáno.....	76
Crónica política, por A.....	93
Revista extranjera, por S.....	101
Boletín bibliográfico.....	106

30 DE JULIO DE 1886

El Dr. Palacín y la filosofía cristiana, por D. Carlos Soler Arqués..	113
Notas tomadas por D. Cristóbal Benítez en su viaje por Marruecos, el desierto de Sahara y Sudán, al Senegal (continuación).....	126
La crítica política contemporánea (continuación), por D. Joaquín Rabanaque.....	149
Las tres luces, por D. A. García Maceira.....	167
Introducción sobre nuestra civilización en América en general y de la de Cuba en particular (continuación), por el Excmo. Sr. D. Miguel Rodríguez Ferrer.....	168
El Mosén (novela, continuación), por D. Antonio Vascáno.....	183
D. Manuel Catalina, por Ramiro.....	197
Crónica política, por A.....	205
Revista extranjera, por S.....	214
Boletín bibliográfico.....	220

15 DE AGOSTO DE 1886

Estudios acerca de la Edad Media, por D. Adolfo de Sandoval.....	225
Introducción sobre nuestra civilización en América en general y de la de Cuba en particular (conclusión), por el Excmo. Sr. D. Miguel Rodríguez Ferrer.....	20
La política de Felipe II (conclusión), por D. Daniel López..	253
Rolf el Andarín, por D. Vicente de Arana.....	263
Historia de la lengua española (continuación), por D. Bernardino Mar- tín Mínguez.....	278
El Mosén (novela, continuación), por D. Antonio Vascáno.....	283
Crónica política, por A.....	312
Revista extranjera, por S.....	319
Boletín bibliográfico.....	326

30 DE AGOSTO DE 1886

Saldaña: excursiones artísticas, por D. Ricardo Becerro de Bengoa...	337
Categoría y excelencias del arte barroco, por D. Ceferino Araujo Sánchez.....	359
Cartas de París, por D. Leopoldo García Ramón.....	385
Revista contemporánea, por D. Miguel Becerro de Bengoa.....	393
El Mosén (novela, continuación), por D. Antonio Vascáno.....	413
Crónica política, por A.....	433
Revista extranjera, por S.....	441
Boletín bibliográfico.....	446

15 DE SETIEMBRE DE 1886

Geografía física del mar, por D. Francisco de P. Arrillaga.....	449
Estudios acerca de la Edad Media (continuación), por D. Adolfo de Sandoval.....	468
Recuerdos de Salamanca: El Fantasma Negro, por D. Telesforo Gó- mez Rodríguez.....	483
El mundo antes de la creación del hombre, por D. R. Alvarez Sereix.	491
El beso (leyenda), por Ramiro.....	498
Medios de fomentar la ilustración de los pueblos, por D. Octavio Lois.	512
El Mosén (novela, continuación), por D. Antonio Vascáno.....	521
Crónica política, por A.....	539
Revista extranjera, por S.....	548
Boletín bibliográfico.....	554

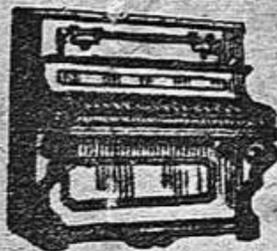
30 DE SETIEMBRE DE 1886

El arte natural, por D. Mariano Amador.....	561
Estudios acerca de la Edad Media (continuación), por D. Adolfo de Sandoval.....	570
Recuerdos de Salamanca: Quien mal obra mal acaba, por D. Telesforo Gómez Rodríguez.....	584
Cartas de París, por D. Leopoldo García Ramón.....	589
El beso (leyenda, continuación), por Ramiro.....	600
Notas tomadas por D. Cristóbal Benitez en su viaje por Marruecos, el desierto de Sahara y Sudán, al Senegal (continuación).....	613
El Mosén (novela, continuación), por D. Antonio Vascáno.....	632
Revista de teatros, por Ramiro.....	648
Crónica política, por A.....	655
Revista extranjera por S.....	661
Boletín bibliográfico.....	667



MADRID, 1886.—IMPRESA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ,
Libertad, 16 duplicado

PIANOS. BLONDEL



Paris, 53, rue de l'Echiquier, Paris
 Y EN LAS PRINCIPALES CASAS
 de ESPAÑA y AMERICA
 MEDALLAS de Oro y de Plata
 FABRICACION ESPECIAL.
 Planos de Estudio y de Lujos

EAU FERRUGINEUSE DE

RENLAIGUE

(PUY-DE-DOME)

ANÉMIE-CHLOROSE-DYSPEPSIE

DIGESTIONALES

VINO

BI-DIGESTIVO DE

CHASSAING

PREPARADO CON
 PEPSINA Y DIASTASIS

Agentes naturales é indispensables de la
 DIGESTION

12 años de éxito

contra las

DIGESTIONES DIFICILES O INCOMPLETAS
 MALES DEL ESTOMAGO,
 DISPEPSIAS, GASTRALGIAS,
 PÉRDIDA DEL APETITO, DE LAS FUERZAS
 ENFLAQUECIMIENTO, CONSUNCION,
 CONVALESCENCIAS LENTAS,
 VOMITOS...

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6.

En provincia, en las principales boticas.

EXPOSICION UNIVERSAL

DE

BARCELONA

Setiembre, 1887. — Abril, 1888

ETABLISSEMENT DE SAINT-GALMIER (Loire)

SOURCE BADOIT

MÉDAILLE
 D'OR

EAU DE TABLE SANS RIVALE

La seule de toutes les Eaux minérales de table qui ait obtenu une Récompense à l'Exposit. univ. de 1878

La seule aussi qui ait obtenu une médaille d'Or à l'Exposition de Francfort-s-le-Mein en 1881

Diplôme d'honneur à l'Exposition de Bordeaux 1882

La consommation de cette Eau a pris des proportions considérables. C'est par millions de bouteilles
 aujourd'hui expédiée. Aussi quand un docteur distingué écrivait : « Cette Eau fera le tour du
 monde » il disait vrai. Cette progression est due à sa saveur, soit pure, soit mélangée au vin, à sa lim-
 pidité, enfin à toutes ses propriétés hygiéniques, apéritives et digestives, constatées par les
 travaux scientifiques des Docteurs O. Henry, Durand-Fardel, Ladeveze, Gensoul, Petrequin, etc.

VENTE PAR AN:
10 millions de bouteilles

Exiger la Signature :

LA EQUITATIVA DE LOS ESTADOS UNIDOS

SOCIEDAD AMERICANA DE SEGUROS DE VIDA

120 BROADWAY.—NEW-YORK

Capital de garantía..... 342.274.948 pesetas.
Sobrante (evaluación al 4 por 100). 71.390.831)

Esta Sociedad es la única que emite pólizas indisputables pagadoras á la presentación.
Los que solicitan seguros en ella no necesitan esperar la resolución de New-York.
Su Comité ejecutivo para España y Portugal está autorizado para emitir pólizas y pagarlas en Madrid.



El sobrante de esta Sociedad, al 4 1/2 por 100, tipo legal del Estado de New-York, asciende á 90.100.946 pesetas, y calculado á cualquier tipo de evaluación, es mayor que el de cualquier Compañía del mundo.

DIRECCIÓN GENERAL PARA ESPAÑA Y PORTUGAL
Y
SUCURSAL DE ESPAÑA
MADRID.—SEVILLA, 16, PRINCIPAL
(Se dan informes y prospectos.)